



**BANDA
SONORA**

**JORDI
SIERRA
I FABRA**

Siruela

**JORDI
SIERRA I FABRA**

Banda sonora



Ediciones Siruela

Portada

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45

46

Créditos

Ediciones Siruela

JORDI SIERRA I FABRA

Banda Sonora

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS
POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO
AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES
AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ:
EL HOMBRE.

A mi hijo Daniel

Gracias a los personajes reales de este libro, por permitir me utilizar sus nombres, y a los escenarios auténticos que en él se citan.

Gracias a todo, lo bueno y lo malo, de mi tiempo y mi generación, que me ha ayudado a escribirlo.

Y gracias a la música por darme siempre tanta energía.

VALLIRANA, BARCELONA 1990-2003

Dejó de canturrear «Stairway to heaven» y se detuvo.

Le sorprendió el edificio. No era nuevo, pero tampoco parecía viejo. Esperaba otra cosa, guiado por las palabras de su madre, aunque tampoco hubiera podido precisar de qué tipo un minuto antes, al doblar la esquina y seguir la numeración hasta dar con la casa. Los automóviles pasaban cerca, zumbando, pegados al bordillo que culminaba la estrecha acera. Junto a la puerta de entrada vio un videoclub lleno de gente dada la hora. Los consumistas devoraban su alimento visual inmediato.

No tenía miedo, pero tampoco un excesivo valor. La palabra quizás fuese simplemente expectación.

Y nervios.

Después de todo, la última vez había sido hacía mucho tiempo, probablemente demasiado.

Suspiró de forma prolongada y entró en el vestíbulo de la escalera. Una portera, entregada a la contemplativa paz de su cubículo acristalado, junto al ascensor, le examinó mientras se acercaba. No le dejó abrir la puerta del camarín.

–¿Dónde va, joven? –quiso saber la celosa guardiana.

–Julián Prats –respondió él.

–Tercero primera.

–Sí, lo sé. Gracias.

Se coló dentro, cerró la puerta y pulsó el botón de su destino. El aparato se elevó a buen ritmo. Volvió a pensar en lo que iba a decir, a hacer. Una vez más se

reconoció incapaz de llegar a tanto. No tenía por qué ser algo traumático.

A fin de cuentas era su padre.

¿Sería suficiente?

–¡Joder! –suspiró.

El ascensor se detuvo. Salió de él y se orientó en la penumbra del rellano. La primera puerta quedaba a su izquierda. Cerró la del aparato y ya no esperó más. Un timbre cantarín y agudo anunció su llegada. Tardó tres segundos en oír el primer movimiento al otro lado de la madera. Su corazón comenzó a latir a buen ritmo.

La puerta se abrió.

Todavía no la conocía, así que fue la primera sorpresa. Tendría unos treinta años y era muy guapa, considerablemente guapa. Su madre la había descrito a menudo como «la infeliz que le aguanta», y también con otra suerte de comentarios más despectivos, desde «una loca como otra cualquiera» hasta «el petardo con la que vive ahora». La primera impresión no se correspondía con nada de aquello. Claro que su madre también decía que él era muy confiado. La mujer que le sonreía llena de prudencia desde el quicio de la puerta destilaba energía. En sus ojos brillaba la determinación. En su cuerpo la plenitud. Esto último era visible pues llevaba unas mallas de ballet, muy ajustadas. Parecía estar haciendo ejercicio.

–¿Sí? –le preguntó curiosa ante su silencio.

–¿Está Julián?

–No, pero no puede tardar –los ojos de ella se dilataron de golpe–. ¿Tú no eres...?

–Vic –confirmó él–. Bueno, Vicente.

–Ésta sí que es una sorpresa. Adelante, pasa.

Mantuvo el ánimo, la sonrisa, y no ocultó un comedido asombro que no tenía nada de prevención, sino más bien de perplejidad. Cerró la puerta tras él y sin dejar de mirarle le señaló el pasillo.

–Podría volver...

–¡Pasa hombre, pasa y espérale! –le interrumpió decidida–. ¿He de decirte que estás en tu casa?

La precedió por el pasillo hasta una sala no muy grande coronada por una mesa,

varios estantes con libros, un televisor y un vídeo. Las paredes del pasillo estaban llenas de pósters simbólicos, casi todos de los viejos grupos de su padre y también de algunos conciertos en los que intervino con ellos o solo. En algún lugar del camino su anfitriona recogió una toalla y se la puso por encima de los hombros. Al detenerse ambos cambió súbitamente de expresión, considerando una incierta posibilidad.

–¿Está bien tu madre? –preguntó.

–Oh, sí –la tranquilizó.

–Entonces me alegro aún más de esta visita. Por cierto, me llamo Montse –le tendió su mano.

–Hola –correspondió Vic estrechándosela con fuerza.

Le gustaba. Lo había hecho y dicho todo relajada y distendida. Tal vez fuese sólo una primera impresión, pero le gustaba. En realidad, y por lo que recordaba de su padre, era natural que fuese así.

Nadie puede vivir junto a una energía musical con piernas sin formar parte de su ritmo, o sin tenerlo por sí mismo.

–¡Dios mío! –suspiró Montse–. Eres su vivo retrato, ¿lo sabes? ¿Qué edad tienes ahora?

–Acabo de cumplir diecisiete.

–He visto fotos de Julián a tu edad. Es increíble. Ahí en el estudio hay más de una. Pasa, será mejor que le esperes allí. Así podrás husmear entre sus cosas... aunque, por tu bien, no remuevas nada ni se lo cambies de sitio. Es un quisquilloso con lo suyo, ¿sabes?

Indicó una puerta lateral situada a la derecha, y al mismo tiempo estornudó ruidosamente.

–Salud –dijo Vic.

–Será mejor que me seque el sudor y me cambie –admitió ella–. Lo dicho, estás en tu casa, ¿de acuerdo? Vuelvo en cinco minutos. El tiempo de ducharme y todo eso.

Le dejó sin esperar respuesta, así que acabó de entrar en lo que Montse había llamado «el estudio». Pronto entendió el motivo. Realmente era un estudio, no de grabación, pero sí de trabajo, ensayo y cualquier menester relacionado con la música. Se encontró en una gran sala de unos cuatro por seis metros cuadrados

en la que, pese a todo, no quedaba mucho espacio para moverse. Las paredes estaban acolchadas, lo mismo que el techo, para aislar el ruido de fuera adentro y de dentro afuera. Dos de las paredes aparecían cubiertas de estanterías llenas de discos. La colección de su padre. Alrededor de unos diez mil álbumes. Todos en vinilo. Las otras dos quedaban reservadas a otros muebles más bajos y pequeños, cerrados, a las fotografías que colgaban de ellas apretadamente y a un buen número de aparatos y equipos, entre los que vio un par de magnetófonos de bobina, de dos y cuatro pistas, un excelente sistema de alta fidelidad y amplificadores, altavoces, ecualizadores, sintonizadores y demás. En el suelo descansaban dos cómodas butacas, varios taburetes, un piano eléctrico, un sintetizador, un órgano, una batería y un sinfín de pedales. No vio ninguna guitarra, pero no abrió los muebles para comprobar si se hallaban tras sus puertas como esperaba.

Todo era diferente allí. En el otro piso, hacía ya cuatro años de ello, no lo tenía tan bien puesto ni arreglado. Ni siquiera recordaba tantas cosas ni tanto instrumental. Claro que aquélla había sido una época difícil, una de las peores según escuchó y creía recordar. Su madre y los abogados marcaron precisamente entonces las diferencias.

Cuatro años. Ya no estaba siquiera seguro de conocerle.

Miró las fotografías. A muchos ni los identificaba, pero a otros sí. Los conjuntos de los años sesenta, Bravos, Sírex, Mustang, Lone Star, Canarias, Salvajes, Ángeles, Brincos; y también los de los años setenta, Máquina, Agua de Regaliz, Iceberg, Companyia Eléctrica Dharma, Orquesta Mirasol, Fusioon, Música Urbana, Triana, Asfalto. De los años ochenta apenas había fotos de músicos saltando a través del tiempo, veinte años después. Buenos tipos, como Max Suñer, Santi Arisa, Carles Benavent, su propio padre y otros. Julián Prats le sonreía desde la distancia, asomando en cada imagen. Allí estaban algunos de sus grupos, Los Agresivos, Talión, Mercado Persa, JJJ, Caña Brava...

Se acercó a los discos. Él apenas tenía un centenar de CD's, comprados con todo el amor y la buena administración de sus ahorros, propinas y chanchullos. Se le hizo la boca agua y el oído música al ver las colecciones completas de Led Zeppelin, Muddy Waters, B. B. King, Eric Clapton a través de todas sus etapas y formaciones, Jimi Hendrix, Dire Straits, Jeff Beck y joyas varias, desde guitarras puros como Lee Ritenour, Pat Metheny o Larry Carlton a grupos del calibre de los Beatles, Rolling Stones, Police, Genesis, Yes, Deep Purple, Pink Floyd, Creedence Clearwater Revival y un larguísimo etcétera. Daría su vida por escuchar aquello detenidamente, y más por poseerlo.

En otro tiempo...

Si las cosas se hubieran producido de una forma diferente, ahora todo estaría en su propia casa, o él allí.

Sin embargo tampoco tenía ningún sentido pensar en ello.

Continuó mirando la colección de discos. De vez en cuando escapaba de sus labios un gemido, un gruñido o cualquier otro signo de admiración. Alvin Lee, John Mayall, John McLaughlin, Peter Green, Stephen Stills, Santana, incluso Robert Johnson, la leyenda del Delta. Un tesoro artístico. La historia recogida en apenas unos metros de estanterías.

Iba a abrir uno de los muebles, vencido por la curiosidad, para comprobar si su padre tenía aún las guitarras, cuando escuchó dos cosas.

Primero, la voz de Montse, gritándole desde alguna parte y con potencia, si quería tomar algo, que ya estaba lista. Segundo, casi al mismo tiempo de terminar ella y antes de que pudiera responder, el ruido de la puerta del piso al cerrarse después de que alguien hubiese entrado en él.

Volvió a sentir los mismos latidos fuertes y descontrolados de unos minutos antes.

La puerta del estudio estaba abierta, así que oyó la voz de su padre. A continuación la de Montse, esta última envuelta en un cuchicheo, aunque ni mucho menos sonase conspirador.

–Tienes una visita sorpresa.

–¿Ah, sí?

–Está en el estudio.

–¿Quién...?

–Vamos, quiero ver la cara que pones.

Vic estuvo a punto de sonreír. Montse parecía alegrarse, disfrutar de la situación. Sin recelos ni tensiones.

Se aproximaron unos pasos.

–No me digas que Carlos ha vuelto de Nueva York. ¡Te advierto que si es él...! – por la puerta del estudio asomó la figura de su padre. Montse quedó inmediatamente después, pero ya no le siguió.

El hombre dejó de hablar al verle.

Primero frunció el ceño. Fue apenas una fracción de segundo. Casi al momento dilató los ojos.

–¡Vicente! –logró exclamar venciendo la sorpresa.

–Llámale Vic –apuntó ella. Y agregó–: Os voy a dejar solos, ¿de acuerdo? Estaré

por ahí.

Desapareció envuelta en su abierta sonrisa. Su ausencia les dio una extraña sensación de soledad. El silencio sólo quedó roto por la voz de la propia Montse, canturreando más allá de sí mismos.

–Vicente –repitió Julián Prats.

–Hola, papá –dijo él.

Pero no se movió.

Lo hizo su padre, dos, tal vez tres segundos después. Cubrió el escaso par de pasos que le separaba de su hijo y entonces vaciló. Sus miradas convergían. La del muchacho sostenía la de su padre, la de éste era como si quisiera abarcarlo por completo y al mismo tiempo penetrar en él. A continuación Julián levantó una mano. Vic quiso estrechársela, pero no pudo. La mano subió hasta su hombro, se asentó en él, lo apretó.

Y entonces le atrajo hacia sí, con fuerza.

No fue un abrazo largo, pero sí intenso. En su brevedad brillaron todos los estímulos, alcanzaron la plenitud y se atemperaron de la misma forma, suave, contenida, vital. Cuando se separaron, en los ojos del hombre titilaba una luz.

–Bueno... esto sí es una sorpresa, de verdad.

Vic le observó. De vez en cuando, de forma esporádica, todavía salía alguna foto en los periódicos, o se le preguntaba algo en plan «vieja gloria». Pero el tiempo era el tiempo. Dos años antes le entrevistaron en TV3. Dos años después Julián Prats parecía el mismo. El cabello largo, ligeramente teñido de canas, como la barba y el bigote, la primera muy corta. Había oído decir que los cuarenta años de un músico eran más años que en cualquier otra cosa. Más desgaste.

Pero también más energía.

–¿Cómo estás, Vicente? ¡Oh, perdona, Montse ha dicho algo de Vic!, ¿no?

–No importa. Estoy bien, papá.

–¿Y tu madre? ¿No le ocurrirá nada? –se alarmó él de pronto.

–Está bien, muy bien.

–Me alegro –se tranquilizó el hombre–. ¿Sabe ella...?

–No. Esto es cosa mía.

–Entonces... me alegro aún más –reaccionó, superando su súbita inmovilidad, y

señaló las dos butacas del estudio—. Vamos, siéntate. Tú no sé, pero a mí se me están doblando las rodillas.

Le obedeció. Ocupó la butaca que tenía más próxima y su padre se sentó en la otra. Volvieron a intercambiar sendas miradas, de reconocimiento, de reencuentro. Julián vestía de la forma en que lo había hecho siempre, muy informalmente, pero Vic no le iba a la zaga. Los dos llevaban pantalones vaqueros, camisetas y cazadoras. El mayor calzaba botas de cuero. El menor, zapatillas deportivas.

—Tienes muy buen aspecto, y has dado un estirón —dijo el hombre—. ¿Recibiste mi regalo el día de tu cumpleaños?

—Sí, gracias.

—¿Y ese pelo?

—¿Qué le pasa a mi pelo?

—Bueno, no sé, pensé que tu madre no te lo dejaría llevar tan largo.

—Oye, no fastidies.

—Sí, claro —volvió a sonreír—. Hace más de diez años que no la veo.

—Ha cambiado en algunas cosas, pero no en otras —advirtió Vic—. Yo estoy aquí por esta razón precisamente.

—Así que no es una simple visita de cortesía.

Su tono se revistió de matices. Por un lado la comprensión de un hecho, pero por el otro una cierta alegría y satisfacción.

De pronto, Vic le necesitaba.

—No —dijo él.

—De acuerdo, ¿qué quieres?

—Que hables con ella.

—¿Con Vicky? —era la primera vez que empleaba el nombre, sin referirse a la que un día había sido su mujer con el habitual y distante «tu madre». Se estremeció visiblemente—. ¿Estás loco? ¿Para qué?

—Quiero ser músico.

Fue toda una revelación, un impacto. Lo asimiló despacio, tratando de entender. Luego distendió la comisura izquierda de sus labios y elevó los ojos al cielo.

–Es increíble –suspiró–. Así que a pesar de todo...

–Supongo que eso se lleva en la sangre, ¿no?

–La mitad de tu sangre también es de ella, no lo olvides. Creía que haría de ti un buen médico, arquitecto... no lo sé, algo así.

–Es que eso es lo que pretende, papá.

Julián miró las manos de su hijo. Apreció los dedos largos, pero también una o dos callosidades delatoras, inapreciables para cualquier ser humano ajeno al oficio. No tuvo que preguntarle cuándo iba a empezar. Ya había empezado.

–¿Guitarra?

–Sí.

–¿Hace mucho?

–Dos años.

–¿Y Vicky...?

–No lo sabe.

–Será mejor que me lo cuentes todo –volvió a suspirar Julián–. Quítate la cazadora y ponte cómodo, ¿quieres? –y exclamó–: ¡Joder!

Esta vez el que sonrió, mientras se ponía en pie y obedecía su indicación, fue Vic. Lo había dicho como solía hacerlo él, alargando mucho la «e» y destacando la fonética de la «o», como si pronunciara dos sílabas en un cierto tono musical.

Cuestión de sangre, desde luego, al margen de tantos por ciento.

Fue hace dos años, como ya te he dicho –comenzó Vic–. Siempre me ha gustado la música, especialmente el rock y el blues. Un amigo tenía una guitarra y la tocaba siempre que iba a su casa. Se me ocurrió pedirle una a mamá y no veas cómo se puso.

–Sí, supongo que te echaría los perros encima, y te pondría mi ejemplo.

–Más o menos, pero el caso es que ahora necesito una guitarra, para empezar, y después que ella entienda que es mi vida y que quiero elegir por mí mismo las cosas. Está empeñada en que estudie algo, lo que sea, y a mí eso me da tres patadas, qué quieres que te diga. Lo que de verdad me va es la música.

–¿Tocas habitualmente?

–Sí, en un grupo. Bueno, lo formé yo. Soy el cantante y el guitarra, y también compongo la mayoría de los temas. ¡Pero no tengo ni siquiera mi propia guitarra! Hasta ahora he tocado con la de uno que se fue a trabajar fuera y me la pasó, pero vuelve la semana próxima. Además, sea como sea, éste es el momento decisivo.

–¿Por qué?

–Porque voy a terminar la ESO, y si no me planto acabaré perdiendo el tiempo para nada, porque tarde o temprano lo dejaré igual. Yo no quiero fingir, ni engañarla, ¿entiendes? Prefiero aclararlo todo de una vez, pasar el mal trago, los gritos y acabar con ese rollo.

–Y me necesitas a mí para que te apoye.

–Sí.

–Pues a buena puerta has llamado, hermano. A ti te echaría los perros, pero lo

que es a mí, es capaz de sacarme los ojos, quitarme la piel a tiras y cocerme a fuego lento.

–Papá, yo no me atrevo a hacerlo solo. Sé que se subirá por las paredes. Tiene la obsesión de que haga una carrera, que sea «un hombre de provecho» –se estremeció al pronunciar estas palabras con reticente entonación–. ¡Yo no me veo de ejecutivo ni de pisamoquetas! Además, si ella se opone tanto a todo lo que suene a música, es por ti.

–Vaya hombre, o sea que la culpa de que lo tengas mal es mía, ¿no?

–Dice que todos los músicos son unos muertos de hambre, y que están locos, así que lo tengo crudo. Yo diría que... me lo debes.

–Oye, oye, no le des la vuelta al asunto según tu punto de vista, ¿vale? Yo ya soy gato viejo. La mayoría de los padres, y algunos en su sano juicio, se opondrían a que sus hijos fuesen músicos. Y lo malo no es que quieran o no quieran, lo malo es que para ser músicos hemos nacido en el peor de los países, aunque ahora parece que las cosas son diferentes y cualquier grupito de mierda incluso vende discos. Esto es España. Aquí a la música se le ha dado por el culo siempre. Ésa es la raíz. Si hubiera estructuras, medios, profesionalidad, circuitos, locales, e incluso una guitarra no fuera un lujo, sino un instrumento de trabajo, las cosas serían muy distintas.

–Ya es distinto, tú lo has dicho. Y en el futuro...

–El futuro es el futuro, y ahora es ahora. Es ahora cuando tú quieres elegir tu camino, no dentro de cinco años.

–No vas a pedirme que siga estudiando y lo intente dentro de cinco años, ¿verdad? –preguntó Vic con horror.

–No, claro que no –dijo Julián–. Lamento decirlo, pero nunca he creído en los títulos. El que vale, vale para todo, siempre y cuando tenga ganas de trabajar y de meterse hasta las cejas en lo que haga, sin medias tintas. De todas formas... es un tema delicado. No soy el mejor de los ejemplos, y tu madre tiene razón. ¿Cómo pretendes que vaya a verla y te apoye?

–Ella siempre dice que no tienes el menor interés por mí. Eso la convencería de lo contrario.

–Sigues dándole la vuelta según tu conveniencia –rezongó Julián–. A lo mejor serías un buen político –se dejó caer hacia atrás y movió la cabeza horizontalmente. Al volver a hablar su voz se revistió de acritud–. ¿Interés? ¡Claro que he tenido interés! ¿Cómo no iba a tenerlo? Pero he tenido que

permanecer siempre en la distancia, para evitar líos. Todo lo que pasó fue... triste, desagradable. Una guerra, ¿entiendes? Tú eras demasiado pequeño. Cada vez que te vi después de la separación, y lo hacía de uvas a peras, era un infierno. Vicky te ha protegido de mí como si yo apestara, pero el hecho de no verte no quiere decir que no sepa de ti, al menos lo justo e imprescindible, te lo advierto.

–Lo sé, ¿o crees que estos últimos cuatro años no he esperado el día de mi cumpleaños para ver si seguías acordándote?

–Fueron los abogados los que...

–Vale, papá. A mí no tienes que justificarme nada, en serio.

Julián Prats cerró los ojos.

–¡Mierda! –dijo.

No volvió a abrirlos a lo largo de un buen puñado de segundos, y Vic prefirió no hablar. Mantuvo el silencio que le permitió a su padre recuperarse, estabilizar sus emociones.

–Me gusta que no te cortes –dijo de pronto el hombre, aún con los ojos cerrados–. Vienes aquí, te presentas después de un largo tiempo, y dices lo que piensas. Eso es bueno.

–Para mí esto es muy importante, papá –reconoció Vic–. Haré lo que tenga que hacer de todos modos, pero no quiero que mamá sufra, al contrario: quiero que lo entienda. Tal vez no lo acepte, pero al menos puede entenderlo, y sería suficiente, más de lo que espero ahora mismo. Si lo estropea... tal vez me fastidie unos meses, un año, pero está claro que no quiero estudiar, que sé para lo que valgo, y que a los dieciocho, si es necesario, me largaré de casa.

–¡Eh, eh, calma, no te pases! –le detuvo Julián envarándose.

–¿Que no me pase? ¡Papá, tú te fuiste a los quince!

–¡Eran otros tiempos!

–¡Oh, sí, los años sesenta, la década prodigiosa, el origen!

–¡Y muchas más cosas que tú no sabes! –volvió a gritar el hombre–. Tú tienes un hogar estable, sin padre, pero estable. Yo no tenía nada de eso. Yo tuve que buscarme la vida desde que supe que dos y dos eran cinco. ¡Lo que estás diciendo no tiene ningún sentido!

–Entonces, ayúdame a hacer las cosas bien.

–Pero ¿es que no ves que no puedo hacer nada?

–Di mejor que no quieres. ¿Tanto miedo te da mamá?

–El simple hecho de que quieras ser músico hará que me odie aún más, pero es que si encima voy a decírselo... es capaz de pensar que todo este tiempo he actuado a sus espaldas.

Vic se puso en pie. No ocultó su frustración ni su ira.

–Es la primera vez que te pido algo, papá. La primera vez en la vida si no recuerdo mal, y es probable que sea la última. Creía que tú lo entenderías.

–¡Y lo entiendo! ¡Maldita sea, lo entiendo! Por un lado... me da miedo, porque sé de qué va ese rollo, pero, por el otro... ¿crees que no siento algo aquí? –se tocó la parte superior izquierda del pecho con el dedo índice de su mano derecha–. ¡Me siento orgulloso!

–La última vez que te vi en televisión dijiste que no hay nada mejor que la música.

–Y no lo hay, pero no dije que junto a esto existe otra verdad: que tampoco hay nada peor que el entorno del mundo de la música, el maldito tinglado, la trastienda, de lo que no se entera el público, pero con lo que ha de vivir el músico. ¿Y sabes algo? Ésa es siempre una guerra perdida. Todo lo más se sobrevive, hasta las grandes estrellas, a pesar de sus millones, y en España no hay grandes estrellas, lo sabes. Yo puedo añadirte que sólo hay grandes frustraciones. Dime un solo rockero de mi edad que sea rico o esté aún en el candelero.

–¿Tocaste tú para ser rico o famoso?

Julián expulsó una bocanada de aire. Él también se puso en pie.

–No –reconoció–. Yo sólo quería ser feliz, vivir y sacar lo que tenía dentro.

Abrió uno de los armarios cerrados. En su interior, perfectamente alineadas, vio Vic el gran tesoro profesional de su padre, junto a la colección de discos: sus guitarras. Calculó no menos de una docena, aunque su sola imagen le encogió el ánimo y le hizo rozar el desconcierto. Julián sacó una Ovation Adams. Cerró las puertas del armario y se la puso en las manos.

–Quiero comprobar algo antes de seguir hablando –suspiró–. Veamos qué sabes hacer.

Vic apenas se movió. Sus dedos acariciaron la madera. Su padre probablemente no tuviese un duro, pero sólo aquella guitarra debía superar el medio millón de pesetas, tal vez llegase incluso a los tres cuartos.

–Vamos, toca algo –le apremió él.

–¿Qué quieres que toque?

–Lo que sea. Únicamente quiero ver qué tal andas de técnica, digitación y todo eso.

Vic se sentó de nuevo, esta vez en un taburete. Acomodó la guitarra encajonándola contra su cuerpo y la apoyó sobre su pierna izquierda. Primero la hizo sonar, cuerda a cuerda. Estaba perfectamente afinada, y ese simple sonido ya era como una melodía pura. Después hizo una serie de escalas, para desanquilosar los dedos. Los nervios, más por tocar con aquella maravilla que por hacerlo delante de su padre, desaparecieron con la vibrante cadencia sonora.

De pronto arrancó con los primeros compases de «Layla».

Hizo toda la entrada del tema, hasta el comienzo de la parte cantada. Entonces cambió súbitamente y punteó el inicio de «Smoke on the water». También en este caso al llegar al grueso de la canción optó por una variación que le llevó a la dulce sonoridad acústica de «House of the rising sun». En ella se dejó llevar más por la distensión que la misma música le producía y la interpretó a lo largo de un par de minutos. Ninguno de los dos se dio cuenta de que Montse acababa de aparecer en la puerta del estudio, apoyándose en el marco acolchado. Vic coronó el final de su breve demostración con algo de cosecha propia.

Miró a su padre.

–¿Conoces «Spoonful»? –preguntó Julián.

–¿El original de Dixon o la versión de Clapton?

–Cualquiera me vale.

La tocó a lo largo de otro minuto. Optó por la síntesis pura de Dixon, pero la remachó con unas florituras finales.

Julián Prats estaba muy serio.

–No seas frívolo –dijo–. «Sunshine of your love.»

Le obedeció. Esta vez tuvo un ligero fallo, pero rectificó enseguida. No daba la sensación de ser un examen, pero Julián no varió su actitud atenta. Sus ojos no se apartaban de las manos de su hijo.

–«I'm going home.»

Continuó respondiendo a las peticiones de su padre. «I'm going home», «Black magic woman», «The song remains the same», hasta llegar a una que ya no

conocía. Julián se dio cuenta de la presencia de Montse y miró hacia ella. No hizo falta que le dijera en voz alta que Vic era bueno, muy bueno, sorprendentemente versátil y rápido para su edad, sin olvidar sus conocimientos musicales.

Vic comenzó a tocar una vieja canción compuesta por su padre más de veinte años atrás.

Julián le impidió que continuara.

–Parece que te has mamado los orígenes, ¿verdad? –consideró–. Blues, rock, años sesenta...

–Sí, desde luego.

–¿Nada de música actual?

–No nos da por ahí. Preferimos el rock.

–Ahora todo es electrónica, hip-hop...

–Ya.

–¿Y tu grupo?

–Son buenos. Estamos muy unidos y sonamos bien. Al menos es lo que yo creo.

Volvió a mirar la guitarra que esperaba entre sus manos. Hizo ademán de ir a tocarla de nuevo, pero en esta ocasión no lo consiguió. La voz de Montse se lo impidió, al menos de momento.

–Te quedarás a cenar –dijo.

Y no fue una pregunta. Más bien sonó como una orden, o cuando menos como la más natural de las evidencias.

Vic volvió a ocupar su sitio en la mesa, frente a un buen plato de arroz con leche. Abrió los ojos considerando si iba a poder comer algo más, pero la apetitosa presencia le animó a seguir.

–¿Había llegado ya? –preguntó Montse.

–Sí.

–¿Qué le has dicho?

–Que llegaría más tarde y que estaba en casa de un amigo.

–¿Algún problema? –quiso saber Julián.

–No, de hecho tengo bastante libertad, no puedo quejarme. Mamá tampoco para mucho en casa –probó el arroz con leche y cinceló una sonrisa extática en su rostro–. Está buenísimo.

–No creas que me resultó fácil encontrarla –apuntó Julián poniendo su mano sobre el brazo de Montse–. Puse un anuncio en el periódico y la escogí entre doscientas candidatas.

–Sabes muy bien que te escogí yo a ti, querido –objetó ella–, aunque todavía no entiendo el motivo. Creo que fue una hora baja.

–Te enamoraste de mis manos.

–Eso sí es cierto: era lo único que se veía en aquel agujero.

–¿Dónde fue eso? –inquirió Vic.

–En un pequeño club que ya no existe, cerca de aquí, por la plaza del Diamant.

Sonó el teléfono. Montse, que acababa de ponerse en pie, se dirigió hacia él

saliendo del salón-comedor. El aparato estaba en el dormitorio, a mitad del pasillo. Al quedarse solos, Julián le guiñó un ojo a su hijo.

–Es guapa, ¿verdad? –dijo refiriéndose a su compañera.

–Sí, y parece muy... –no encontró la palabra adecuada.

–Vital –le ayudó su padre–. Vital y alegre. Siempre tiene una sonrisa en los labios, y no se arredra por nada. No sé qué habría hecho sin ella, porque en cuestión de mujeres nunca he tenido buena suerte... y no lo digo por tu madre, ¿de acuerdo?

–Tuvisteis un mal rollo, vale. Eso pasa.

–Fue algo más que eso: fue una guerra. Al menos entonces.

No quería hablar de ello. El regreso de Montse le ayudó. La mujer ocupó su puesto mientras decía:

–Es Paco. No te enrolles demasiado, que ése es la leche. Julián hizo un gesto de fastidio. Engulló las dos últimas cucharadas de su postre y se levantó. Al quedarse solos Vic y Montse sobrevino un breve silencio, roto únicamente por la voz de Julián hablando en la distancia por teléfono. El muchacho no supo qué decir, hasta que ella rompió la calma.

–Dale tiempo –dijo.

–¿Qué?

–Dale tiempo –repitió Montse–. En realidad, esta visita, y el hecho de que le hayas pedido ayuda, le ha hecho mucho bien. Habla mucho de ti, y no sabes cuántas veces le he oído lamentarse de que no pudiera verte por miedo a tu madre.

–Bueno, ella tampoco es tan fiera.

–Eso ya no lo sé, pero sí sé lo que él ha estado sufriendo. Encima le has dado una buena sorpresa.

–¿Por lo de que quiera ser músico?

–Sí. Ahora mismo te apuesto lo que quieras a que no sabe si dar saltos de alegría o empezar a preocuparse como nunca lo hizo en la vida.

–No entiendo ese contrasentido.

–Te lo ha dicho él mismo. No he conocido a nadie que ame y sienta la música tanto como tu padre, pero sabe lo que te espera, lo que le espera a cualquiera que

esté tan loco como para lanzarse a la aventura. Ya le has oído, y por lo poco que sé de esto en los años que llevo con él, sé que no es Hollywood. Es España. Aquí de la música no se acuerda nadie hasta que hay elecciones y los políticos necesitan montarse en el carro de la marcha para captar votos o llenar una plaza de toros. Es bastante deprimente. ¿Crees que él, por tener cincuenta años, ha de estar ahí, arrinconado en el cajón de las leyendas? ¿Crees que es lógico que le llamen carroza los niños saltarines de hoy o que no pueda vivir de su arte porque sólo le llaman de tarde en tarde y siempre para homenajes o rollos «retros»? Si no se lo montasen varios como él de vez en cuando, se pudriría. Y lo increíble es que aún toca la guitarra como nadie. En Estados Unidos daría conciertos, recitales, sería un líder y se le apreciaría, actuaría en festivales como el de Newport o se pasearía por Europa actuando en el de Montreux. Aquí no graba discos, no hay actuaciones, y así es cómo se los entierra a todos en vida.

–Algunos siguen.

–Malviven –le rectificó ella–. Actúan en salas baratas, haciendo música de baile en una orquesta, o graban un disco que se autoproducen y que compran doscientas personas. Son tres especies muy diferentes: los que se arrastran, los que lo dejan por dignidad, y los que siguen a caballo de ella consumiéndose y haciendo lo que pueden.

–Pero ahora es distinto –objetó Vic–, y lo será más en el futuro.

–Mira, yo no quiero desilusionarte, en parte por tu padre, aunque también esté tranquila porque sé que no me harás caso, a Dios gracias, pero esto seguirá siendo España. No digo que no vayas a conseguirlo, sólo digo que has escogido lo más bonito, pero al mismo tiempo lo más jodido. Es tu vida, has de probarlo, vivirlo. Tu padre es consciente de ello, pero eso no impide que esté tan preocupado como sorprendido. Apareces tú, después de varios años, y le dices que vas a seguir sus pasos y que te ayude con tu madre. Es fuerte, ¿no crees?

–¿Me ayudará?

–¡Claro que te ayudará! No quiere que pases por lo que él pasó, ni que cometas los mismos errores u otros nuevos, pero te ayudará. Nunca evitaría que una persona sea libre y haga lo que quiera, al contrario, y menos tú. Para eso hizo «su revolución» en los años sesenta. Y estoy por decirte algo más: pienso que le estás haciendo un favor mayor del que él pueda hacerte a ti.

–¿Por qué?

Montse hizo un gesto vago con las manos.

–Hay algo llamado ilusión –dijo–. Unas veces se tiene y se pierde, otras no se tiene y aparece como novedad. En el caso de Julián digamos que... la tenía dormida. ¿Cantas y compones igual de bien que tocas la guitarra?

Vic se encogió de hombros.

En el dormitorio, Julián se despedía de su interlocutor telefónico. Oyeron el chasquido del auricular al ser depositado en el aparato. Montse le guiñó un ojo.

–Recuerda –apostilló–: dale tiempo.

Julián reapareció inmediatamente. Sonreía. Fluía de él una fuerte vitalidad. Le dio un beso a su compañera en la frente y se sentó de nuevo a la mesa.

–¿De qué habéis hablado? –preguntó.

–De cine –mintió ella.

–¿De cine? Oye, que el chico quiere ser músico, no Tom Cruise.

–Pues menos mal, porque si fuera Tom Cruise, lo tendrías crudo, querido. Me iría con él.

–¡Eh, se va a pensar que lo nuestro es sólo físico! –protestó Julián.

–Y gastronómico –advirtió Montse.

–Ha venido a buscar a un padre. Necesita estabilidad.

Montse se echó a reír y Julián la secundó. Vic se incorporó a ellos entrando de nuevo en el relajado ambiente del que no se sentía ni mucho menos extraño.

–Voy a preparar café –dijo ella.

–Sí, y nosotros hablaremos de cosas serias –el hombre la observó mientras se alejaba. Al quedarse los dos solos no esperó para hacerle la primera pregunta–: Escucha, Vicente... ¿por qué lo de Vic?

–Me pareció más divertido.

–Bueno, pues escucha, Vic, suponiendo que tu madre claudique, cosa que sinceramente veo algo así como imposible, ¿qué planes tienes?

–Acabar la ESO en junio y buscarme la vida, trabajar en algo para sacar dinero y así poderme comprar la guitarra.

–Sé que eres un buen estudiante.

–Sí, pero por obligación. Me fastidia suspender y perder más tiempo en eso, así que lo que quiero es acabar cuanto antes.

–¿Cuántos formáis el grupo?

–Cuatro. Tres tíos y una tía, la teclista.

Vic se movió inquieto en su silla.

–Oye –suspiró–, se hace tarde y tendré que irme dentro de cinco minutos. ¿Vas a hablar con mamá o no?

–¿Voy a saltar por esa ventana o no?

–¡Vamos papá, que tampoco es eso!

Julián Prats movió la cabeza indeciso y volvió a elevar los ojos al cielo, repitiendo un gesto anterior. Fue a decir algo de las prisas de la gente joven, pero se abstuvo. De alguna forma era algo más que un ejemplo para su hijo. Era un héroe.

No tenía ningún sentido establecer distancias generacionales.

–¿Necesitas una respuesta ahora?

–Sí.

–¡Joder! –gimió con la misma cantinela de la primera vez.

–Las cosas no van a estar peor de lo que ya están entre vosotros, y a mí me va todo. Además, lo hago por ella tanto como por mí. Si se lo digo yo empezará a gritarme, se echará a llorar y ya estará todo fastidiado.

–A mí me matará.

–Puede –dijo Vic sin pasión–, pero así sacará lo que lleva dentro y lo más seguro es que luego se quede como una seda.

–¿Vas de psicólogo por la vida? –se burló su padre.

–No, pero he vivido con ella todos estos años y tú no. Creo que la conozco.

–Tú la conoces, y yo la entiendo.

Montse entró de nuevo en la sala, sosteniendo una bandejita con el café.

–Vamos, papá –le apremió Vic–, ahora.

Julián miró a su compañera. Ella le devolvió la mirada acompañada de una sonrisa envuelta en ternuras.

Y asintió con la cabeza, abrumado.

–No creo que sea la mejor ayuda, pero... sí, lo haré –dijo. Luego se dirigió a

Montse y rezongó—: ¿Y tú quieres tener un hijo?

Buscó el libro en su habitación. Lo tenía junto a otros muchos, todos relacionados con la música. Había biografías de grandes estrellas, como Bruce Springsteen, Bob Dylan o Led Zeppelin, libros de historia, de guitarra, antologías de canciones y también novelas y estudios en los que artistas, sonido y canciones formaban el núcleo vital sobre el que basculaba el resto, la misma vida.

Lo sacó del estante y se tumbó en la cama con él en las manos. Estaba muy viejo, y había sido leído un centenar de veces. De hecho, se sabía la página que ahora buscaba de memoria, pero no era capaz de sustraerse a la emoción de volver a leerla.

Y a sentirla.

El libro llevaba el pomposo nombre de *Historia de la música rock española*. La biografía de su padre se hallaba casi al final, en las últimas cincuenta páginas.

Leyó:

Prats, Julián. Barcelona, 1947. Uno de los grandes guitarras solistas que el rock ha dado en España, genuino representante de la fusión rock-blues, nacido musicalmente con la explosión del rock and roll a fines de los años 50 y líder de varias bandas a lo largo de los últimos años 60 y la década de los 70, que fueron los de su mayor actividad. Julián Prats está influido por los grandes bluesmen negros, como Muddy Waters y B. B. King, entre otros, pero desarrolla un potente y genuino estilo personal a partir de la irrupción comercial del rhythm & blues, en los años 60 de la mano de Rolling Stones, Animals o artistas mucho más específicos, como John Mayall. Fue el primero en utilizar todo tipo de pedales y efectos en España, avanzándose a su tiempo y cuando aún se desconocía aquí a

Jimi Hendrix. Coetáneo de Bravos, Brincos, Sírex, Mustang y los demás grupos de mediados de los 60, forma en 1964 su primer conjunto, a los 17 años: Los Agresivos. Sin suerte, pero con un público fiel y elitista, se mantienen durante dos años llegando a grabar varios EP's y un LP. En 1966 y con Cream dominando el panorama internacional del rock más vanguardista, forma Talión, una de las grandes formaciones de la historia del rock en España, con Paco Grande al bajo y Txema Ibo a la batería. El grupo sufrirá un largo sinfín de alternativas y cambios a lo largo de los siguientes tres años, lo cual impedirá un asentamiento de su estilo. Primero el servicio militar de Paco Grande y después la muerte en accidente de Txema Ibo harán que las sucesivas formaciones acaben por diluir el fuerte estilo del comienzo. En 1969 Julián Prats crea JJJ, y en plena ola underground pasan a ser una de las cumbres de la llamada «música progresiva» española, llegando a actuar incluso fuera de España (a destacar su gran concierto en el Marquee de Londres en 1970). Los dos LP's de esta etapa, unidos a los tres de la anterior con Talión, resumen lo mejor y más heterodoxo de la carrera de Prats como guitarrista. Curiosamente es en 1972 y con Mercado Persa cuando consigue la popularidad y sus tres grandes éxitos en las listas de ventas. En Mercado Persa y con Mario Quinto a la voz, Prats abordará una línea acústica aún sin olvidar el rock que le caracteriza, grabando al separarse el grupo en 1974 sus primeros LP's en solitario, fruto de una constante experimentación a la búsqueda de nuevas formas. La crisis energética que desde fines de 1973 adentra al mundo en su peor y más oscura etapa creativa, le arrastra a él como a tantos otros. Aún sin llegar a desaparecer, pasa al oscurantismo a lo largo de los años siguientes hasta reaparecer en 1978 con Caña Brava, que será su último gran grupo. Problemas con las drogas y el giro que a comienzos de los años 80 dio el rock a nivel internacional le sumergen en los años siguientes en la mediocridad, no técnica, pero sí comercial. Sus nuevos proyectos fracasan y al menos tres nuevos grupos formados por él naufragan, en la mayoría de los casos sin llegar siquiera a grabar. En 1989 edita su último LP en solitario, un preciosista álbum de guitarra en el que muestra toda su capacidad y calidad, pero que desgraciadamente pasa sin pena ni gloria, aunque en la actualidad sea una pieza codiciada por los coleccionistas y los iniciados. Julián Prats es, con mucho, uno de los grandes exponentes del rock en España, y también uno de los grandes marginados por un sistema que ha premiado exclusivamente la comercialidad, dando la espalda a los músicos de verdad que pudieron hacer de nuestra historia otra historia.

Discografía: con Los Agresivos: ...

Dejó de leer. El libro había sido editado en 1997. Su padre no había vuelto a grabar. Aquel disco de 1989 fue su contribución final a esa «otra historia» de la que hablaba el autor de la obra.

Su título era *Flama*.

Dejó el libro sobre la cama y se levantó. Tenía ese LP. Su padre se lo había dado, cuando aún le veía, aunque sólo fuese una vez cada tres meses, porque su madre ponía todas las objeciones y obstáculos posibles. Ya había salido del abismo de la droga; sin embargo, para ella seguía siendo un maldito. Su padre le entregó el álbum con orgullo, dedicado. Lo conservaba como oro en paño. Lo escuchaba de cuando en cuando, como si temiera gastarlo, hasta que lo grabó en casete y luego lo pasó a CD.

También solía escucharlo cuando estaba solo, y en cambio, ahora...

Una guitarra acústica, limpia y pura, llenó la habitación con sus primeras notas. Vic sabía que en aquel disco había algo más que técnica. Incluso comprendía que difícilmente llegaría a tener tanto sentimiento como su padre, tantas emociones agrupadas y lanzadas al aire por el tañir de cada cuerda. No sólo era preciosismo y virtuosismo: era melodía. Algo de lo que muchos grupos, demasiados, se olvidaban en la actualidad, o simplemente carecían del espíritu para crearla. La melodía que vestía y daba forma a una buena canción o a un buen tema.

Cogió el libro para guardarlo en el estante. Era una buena biografía, corta pero respetuosa. Olvidaba, sin embargo, una de las grandes constantes de la vida de su padre: las mujeres.

Antes y después de que se casara con su madre.

¿Por qué tuvo que nacer él en el ocaso de su carrera? ¿Por qué lo más duro tuvo que soportarlo ella? En un comienzo fue algo más que su mujer. También sabía eso. Su madre vibraba con la música, le seguía, participaba de sus experiencias. Formaban un solo cuerpo. Pero el fracaso los separó. El mundo los devoró a ambos. Cuando la música dejó de sonar murió la vida. Se convirtieron en los combatientes extraños de un horizonte sin fronteras.

Y ella no lo soportó.

La guitarra acústica concluyó el primer tema. El segundo, a continuación, lo abrió con mayor potencia una eléctrica, sonando con rotundidad. Una, dos, tres variaciones y vuelta al principio. Otra guitarra, de sonoridad diferente, acompañó a la primera. Y después apareció una tercera como base rítmica. Las dos primeras se desdoblaron, entablando un pugilato sonoro, fluyendo desde cada uno de los

altavoces. ¿Cuál era el secreto de aquella escala? ¿Cómo podía hacer aquel cambio? Llevaba dos años intentándolo sin éxito.

Tal vez ahora él mismo se lo enseñase.

Se alegraba de haber ido a verle.

Por fin dejaba de ser la gran asignatura pendiente de su vida.

Vio la silueta en la puerta, la sombra huidiza, la presencia inquietante, pero no se movió. Ya no. Demasiado tiempo habían estado aquel disco y otros que deseaba escuchar envueltos en el silencio del miedo y la precaución.

Su madre acabó metiendo la cabeza por la puerta. Era inútil fingir que no la veía.

Miró en su dirección.

Leyó la sorpresa en sus ojos, el interrogante de su expresión, pero no habló, y ella tampoco lo hizo. Simplemente se observaron el uno al otro, tan próximos como distantes a causa de aquella música que los separaba. Para uno significaba una emoción, para otra, el recuerdo.

Todavía era guapa. Al menos a él se lo parecía. Guapa y relativamente joven, a sus cuarenta y cinco años. Se había casado con su padre a los veintiséis, y le tuvo a él a los veintiocho.

El mejor tiempo del mundo antes de la tempestad.

Pero entre la edad y el atractivo físico que comenzaba a diluirse, persistía la dureza, el rictus sesgado de los labios, el doloroso frío de los ojos, aquel tono de inequívoca rigidez, como si el reloj de su vida se hubiese detenido hacía mucho tiempo.

Las tres guitarras marcaban un agudo y elevado contrapunto, estallando poderosas en lo más álgido del tema.

De pronto enmudecieron, murieron en esa cumbre apoteósica. Fue apenas una leve inflexión de silencio. La guitarra acústica volvió a entrar en el espacio sonoro, llenándolo todo de paz y armonía. Una cadencia mágica. Pero para entonces su madre ya no estaba allí.

El primer grito llegó revestido de perplejidad.

–¿Qué?

Julián puso sus dos manos como pantalla. Comenzó a temer que hubiera sido un tanto brusco y precipitado, aunque apoyado en la todavía fuerte sorpresa inicial...

–Vicky, déjame que te lo explique.

–¿Explicar? ¿Qué hay que explicar? –ahora el grito fue mucho más un alarido–. ¡Desapareces varios años, y de pronto vuelves para decirme que Vicente quiere ser músico y que no le ponga reparos! ¿Estás loco?

–No creas que me parece maravilloso, bueno... por un lado sí, ¿por qué negártelo? Ya sabes lo que para mí es la música. Sé muy bien que no es el mejor de los campos, sin embargo...

–¡Julián por Dios, por todos los santos, no! –le detuvo ella, crispada.

–Espera, cálmate, ¿quieres? No pierdas los estribos o esto parecerá nuestros últimos días hace doce años... ¿Cuando dices no, a qué te refieres? Dejando al margen lo que pienses tú, e incluso lo que piense yo, se trata de su vida. Ya no es un crío. Tiene derecho a escoger por sí mismo, para bien o para mal.

–¡Dios mío, Dios mío, no puedo creerlo! –gimió Vicky, uniendo sus manos–. ¿Qué es esto? ¿No lo estropeaste ya todo una vez?

–En cualquier caso, lo estropeamos, querida, pero... por favor, no he venido a discutir eso. Entiendo que es un tema delicado y que necesitamos... ¿quieres dejar de moverte de un lado a otro como un animal herido? Me estás mareando.

–¿Y qué quieres que haga? ¿Que me comporte civilizadamente? ¿Es eso? ¡A la

mierda con ello! ¡Es mi hijo!

–Nuestro hijo, Vicky.

–¡Mi hijo! ¡Yo he sido su madre, pero tú nunca has sido su padre!

–Porque tú no me has dejado.

–¡Oh, eso es muy cómodo por tu parte!

–Vicky, Vicky, no desviemos la cuestión. No quiero marcharme de aquí como entonces, dando un portazo. Además, esta vez no serviría de nada.

Ella se detuvo. Cruzó los brazos sobre su agitado pecho y se le enfrentó inesperadamente, cara a cara. Su combatividad era evidente.

–¿Cuándo has visto a Vicente? –le preguntó.

–Anteayer.

–¿Fuiste tú?

–No, él vino a mi casa.

–¿A tu casa? –su sorpresa no tuvo límites.

–Sí, ¿qué tiene de malo eso? Si Mahoma no va a la montaña, la montaña ha de ir a Mahoma. Si quiere ser músico, ¿a quién va a acudir?

–¿Os habíais visto antes?

–Hace cuatro años que no le veo –repuso Julián–, desde el día en que tus abogados me denunciaron por tenerlo unas horas de más y me enviaste a comisaría.

La mujer permaneció inmóvil, evaluando lo que su ex marido estaba revelando con sus palabras. Su pecho continuó subiendo y bajando al nivel de su ira. Pareció como si su respiración empezara a acompasarse transcurridos aquellos escasos segundos de silencio.

–¿Quieres decir que todo es cosa suya? –preguntó de golpe.

–Enteramente.

Fue como si sus piernas dejaran de sostenerla, o como si la razón final hubiese hecho la decisiva mella en su conciencia. Buscó el apoyo de la butaca más próxima y se dejó caer en ella. Un peso infinito comenzó a aplastarla.

–¿Cuánto hace que...? –pronunció con apenas un hilo de voz, mirándole sin verle en realidad.

–Dos años –dijo él sabiendo a qué se refería–. Un amigo suyo le prestó una guitarra.

–¿Dos... años?

Julián asintió con la cabeza. Inexplicablemente, deseó levantarse, cruzar la sala, sentarse a su lado y abrazarla, prestarle un apoyo del que había carecido a lo largo de su prolongada soledad.

No se movió.

Apartó la idea de su mente.

–¿Y sus estudios?

–No quiere estudiar. Piensa terminar la ESO y después trabajar. Quizás te sirva de algo saber que es muy bueno.

–No, no me sirve. Tú también lo eras, y puede que aún lo seas, ¿y qué?

–Vicky, no es el fin del mundo. Sobran médicos.

–Pero todos comen cada día.

–Yo también. ¿Alguna vez nos faltó algo?

Pugnaba por no llorar, pero le costaba mantenerse firme. Posiblemente fuese su presencia allí lo que lo impedía. Su mirada volvió a cambiar de intención al hundirse en él y exclamar:

–¿Quieres que sea como tú? No te importa, ¿verdad?

–Ser músico no es malo.

–Ahora ya no eres un músico: eres un fracasado.

Lo dijo despacio, para herirle. Julián también respondió despacio, dispuesto a resistir. Se lo había prometido a Vic.

–No soy un fracasado. Lo dejé por dignidad.

–¿Lo dejaste? ¡Tú sabes que no lo has dejado nunca, y que nunca lo dejarás! ¡Tocas cuando te lo pide alguno de tus amigos y siempre estás metido en algo, improductivo, estéril, pero desde luego con tu maldita guitarra al hombro! No vas a cambiar. Y si es cierto que lo has dejado, ¿qué quieres ahora, volver a través de Vicente?

–Vicky, sabes que no es eso.

–¡También sé cómo es el maldito mundo de la música!

–¿Y qué? ¿Aún crees que todo es sexo, drogas y rock and roll? Ahora es una industria, querida. Está llena de ejecutivos de camisas immaculadas y directores de marketing que todo lo planifican y lo evalúan en tantos por ciento, beneficios y éxito.

–Y entre disco y disco esnifan sus buenas rayas. ¡Por Dios, Julián, no me vengas con chorradas!

–No son chorradas –volvió a emplear su tono más paciente–. Conozco bien el tinglado, lo conocí antes y lo conozco ahora, aunque ya no esté metido de lleno en él. Hoy es distinto, más frío, menos vital, pero también más equilibrado. Nosotros pagamos el pato de muchas cosas, fuimos los pioneros, los que rompimos aguas, hicimos la revolución de los sesenta...

–¡Oh, sí, tu famosa revolución, no podía faltar!

–Vicky, aquello existió, fue real. Aquí había una dictadura, el rock estaba mal visto, confinado, perseguido. Nos putearon y nos jodieron, pero no pudieron con nosotros, aunque nos dejamos la piel y los mejores años de nuestra vida. No me quejo, de verdad: para mí fueron los mejores a pesar de todo. Pero hoy es distinto, formamos parte de una democracia, y estamos integrados en el mundo. Es más, ahora cantar en español ya no resulta raro, al contrario: es lo bueno. Los grupos venden discos, hacen cosas positivas y encima ganan millones, ¡millones de verdad! Para mí eso no tiene nada que ver con la música, pero al menos espero que tú sí lo tengas en cuenta. No todos funcionan, de acuerdo. No todos tocan el cielo con las manos, sino más bien el infierno con los pies, también de acuerdo. Unos tienen problemas, viven aprisa y no resisten el éxito, ni el fracaso, y otros logran mantenerse con la cabeza despejada. Pero, dime, ¿cuándo ha habido algo seguro en esta vida? ¿Tiene patente de corso un médico, un abogado o un arquitecto? ¿Quieres que te diga lo más importante? No debería, porque creo que ya lo sabes, pero lo haré de todos modos: Vic es listo. Es bueno con la guitarra, y encima es listo. Sabe lo que quiere.

–Sólo tiene diecisiete años.

–¿Y qué? ¡Es listo! ¡A su edad éramos unos retrasados mentales por culpa de todo lo que había en aquel tiempo! ¡Hoy saben de qué va la película! ¿Quieres que te diga algo más? También lo sabes, pero es necesario que lo oigas: tú sabes muy bien lo que siente, porque me viste sentirlo a mí cuando nos conocimos. Sabes que es imparable. Y sabes que no podrás impedir que siga su camino. ¡Lo único que pretende es que le entiendas!

–¡Y aquí paz y luego gloria, así de fácil!

–¡Sí! –gritó esta vez Julián–. Quiere eso y que no le montes un Cristo, nada más. Y yo te pido que no pienses que todo va a ser como fue conmigo. ¡No me uses de ejemplo!

–¿Ejemplo? –Vicky rezongó con sarcasmo–. Si quiere tocar la guitarra es por ti, porque es igual que tú, porque te admira... o yo qué sé, y a ti se te cae la baba sólo de pensarlo.

–Es mi hijo, y me siento orgulloso de él, como tú. Y eso no tiene nada que ver con el hecho de que quiera ser músico. Lo estaría igualmente si fuese un condenado médico o un jodido picapleitos.

Por una vez logró hacer aflorar un atisbo de sonrisa en los labios de la que un día fuera su mujer. Duró menos que un suspiro. De nuevo apareció en los ojos de ella la amargura, y en sus manos la quietud de la derrota. La llaga estaba abierta.

Ya no tenía mucho sentido seguir allí.

Se puso en pie y dijo:

–Será mejor que me vaya. Ya veo que no tenía por qué haber venido.

Vicky le observó.

–¿Estás seguro? –preguntó.

–¿Qué quieres decir?

–No soy una estúpida, ¿vale? A pesar de todo, y por una vez, sabes que has hecho justamente lo que debías.

No lo esperaba, así que la miró lleno de dudas.

–¿Ah, sí?

–Puede que en el fondo yo también lo supiera –se resignó ella inesperadamente, cediendo a la última presión–. Estos años, su forma de vestir, de comportarse, todo el día oyendo música... sí, ya sé que eso es algo normal en todos, pero en él, con semejantes antecedentes... Tiene la habitación llena de poemas, bueno, creía que eran poemas, pero ahora veo que eran letras de canciones, ¡cómo no!

–¿Y qué tiene que ver esto conmigo? ¿Por qué dices que he hecho bien por una maldita vez?

–Pues porque si algo tiene de bueno esto es que, por lo menos, te ha llamado y has respondido.

–Si es así debo agradecerte que no le hayas hablado mal de mí estos años.

–Vamos, querido, no te pases. Te he puesto a parir.

–Siempre te ha faltado constancia para rematar la jugada.

–Es posible, aunque en mi defensa debo agregar que nunca he pretendido luchar contra tu recuerdo o tu fantasma. Creo que de alguna forma incluso has estado aquí. Tal vez por ello no me he vuelto a casar hasta ahora.

–¿Hasta ahora?

Vicky se levantó. La derrota le había dado serenidad. Posiblemente guardase las lágrimas para la soledad. Julián esperó a que llegara a su lado sin moverse.

–¿Sales con alguien? –preguntó ante el silencio de su ex esposa.

–Sí.

–¿Quieres volver a casarte?

Vicky le miró de hito en hito.

–Puede que lo haga –admitió.

–De acuerdo –dijo él–. Sería bueno para ti.

–¿Oh, gracias, me quedo más tranquila!

Escapó a su ironía inclinándose sobre ella para darle un beso en la frente. Vicky no se movió. Al separarse, él hizo un gesto ambiguo, una mueca de resignación.

–No va a estar solo –dijo a modo de despedida.

–Eso es lo que más temo –manifestó la mujer recuperando la dureza de su voz y el hermetismo inicial de su expresión.

–¿Por qué no me lo dijiste a mí directamente? ¿Por qué tuviste que llamarle y meterle de nuevo en nuestras vidas?

Vic deslizó una huidiza mirada en dirección a su madre. Daba la impresión de estar furioso, pero también de controlarse frente a lo que se suponía iba a ser una discusión apasionada y crucial. Acababa de llegar y se encontraba con ello. Tenía todos sus argumentos a punto, pero a fin de cuentas era su madre. Siempre sería su madre.

–Creí que era mejor –dijo sucintamente.

–¿Mejor? Podríamos haberlo razonado tú y yo. ¿Cuándo no te he querido escuchar?

–Mamá, en este caso te habrías subido por las paredes.

–¡Y me he subido! ¿Crees que ha sido fácil para mí, con tu padre ahí, sentado, volviendo del pasado para decirme que ahora te toca a ti perder la vida?

–No digas tonterías, ¿quieres? Nadie pierde la vida si hace algo que le gusta y tiene un sentido.

–Tienes diecisiete años, y yo cuarenta y cinco.

–¿Y eso qué tiene que ver? Papá ha pasado de los cincuenta y sigue metido en ello.

–¿Metido en ello? ¿En serio? –Vicky levantó ambas manos en un claro gesto de impotencia–. Me temo, hijo, que estás idolatrando lo que fue, no lo que es ahora, y también idolatras un estilo de vida, muy poético, pero nada práctico.

–Mamá, ¿es que no lo entiendes? ¡Tenía que ir a verle a él! Quiero ser músico y

resulta que mi padre es músico.

–¿Y yo?

–Tú quieres que sea lo que a ti te interesa.

–Quiero lo que más te conviene.

–¿Y cómo sabes qué es lo que más me conviene?

–Porque eres inteligente y podrías llegar a ser lo que desearas.

–Entonces seré un buen músico.

–Yo me refería a ingeniero, arquitecto...

–Sé a lo que te referías, pero no me interesa, ni tampoco me interesa vivir como los demás, como la mayoría, con un trabajo, un sueldo, problemas estúpidos, una casita en la playa, que si adónde vamos de vacaciones o que si toca cambiarse de coche porque éste ya tiene tres años y Peláez se lo cambia cada dos... y el infarto a los cincuenta. ¿Tú crees que eso es vida?

–No todo es igual.

–¡Pero la mayoría de la gente queda atrapada en ese círculo, y no sale de él, y ser arquitecto o ingeniero tampoco te resuelve nada, porque acaban moviendo intereses, dinero, prestigio, poder! Yo odio eso.

–La música no es mejor en este sentido –apuntó Vicky–. Dura unos pocos años, con o sin éxito. Si tienes suerte y logras ese éxito, llega la tensión por mantenerlo, el agotamiento de las actuaciones, las presiones por parte de cuantos te rodean, y a la primera de cambio los hijos de puta de la crítica te hunden para poner a otro en tu lugar. Si ni siquiera tienes éxito... la frustración llega antes. Pero al final el fracaso es siempre el mismo. Mira a tu padre.

–No vas a convencerme con esto, lo siento, mamá –Vic se agitó como un león enjaulado–. Papá fue feliz, vivió intensamente la etapa más importante de su vida. Hizo algo verdaderamente válido.

–La edad te dirá que todas las etapas son importantes, los veinte, los treinta, los cuarenta... y supongo que también el resto. En cuanto a si hizo algo válido o no...

–¡Tú estabas con él entonces, tienes que saberlo!

Vicky respiró con fuerza. Sus ojos perdieron intensidad y fijeza. Parecieron asomarse al interior de sí misma brevemente.

–Puede... que al comienzo fuese maravilloso, claro –dijo muy despacio–, porque

yo también era joven y estaba metida en ello. Me gustaba acompañarle, no me cansaba nunca de oírle tocar la guitarra o ver sus actuaciones, y el ambiente era... especial, aunque no me daba cuenta de su lado negativo. Sin embargo, ahora pienso que eso duró muy poco, y que no valió la pena teniendo en cuenta lo que pasó después, todos estos años de vacío. La gente crece, evoluciona, pero los artistas... es como si no tuvieran edad. Tocar, escribir, pintar... es el sueño eterno, la fantasía. Lo malo es que estamos metidos en un mundo material y egoísta.

—¿Y quién lo hace así sino los que se salen y pierden las ilusiones? ¿Quieres saber algo? A veces voy por la calle, miro a la gente y no la entiendo. ¿Qué hacen con sus vidas? ¿Adónde van? ¿Qué sentido le dan a todo? Otras veces creo que esa misma gente, si pudiera, querría ser artista. Es lo único que da sentido a la vida. Lo otro es gris.

—La gente quiere ser famosa y rica. Lo de ser o no ser artista es otra utopía muy propia de tu entusiasmo. A ellos tanto les da cómo lo logren.

—Entonces ésa es la diferencia: que yo sí sé lo que quiero y por qué lo quiero. Además, ahora tengo una seguridad mayor. Papá piensa que soy bueno.

—¿Te lo ha dicho él?

—No exactamente con palabras, pero me bastó verle la cara el otro día, mientras tocaba. Si no hubiera sido bueno, me lo habría dicho y se habría negado a ayudarme en esto. Si lo ha hecho es porque cree en mí.

—Tu padre no es el mejor de los ejemplos.

—Eso lo sé por ti, pero no he tenido oportunidad de averiguarlo por mí mismo, y ya me toca. Y, sea como sea, fue un gran músico. Sería estúpido negarlo.

Vicky se acercó a su hijo. Tocó su mejilla con una mano sin dejar de mirarle a los ojos. A él no le gustaba, era un tanto reacio a las caricias o las manifestaciones de afecto, pero no se movió. Ella acabó abrazándole. Vic no pudo verle la cara, pero la mujer tampoco pudo verle la suya. Las dos tenían un extraño parecido, a caballo del dolor y la necesidad.

Al separarse, su madre le ofreció unos ojos llenos de contenidas humedades.

—¿Todo esto... ha sido una excusa para ir a verle? —quiso saber Vicky.

—No.

—Pero querías verle, ¿no es así?

–Sí, quería verle –reconoció él tras vacilar unos segundos.

–¿Qué hace ahora? ¿De qué vive?

–No lo sé.

–¿Te dio la impresión de estar bien?

–Sí, muy bien. Sólo por las guitarras y los discos, o el instrumental que tiene allí, le darían una buena cantidad de millones.

–Tu padre se moriría de hambre antes de vender una de sus guitarras, te lo aseguro. Ni siquiera lo hizo en lo peor de...

–¿Cuándo lo de las drogas? –preguntó al ver que ella se detenía.

–Sí.

–Tú ya no estabas con él.

–Pero fui a verle.

–Eso no lo sabía.

–¿Y qué? Hay muchas cosas que aún no sabes.

–¿Y no sería hora de que las supiera?

–Tal vez ahora te las cuente él mismo. Yo no sería imparcial. ¡Dios mío! –el suspiro de su madre fue imprevisto, igual que una soterrada carga de emociones–. ¡Te parece tanto a él!

–Montse dijo que éramos iguales –se arrepintió al instante de haberla citado, pero ya era tarde.

La expresión de su madre no varió.

–¿Se llama así?

–Sí.

–¿Cómo es?

–Simpática, muy agradable, guapa –Vic se encogió de hombros.

–Y joven.

–Bueno, tendrá unos treinta.

–Joven –repitió Vicky–. Y por el tiempo que llevan juntos, da la impresión de que Julián ha alcanzado por fin una estabilidad. Tal vez se esté volviendo mayor de una vez.

–¿Y para qué necesita la gente como papá hacerse mayor? Ella no respondió. Caminó en dirección a la ventana más próxima y se apoyó en el marco para mirar más allá de los cristales húmedos por la lluvia, hacia la calle vacía. La cortina de agua era densa, cerrada, y caía de un cielo ennegrecido que presagiaba continuidad en el estado del tiempo. Su estado de ánimo no era mejor. Se hallaba bajo mínimos. Siempre había odiado la lluvia. Era una mujer de sol.

El peor de los días para hablar de sí mismos.

–Estás decidido, ¿verdad, Vicente?

No hubo amargura en su voz, sólo la constatación de una nueva realidad acentuando su depresión.

–Sí, mamá, lo estoy –dijo él.

Pasó su brazo por encima de los hombros de Sonia, y la apretó contra sí. Sus labios se hundieron entre los rizos de color castaño. Aspiró su aroma. Su olor siempre le había fascinado y excitado. Era limpio.

–Vamos, aún tienes una oportunidad –le dijo–. La Cuervo no va a catearte así como así.

–Es como su nombre, ¡maldita vieja loca!

–Aprobarás la prueba final –insistió Vic–. Y si te quedas corta, lo mismo te aprueban en la reunión de profesores. Por una...

–Es que como me quede literatura, el Huertas es capaz de dejarme también las mates para septiembre, ¡y con dos mi padre va a arrugar la nariz hasta aquí!

Se detuvieron en el paso de peatones. Un camión cruzó a menos de medio metro levantando una turbulencia de aire a su alrededor. El cabello de Sonia se arremolinó en torno a su cara. Haciendo un gesto de fastidio lo apartó con su mano libre, ya que con la otra sostenía sus libros. El humo del tubo de escape del camión borró el aroma del que Vic se acababa de impregnar. Para compensarlo buscó los labios de su compañera. Le dio un beso carente de pasión, suave, tierno y amable. Una mujer, a su lado, refunfuñó algo que no lograron entender bien y los cubrió con una mirada de ira.

Se olvidaron de ella y del humo al cambiar el semáforo a verde y comenzar a andar de nuevo.

–Si me echaras una mano, como hacías antes –protestó Sonia de pronto.

–Yo también voy flojo en mates y en literatura.

–Pero podríamos estudiar juntos.

–No puedo faltar a los ensayos, ya sabes que no estoy solo. Fastidiaría a los demás.

–Y así me fastidio yo, y se supone que yo soy alguien para ti, ¿no? Tú vas a dejarlo, pero yo necesito aprobar para seguir estudiando y luego escoger la carrera que quiero.

–Vamos, estás haciendo una montaña de un grano de arena. Te han suspendido una evaluación, y eso no es el fin del mundo. Aprobarás, siempre lo has hecho.

–¡Pero me cuesta! En cambio a ti te basta con dedicarte a ello un poco y ya está.

Se encerró en su amargura y su enfado. Vic la observó de reojo. Seguía siendo la chica más atractiva de su clase, intensa, especial, fascinante, aunque a veces su endemoniado carácter la traicionara. Sus amigos no entendían cómo podía salir con ella. La llamaban «pija». Tal vez lo fuese. Pero le gustaba. No tenía nada que ver con él y eso era tan válido como si lo compartiesen todo. Cuando logró conquistarla apenas pudo creerlo. Primero incluso supuso que era debido al hecho de tocar en un grupo. Luego comprobó que no, que salvo en algunos casos, Sonia pasaba de la música.

–Anoche hablé con mi madre –dijo Vic.

–¿Ah, sí? –ella mostró interés–. ¿Por qué no me lo has contado antes? ¿Qué te dijo?

–Me soltó el rollo de los peligros del rock, las drogas, lo mal que está todo, y luego volvió a salir con lo de mi padre. No le ha gustado que fuera a verle, aunque... bueno, en el fondo lo ha entendido.

–¿Y?

–En junio acabo y ya está.

–¿En serio, así de fácil?

–No ha sido precisamente fácil. Te juro que ha sido el peor rollo de mi vida.

–Pero lo has conseguido.

La observó. Parecía desconcertada.

–Tú misma acabas de decir hace un momento que iba a dejarlo.

–Sí, porque tú me lo habías dicho, pero ahora... Vale, da igual, no importa.

–¿Qué pasa? –Vic estaba perplejo–. ¿Esperabas que mi madre me obligase a seguir estudiando o algo así? ¿No te alegras de que por fin haga lo que quiera?

- Creía que al menos acabarías el bachillerato, y estaríamos juntos un año más.
- Pero ¿de qué estás hablando? Nunca me has dicho nada de eso.
- Olvídalo. Lo de la Cuervo me ha puesto de mal humor. No sé lo que me pasa.
- Que no estudiemos juntos no va a cambiar nada.
- Te veré menos.
- ¿Desde cuándo eres tan romántica?
- Vale, ya sé que no lo soy. No me des el coñazo, ¿quieres?
- Espera, espera.

La detuvo y se colocó frente a ella, en mitad de la acera. Pese a que Sonia tenía sus libros apoyados sobre el pecho, a modo de parapeto y sujetos con ambas manos, la abrazó y la besó. Una de sus manos penetró bajo la mata de cabello, por la nuca. La sensación hizo que la muchacha se estremeciera. Sus labios se entreabrieron más, hasta entregarse por completo al beso.

- Te quiero –dijo él al separarse.
- Ya lo sé.
- Yo no me meto con tus ganas de ser empresaria; y tú nunca te habías metido con mi vocación.
- Me ha venido el período, ya sabes –suspiró ella.
- Siempre lo arregláis igual. Cuando tenéis los cables cruzados, es que os ha venido el período.
- ¿Hablas por experiencia?
- No seas puñetera. De sobra sabes que has sido mi única experiencia.

Sonia le dirigió una sonrisa resignada.

- Estás loco –confesó–. Menos mal que cuando seas un músico famoso necesitarás de alguien como yo que maneje tus millones. En el fondo hasta los artistas necesitáis de la economía.

La casa quedaba a menos de cincuenta metros, inmersa en la angostura de la calle que nacía casi inmediatamente, a una docena de pasos de donde se encontraban ellos. Vic señaló en su dirección.

- Es ahí –dijo–. Vamos, ¿por qué no subes?
- Ya te he dicho que no, que me da corte.

–Te gustará, es un tío muy sano, y Montse también. Les encantará conocerte.

–Oye, el día que empecemos con padres y madres será definitivo, y aún no estoy mentalizada para eso, ¿vale?

–¡Vale, vale! Tampoco es para tanto. Sólo quiero darle las gracias por su ayuda. Luego podríamos ir a alguna parte.

–Os vais a enrollar, que lo sé yo, y paso de hacer la estatua. Te veré mañana, adiós.

Le dio un beso, rápido, pero él la retuvo y la obligó a que éste fuera más denso. Repitieron su acción anterior, prolongando la despedida un largo minuto. Luego ella echó a andar a buen paso, agitando una mano. Vic la observó inmóvil, hasta que desapareció tragada por el bullicio de la calle Mayor de Gracia.

Sólo entonces reaccionó.

Alcanzó la casa en unos segundos y ni siquiera esperó el ascensor. Esta vez la portera no le dijo nada. Le había reconocido. Al llegar al tercer piso pulsó el timbre y aguardó. De nuevo la que le abrió fue Montse. Al verle expandió una amplia sonrisa en su cara.

–¡Vic, qué sorpresa!

Se encontró con un beso en cada mejilla que correspondió adecuadamente. Su padre apareció al final del pasillo, saliendo, cómo no, de su estudio. Los dos se encontraron a mitad de aquél.

–Vaya, me alegro de verte –dijo Julián Prats.

–Venía a darte las gracias por...

–¿Qué tal, fue duro? –le interrumpió él.

–Bastante, pero claudicó.

–Yo no lo llamaría claudicar. Suena a derrota, y aquí nadie gana ni pierde. ¿Lo entendió?

–Sí.

–¿Me echó la culpa?

–No, en serio.

Habían llegado al estudio. Vic imaginó que su padre estaría practicando, porque sobre una de las butacas vio una guitarra, una Ibanez Artist, impecable, espléndida.

–Dame tu cazadora –dijo Montse–. Hace calor aquí dentro.

–Bueno, yo...

La obedeció. No pensaba quedarse, pero le era imposible resistirse al embrujo de aquella habitación, la magia y el hechizo que fluía del conjunto, los discos, los instrumentos, las guitarras. Montse dejó la chaqueta en la sala y reapareció inmediatamente.

–Bien, ¿a qué esperas? –se dirigió a Julián.

–¿Ya? –interpeló éste.

–¿Por qué no?

Vic los miró a ambos. No sabía de qué estaban hablando.

–¿Qué pasa? –quiso saber.

–Tu padre tiene una sorpresa para ti –apuntó Montse, en la que vibraba una tensa impaciencia.

–Confiaba en que Vicky lo entendiera, pero aun así... hubiera hecho esto de igual forma, aunque luego me sacase los ojos.

–¿Hacer qué?

Julián dibujó una tímida sonrisa en su rostro. Pareció emocionado.

–Vic... yo tuve mi primera guitarra, de verdad, más o menos a tu edad. También antes toqué de prestado, y hasta convertí una horrorosa especie de guitarra acústica en un proyecto de eléctrica. Pero el momento decisivo de mi vida, creo que el más importante, fue cuando por fin pude comprarme aquella Gretch de quinta mano. Se caía a pedazos. Había resistido unas cuantas batallas, pero era mía, y ¿sabes algo? Nunca ha habido otra mejor. Fue el comienzo de verdad. Después he tocado con las mejores, Gibson, Fender, Guild... pero para mí nunca hubo otra como aquélla.

Montse se colocó a su lado. Le dio un beso en la sien. Julián tragó un inexplicable nudo albergado en su garganta.

El hombre cogió la guitarra que estaba en la butaca.

Y se la tendió a su hijo.

–Esto es algo muy especial, Vic. Es la llave de los mismos campos de fresas que cantaron los Beatles, la llave de un viaje mágico y misterioso. Sirve para crear armonía, para hacer música, para vivir y hacer vivir, pero también sirve para

llegar a lugares que es mejor no conocer. Utilízala sólo para ser feliz. No hagas que un día me arrepienta de habértela dado. Yo... –la voz de su padre cambió de pronto. Fue una súbita ruptura emocional–. ¡Oh, mierda! –gritó–. ¿Pero qué estoy haciendo? ¡Parezco un maldito sentimental largando el rollo más moralista de...!

–No lo estropees –aconsejó Montse–. Te ha quedado muy bien, y además, *eres* un maldito sentimental.

Vic sostenía la guitarra entre sus manos. Temblaba.

–¿Quieres decir que...?

–Es tuya –dijo Julián.

–¡Papá!

–Es una buena guitarra. No vale seis mil euros, pero tampoco es una caja de huevos. Es suficiente para que empieces, y para que lo hagas bien. Ese amplificador también es tuyo –señaló al pie de la butaca–. Tiene vatios de sobra para que no te falte potencia.

Volvió la emoción a su voz. Montse le abrazó. Vic continuó inmóvil, mirando ahora la Ibanez Artist que seguía temblando entre sus manos. Había comenzado a sudar por la impresión. Un brazo de Montse le capturó y le atrajo hacia sí misma y su padre.

Los tres quedaron unidos por el mismo calor.

–¡Joder! –suspiró Vic incapaz de expresar de otra forma sus sentimientos y descubriendo, de pronto, que para él aquél también era el día más feliz de su vida.

El lugar no sólo era de lo más cutre, sino espantosamente desangelado y sucio. En algún otro tiempo, remoto, conoció días de esplendor, cuando la nave debió de albergar cualquier tipo de industria en la Barcelona de comienzos de siglo. Ahora no era más que una estructura que se caía a pedazos y servía de almacén, aprisionando un sinfín de trastos viejos e inútiles, cajas, madera, restos de maquinaria, la basura que el progreso había olvidado.

–Es al fondo –dijo Vic.

–Esto no ha cambiado nada, ¿sabes? –comentó Julián–. ¿Cómo encontrasteis este lugar?

–Un tío de Cati, la teclista, pero no creas, hemos tenido que habilitarnos el espacio donde ensayamos, porque no tenía ni la más mínima condición. Cuidado ahí.

Esquivó un socavón en el firme del suelo, oculto por la penumbra. Julián le imitó.

–Mi primer local de ensayo era un antro peor que éste, y encima estaba en la Rabassada, en plena carretera. Sólo para mover el instrumental las pasábamos putas. Pero al menos estábamos solos, como vosotros. No digo que sea malo compartir un espacio con otros grupos, pero uno nunca sabe quién tiene al lado ni de qué van. Siempre desaparece algún cable, cuando no un «ampli» o una guitarra.

–Esto está bien, pero se nos va a acabar pronto. Creo que van a echarlo todo abajo.

–Pues os costará encontrar otro local, y no digamos a cómo se alquilan. ¡Ni que fueran suites en el Ritz!

–Ya llegamos, ¿los oyes? –advirtió Vic.

Se oía música de fondo, una batería y un órgano. Cuanto más se aproximaban menos espacio tenían para moverse con cierta comodidad. El conjunto de sombras se alzaba fantasmal a su alrededor. Julián se apoyó en unas tablas y éstas cayeron del otro lado con estrépito. Como si se tratara de un efecto de dominó, algo más también cayó a continuación y una serie de ruidos se expandieron como las ondas en el agua. Apareció una tenue luz a unos diez metros.

–¿Quién anda ahí? –preguntó una voz.

–Soy yo –dijo Vic.

El muchacho sabía por dónde pisaba, pero su padre se orientó mejor con la luz que fluía de la abierta puerta del local de ensayo. Cuando entraron en él lo pudo abarcar, sin embargo, todo de una sola mirada: una chica y dos chicos, una batería en un rincón, unos teclados en el otro, amplificadores y un par de sillas, el bajo y la Ibanez Artist que le había regalado a su hijo dos días antes. El espacio, de apenas tres metros de largo por cuatro de ancho, casi podía considerarse holgado teniendo en cuenta su función. Las paredes, o lo que fueran, estaban revestidas de fibra de vidrio y placas de simple pórex por encima, aunque no en toda su superficie. Dos bombillas desnudas colgaban del techo.

–Hola, tíos –saludó Vic–. Éste es mi padre.

Julián tendió su mano derecha al primero de todos ellos, el que había abierto la puerta al oír el ruido. Notó cómo el muchacho le miraba con cierto respeto, mezcla también de curiosidad y naturalidad. Vic se lo presentó como Emilio, el bajo. A continuación repitió el apretón con Fede, el batería. Cati, la teclista, le dio un beso en la mejilla sonriéndole llena de ánimo.

–Ya teníamos ganas de conocerte –le dijo ella.

–¿Qué te parece? –preguntó Vic abarcando el conjunto.

–Está bien, muy bien –ponderó Julián–. Parece tranquilo.

Examinó el bajo, japonés, un Takamine o algo parecido, porque no reconoció una señal clara de identidad al carecer de marca. La batería era una Tama bastante apañada y gastada. El sistema de teclados incluía un órgano Yamaha DX 7-SII, un piano eléctrico de la misma marca y un sintetizador Casio. Los altavoces parecían haber sido reunidos en una subasta de antigüedades. No había dos iguales.

Pero con todo, él no empezó mejor ni con más medios una eternidad antes.

Sus ojos se hallaban revestidos de una extraña emoción.

–¿Has venido a oírnos? –le preguntó Cati de nuevo, superando el silencio de sus dos compañeros.

–Sí, claro, pero no tengo prisa, no hay problema.

Vic tenía ya su guitarra entre las manos. Más que tocarla, la acariciaba, casi con sensualidad, como si fuera una chica de piel suave. Hizo una rápida digitación. Cati se situó detrás de su montaña de teclas. Era medianamente atractiva, no muy alta, de cabello corto y aspecto gracioso que chocaba con una aparente rebeldía en la ropa, amalgama de colores y formas. Fede y Emilio eran clones del mismo Vic, cabello largo, cierta dureza en la pose, ropas cómodas, vaqueras, algo ajadas y sucias. Rondarían los diecisiete o dieciocho años. La nueva edad.

–Vic nos ha hablado de tus discos –dijo Emilio–. ¿Tienes cosas de Free?

–Sí, todo.

–La hostia –valoró el bajista–. Andy Fraser era un tío grande, ¿verdad?

–Muy bueno, aunque de aquella época y del entorno de Mayall yo prefiero a McVie. Era muy sólido.

–¿Te gusta Michael Shrieve? –interrogó Fede.

–Me gustaba cuando estaba con Santana, a los diecisiete años, y me gusta lo que hace ahora. Estuvo muy enrollado con la New Age.

–Tope, ¿no? –aseguró el batería.

Era como si pasara un breve examen iniciativo. Fede y Emilio intercambiaron una rápida mirada de aprobación.

–Bueno, ¿tocamos algo o qué? –apuntó Cati.

–O qué –dijo Emilio.

–¿Qué? –preguntó ella sin entender el juego de palabras.

Se echaron a reír, todos. La teclista les hizo un gesto de fastidio, pasando de ellos. De pronto sus manos desgranaron las primeras notas de «With a little help from my friends», pero en la célebre versión de Joe Cocker. No hizo falta más. Fede la siguió y Emilio marcó inmediatamente el ritmo. El último en entrar en liza fue Vic, que conectó su amplificador. Al comenzar a cantar cerró los ojos para dar más énfasis y sentimiento a su voz. No era la de Joe Cocker, gastada, arenosa,

hiriente, pero quedaba cerca en cuanto a efectividad. Tenía timbre.

Julián se sentó en una de las sillas.

Si no recordaba mal, era la primera vez que estaba en un local de ensayo en calidad de oyente, no como músico, y había pisado decenas a lo largo de su carrera profesional.

Eso le hizo sentir una difusa vacuidad.

Nunca se dio cuenta antes de lo rápido que podía pasar el tiempo, un tiempo, su tiempo.

Ni de las distancias que, indefectiblemente, marcaban todas las edades.

Miró a Vic. No apartaba sus ojos de él, pero por un instante mirarle no había significado verle tal cual era, ni sentirle, en la piel. La música seguía siendo cuestión de piel y oído. Por desgracia, en los años ochenta el vídeo cambió la primordial de las sensaciones. Ahora primero se «veía» una canción. Piel y oído habían pasado a un segundo plano.

Su piel reaccionó.

Tenía el vello erizado.

Era una buena versión. Tocaban bien, se conjuntaban, les faltaban únicamente unos toques, nada que no pudiera corregir un buen productor, o él mismo. Quizás Fede sonase un tanto académico, falto de garra, y Emilio estuviese ligeramente revolucionado, pero mantenían un eficaz ritmo. Carecían de profesionalidad, todavía, y como a casi todos los conjuntos jóvenes, les faltaba experiencia, horas de vuelo, tocar a diario y a poder ser ante un público. ¿Cuántos grupos en España llegaban a grabar un disco sin haber dado la cara en vivo? ¿Cuántos nacían ya fracasados por pasar del dos al siete olvidando los números intermedios, como si alcanzar el diez fuese cuestión de suerte o de una canción aislada?

Cati tenía nervio, más nervio que calidad. Vic en cambio daba la impresión de estar un tanto agarrotado, ¿por él, por su presencia allí? Sabía que era un buen guitarra, un valor en ciernes, y ahora que su voz era importante. Iba de sorpresa en sorpresa, ¿o lo veía distinto por ser su hijo?

Concluyeron la canción y le observaron, mitad curiosos mitad indiferentes, al menos en apariencia.

—¿Qué repertorio tenéis? —preguntó Julián.

–Hemos montado unas veinte canciones, «Louie Louie», «I’m a man», «Sunday bloody sunday», «Gimme some lovin’», «Dimples», «Mighty Quinn» –dijo Vic.

–Si os va esa línea, deberíais montar también algo como «You really got me», o incluso «Gloria», aunque sería mejor no limitarse. ¿Conocéis «For what it’s worth»?

–No.

–Es de Buffalo Springfield, una canción de Stephen Stills. El rhythm & blues, el blues y el rock están bien, pero Vic puntea bien, así que no estaría de más una aproximación al country rock, no digo como estilo base, pero sí como sonoridad. Es una combinación excitante.

–No es fácil encontrar repertorio, canciones –objetó Fede.

–Yo os traeré cosas, haré una selección de temas que puedan ir bien –afirmó Julián–. A pesar de todo, esto no es lo más esencial. ¿Qué tal estáis de material propio?

–Tenemos montada una decena de canciones, la mayoría de Vic –dijo Cati.

–Eso sí es importante. Eso y cantar en castellano. Es lo que interesa. Para actuar es muy bueno gozar de un repertorio versátil, con temas de impacto, fuertes, pero nunca hay que olvidar lo propio de cada cual. Ahora no os conoce nadie y lo fundamental es practicar mucho, sin descanso, pero el momento de grabar puede llegar inesperadamente y no hay que descuidarse. Tocadme algo vuestro.

Se miraron entre sí. Fue Emilio el que habló.

–«¿Cosas?»

–No, mejor «Polvo cósmico» –dijo Cati.

Y arrancó ella misma el tema, sin dar opción a otra alternativa. Era un número bastante fuerte, descompensado en su bloque central, pero con un buen comienzo y un buen final. La letra resumaba ingenuidad. Le faltaba el adecuado arreglo, le sobraba el solo de piano eléctrico. Sin embargo, en conjunto, era más que una promesa.

Trabajo, sólo trabajo.

Lo demás llegaría por sí mismo.

Observó a Vic, sus manos, su pasión, la fluidez que lo armonizaba todo en el centro básico del conjunto: la música. Se vio a sí mismo treinta años antes y trató de hacer una comparación. Imposible. ¿O no? ¿Cabía reconocer que su hijo era

mejor? En la historia del rock, treinta años era mucho tiempo. Ahora los chicos lo hacían todo antes, y mejor. Vic llevaba sus genes.

Por sus venas corrían sonidos.

Notas.

–¿Nos echarás una mano?

Despertó de su abstracción. Volvía a mirar a Vic sin verle. La canción había terminado y la que esperaba una respuesta era Cati, nerviosa, más abierta que cualquiera de los demás, incluido su propio hijo.

–¿Qué?

–Si vas a echarnos una mano. Nos vendría bien –repitió ella.

Julián miró a Vic.

–Bueno, no sé, no quisiera molestaros, ni meterme en...

–Por mí está bien, papá –dijo él.

Emilio y Fede no dijeron nada. Vic bajó los ojos al suelo tras sonreír ligeramente, con una extraña timidez. Fue Cati la que resumió en una sola palabra sus sentimientos, tras apenas unos segundos de silencio.

–¡Bien! –gritó.

Por cierto, ¿cómo os llamáis?

–Aún no lo tenemos claro –respondió Vic–. Primero fue Ventanas, en honor a los Doors. Jim Morrison era un tío cojonudo. Después lo cambiamos por Ventanas Abiertas, porque lo primero nos parecía un poco cursi, muy de grupo folk y todo eso. Pero el segundo no sonaba mejor, y últimamente hemos pensado en algo más ambiguo, universal, así que nos llamamos XYZ.

–Bueno, habrá tiempo de cambiarlo llegado el momento.

–¿No te gusta?

–Como tú has dicho: suena ambiguo. Hoy los tiros van por otros lados.

–Hasta ahora hemos pasado mucho de modas, estilos, lo que se lleva y lo que no se lleva.

–Hasta ahora no habéis sido profesionales.

Vic no contestó. Dirigió una distraída mirada a una chica que cruzaba la calle por delante de él, luciendo una breve minifalda. Julián la observó con mayor intensidad e intención. Tenía las piernas muy largas, y llevaba tacones altos pese a su juventud. El cuero negro de su cazadora, de anchas hombreras, brillaba en la noche, bajo las luces de la calle y los coches. Desde uno de ellos, alguien le dijo unas palabras. La respuesta de la muchacha fue fulminante: movió su mano izquierda y extendió el dedo medio con energía en dirección a quien fuese. Sonó un claxon. El coche se alejó y ella no perdió el ritmo ágil y elástico de sus pasos.

–El otro día violaron a alguien cerca de aquí –dijo Vic ambiguamente, sin aparente relación con nada.

–Es un barrio duro –confesó Julián–. Yo llegué a tener un local de ensayo en el

cobertizo de una finca dedicada a la prostitución. Y no fue el peor.

–No me has dicho qué te han parecido.

–Háblame de ellos –pidió el hombre.

–No hay mucho que contar –Vic se encogió de hombros–. Emilio tiene mi edad, Cati ha cumplido los dieciocho y Fede es el mayor con diecinueve. Todos trabajan y hacen lo que pueden.

–¿En qué trabajan?

–¿Es importante eso?

–A veces. No es lo mismo hacerlo en un banco que colgado de un andamio.

–Cati está en una tienda, de dependienta. Es de un pariente, así que goza de cierta libertad. Vamos, que no le miran las horas al segundo. Fede trabaja en un taller. Reparar televisores y vídeos. Se le da bien la electrónica y es un manitas, así que de más de un apuro nos ha sacado con el equipo. En cuanto a Emilio... hace de todo, recados, le echa una mano a su padre, que es lampista, cosas así.

–¿Ninguno estudia?

–No, ¿por qué?

–La cultura es importante. Tanto si se llega arriba como si no se llega, es necesaria. Y no hablo de títulos. Me refiero a tener unos conocimientos, incluso un método de raciocinio, una pauta, que eso sí lo da haber estudiado, más que lo que se aprende en sí.

–¿Habrías estudiado tú de haber podido?

–Sí.

–¿En serio?

–Claro que sí, ¿por qué iba a engañarte? Una cosa es no hacer una carrera, y otra muy distinta, no haber tenido la oportunidad de escoger. Al menos habría llegado a completar el bachillerato superior y la reválida, que era lo que se hacía entonces hasta los diecisiete años más o menos.

–¿Crees que yo hago mal dejándolo ahora?

–Si lo tienes claro, muy claro, no, pero no estaría de más que acabaras algo, por si acaso. Total, para lo que te falta...

–¡Lo dices como si fuera esto! –hizo chasquear los dedos.

–Es esto –Julián le imitó–. Algún día te darás cuenta. Hoy todo te parece lento menos lo que te interesa. Pero vivir es algo que se cuece cada día, ¿entiendes?

–Bueno, ¿vas a decirme lo que te han parecido? –insistió Vic.

–Aún no has acabado de hablarme de ellos –objetó su padre–. Te vas por los cerros de Úbeda.

–Si es que no hay nada que contar. ¿Qué quieres que te diga?

–¿Cómo os unisteis? ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

–Emilio y yo estudiábamos en el mismo instituto y también íbamos al mismo curso. Quería ser guitarrista, hasta que un día me oyó tocar a mí y pensó que era más seguro pasarse al bajo. Solíamos pasar las tardes juntos, cantando, practicando, oyendo música. Entonces conocimos a Fede, que estaba loco con su batería, y decidimos formar un trío de rock duro. Estuvimos casi un año ensayando hasta que apareció Cati. Fue ella la que se ofreció para entrar en el grupo. Nos dijo que nos hacía falta un teclado para las armonías, y que así tendríamos mucha más versatilidad. Pensamos que una tía no nos vendría mal, porque los grupos mixtos funcionan bien, y la metimos.

–Eso es pensar con la cabeza.

–¿Ah, sí? –Vic sonrió.

–¿Por qué quiso ella entrar precisamente en vuestro conjunto?

–No lo sé. Supongo que le gustaría cómo sonábamos. Le flipa la misma música que a todos nosotros.

–¿Está enrollada con alguno de vosotros?

–No, ¿por qué?

–Las chicas en los grupos están bien, tú lo has dicho, pero si se enrollan con alguno... o se fijan en ella dos a la vez...

–Me estás saliendo machista, ¿sabes?

–¡Eh, eh! Diría lo mismo si fuesen tres chicas y un chico. Es la desigualdad lo que desequilibra el asunto. Un grupo formado exclusivamente por tíos, como los de mi época, saben a lo que van. Pero en cuanto se mezclan los sexos... ¡uh! –hizo un expresivo gesto arrugando la cara–. Cuando actuéis por ahí puede haber complicaciones, a no ser que lo tengáis todo muy claro, y por desgracia entre músicos nunca hay nada claro.

–¿Qué pasa cuando se actúa por ahí, según tú?

–Pues pasa que después de actuar en un pueblo de mala muerte o en una ciudad perdida, a las cuatro de la madrugada todo dios tiene el diablo en el cuerpo, eso pasa, ¿me explico? Todavía se lleva la adrenalina revuelta por el concierto, la actuación o lo que haya sido, te has tomado unas cervezas de más, no tienes ni pizca de sueño pese a que estás molido, y entonces, ¿qué sientes? Pues ganas de marcha, ni más ni menos. Después de la música, para hacernos subir, el sexo es lo único capaz de hacerte bajar. Así que si ella se acuesta con uno... los otros pueden cabrearse y, por lo general, es así.

Vic observó a su padre de reojo. Hablaban sin dejar de caminar, a buen paso, saliendo de la Barcelona extrema para aproximarse cada vez más al centro, la civilización y el orden. No estaba muy seguro de entenderle. Ni siquiera estaba seguro de si le hablaba del pasado o de una realidad presente.

–No hay ningún rollo entre nosotros, te lo aseguro –afirmó convencido–. Yo ya salgo con una chica. Se llama Sonia. Y del resto no sé. Cada cual tendrá sus cosas.

–En mitad de ninguna parte eso no cuenta. Incluso da lo mismo que ni lo hayas pensado o que la chica no te guste. De pronto te sientes solo, llega la necesidad, y no únicamente para ti, porque eso es siempre cosa de dos, así que coges lo que tienes más a mano.

–Entonces meteremos a dos tías más, para hacer el du-dua de los coros, ¿qué te parece? –bromeó Vic–. Estaremos tres a tres y no habrá problemas.

–Tú vete riendo, pero muchos la han fastidiado por eso. El éxito no tiene nada que ver con los sentimientos.

–¿Ligabas mucho cuando tocabas, papá?

–¿Qué debo contestar a eso? ¿Qué imagen he de conservar, la de músico, la de padre, la de rockero? ¡No me digas que tú también tienes la cremallera floja y que por eso te has hecho músico, como si todo el monte fuese orégano! ¡Ya hay bastantes imbéciles que confunden las cosas!, ¿vale? Si tocas, itoca! Si quieres sexo, hazte gigoló.

Reía y gritaba al hablar. Acabó dándole un nada flojo manotazo en la cabeza. Vic no pudo esquivarlo.

–¡Pero, bueno...! ¿Qué pasa, quieres pelea?

–¡Anda ya, rockero de pacotilla! –gritó de nuevo Julián repitiendo su gesto.

–¡Serás paliza! –protestó Vic.

Y se lanzó contra él, sorprendiéndole antes de que pudiera escapar. Forcejearon

apenas unos segundos, hasta que sus risas les hicieron perder las fuerzas y se abrazaron el uno al otro sellando una súbita paz sin palabras. Luego continuaron andando, aún jadeantes.

–Recuerdo que una vez, en el Puerto de Mazarrón... –comenzó a decir de pronto Julián.

Julián cogió a Montse por un brazo y tiró de ella, sacándola de la cocina.

–Ven –dijo–. Quiero que oigas algo.

–Espera, ¡espera! –apagó el gas, pero no tuvo tiempo de limpiarse las manos y tuvo que llevarse el delantal que logró coger de un colgador, junto a la puerta–. ¿Qué pasa? ¡Menuda marcha!

No la dejó hasta llegar al estudio. Una vez en él la hizo sentar en una de las butacas, justo la que estaba más equidistante de los dos altavoces. A continuación se acercó a la platina del casete, abrió el receptáculo de la cinta y depositó una en él. Lo cerró, pulsó el botón de puesta en marcha y permaneció de pie mientras sonaban las primeras notas de una canción. Se adivinaba rápidamente que era una simple grabación casera, con ruido de fondo y poca nitidez. Una maqueta sucinta, registrada en vivo y con un solo micrófono.

–¿Son ellos? –quiso saber Montse.

–¡Sssh... calla y escucha! –pidió Julián.

Entre el ritmo suave del bajo se colaron ráfagas de órgano. Lentamente surgió la percusión, distante, aproximándose al imprimir mayor intensidad en los golpes. En el momento en que las tres partes atacaron el tema a plena potencia apareció una guitarra eléctrica punzante, sosteniendo una nota hasta iniciar una serie de floreos bien marcados. El bloque instrumental se mantuvo por espacio de unos quince o veinte segundos, y de pronto, tras un súbito *break*, entró la voz solista, densa, perfectamente timbrada. Cantaba en castellano.

La letra hablaba de un chico con problemas para conseguir una guitarra eléctrica, porque tenía siete hermanas y todas necesitaban zapatos. Era divertida, pero al mismo tiempo encerraba una profunda carga de nostalgia. Un guante de seda

para desgranar las vicisitudes de un pequeño mundo de impotencias.

Volvió a entrar la guitarra. El solo central fue desnudo, omnipresente, claro e imaginativo. La canción aumentó en intensidad al repetir el bis el resto haciendo coros. Aunque desigual, el final forzaba el tren rítmico arrojando a la voz, que jadeaba, sufriendo por la maldita guitarra que no podía conseguir. La fuerza era plena, y alcanzó ahí su punto álgido entre el caos sonoro de la pobre grabación.

Al concluir el tema, Julián detuvo el aparato.

–¡Vaya! –dijo Montse.

–¿Qué tal?

–Es bueno, me gusta.

–A mí también –aseguró él–. Le faltan un montón de cosas, pero le sobran otras y tiene las suficientes para que hasta un lego entienda que ahí hay madera –cerró las dos manos a la altura del pecho y cambió el tono para mascullar–: ¡El muy cabrón es... increíble, de verdad! Puede llegar lejos, mucho más que yo, aunque aún le falte agresividad, mala leche. Es un intuitivo, funciona por impulsos, pero aun soltándose como lo hace, es demasiado formal, académico. Necesita un poco de fuerza, tener aún más sentido del ritmo del que ya tiene.

–Dale tiempo, ¿no? Acaba de cumplir diecisiete años.

–Claro, claro, no es una queja, es tan sólo crítica constructiva. Si no me interesara o creyera que es del montón, ya estaría bien. Pero puede exigírsele el máximo. Aún no ha encontrado su verdadera línea ni su propio universo creativo. Tiene demasiadas influencias, pero está en camino. Hay que pulir esa energía.

–Muchos grandes han sido técnicos, sin necesidad de esgrimir demasiada fuerza –opinó Montse–. Ahí están Clapton o Knopfler.

–Para mí, ellos son virtuosos. No sé a dónde podrá llegar Vic, pero necesita de otros recursos, explotar las tres dimensiones del sonido que pueda sacarle a una guitarra y explorar las que no están ahí. Me sabría muy mal que acabara siendo un mero «manitas», como hay tantos, sin imaginación, porque les basta hacer lo justo, emplear un par de trucos para dejar con la boca abierta al personal y poco más. Y ése es un mal propio de esta generación y de la anterior.

–¿A qué te refieres?

–El último movimiento verdaderamente rebelde y rompedor que hubo en la música fue el punk. No me gustó, porque no era mi onda, pero lo entendí muy

bien y me pareció válido como fenómeno social. Durante los años ochenta y los noventa cada vez ha habido más técnica, más recursos a la hora de grabar un disco, más aparatos y sistemas capaces de desarrollarlo todo. Pero la verdad, la única verdad, está aquí y aquí –Julián se tocó la frente con un dedo y el pecho, a la altura del corazón, inmediatamente después. Luego agitó ambas manos, haciendo oscilar todos los dedos a un tiempo y agregó–: El resto lo ponen éstas, y no hay más.

–Es toda una disertación sobre los principios básicos del músico –bromeó Montse.

–¡Eh, que te hablo en serio! –protestó él dolido–. ¿Sabes lo que le pasa a esta generación? Que no han tenido que luchar contra nada. Y se les nota. Les falta pasión, y no es que sean fríos, pero... ¿has oído el solo de Vic? –continuó sin esperar–. Es limpio, fresco, tiene luz y color, buena digitación, claridad, pero carece de esa chispa especial que lo haría fantástico. Puede enloquecer a los ocho mil tíos y tías que estén en el Palacio de los Deportes y, sin embargo, nunca hará sentir nada especial a un músico, a un buen músico.

–¿Desde cuándo los músicos tocan para los músicos? El público es siempre el que decide. Yo diría que lo miras todo con lupa. ¿Cuántos chicos a la edad de Vic tocan como él? ¿Y esa voz? Tiene poder. ¿La canción es suya?

–Sí.

–Influencias de Springsteen y reminiscencias zeppelinianas.

–Y toques de Dylan, apuntes de Gabriel, recursos de Clapton. Se lo ha mamado todo.

–¿Crees que eso venderá aquí, en España?

–No –fue tajante Julián–, pero no le hables ahora de «vender». Ni a él ni a los demás. Quieren ser ellos, tocar, y los entiendo. Cuando encuentren su espacio natural, harán las canciones para ese espacio y entonces estarán maduros para tratar de grabar un disco.

–¿Vas a ayudarlos? –preguntó Montse.

–Me lo han pedido.

Ella sostuvo su mirada. Exhibió una media sonrisa preñada de intenciones.

–¿Qué piensas hacer por ellos? –quiso saber.

–De momento, actuar como observador, ver cómo trabajan, qué hacen, por

dónde van, conocerlos, escuchar sus ideas y, desde luego, darles alguna orientación, a ver cómo la encajan.

–¿Piensas producirles?

Julián resopló.

–Eso son palabras mayores –dijo lleno de cautelas–. En primer lugar nunca lo he hecho, no me gusta, ni siquiera tratándose de mí. En segundo lugar es correr demasiado. Puedo ayudarlos a buscar una compañía, un agente que les dé conciertos por ahí, hablar con algunos de los viejos locutores que aún están al pie del cañón, en fin... tocar algunas teclas, buscar contactos. ¿Qué más puedo hacer?

–Te cae bien tu hijo, ¿verdad?

–¿Cómo no va a caerme bien? –se extrañó Julián.

–Antes no era más que un hijo al que no veías, ahora no sólo le has recuperado, sino que además es músico.

–Eso no tiene nada que ver, siempre...

–Sí tiene que ver, y lo sabes. A mí no me vengas con cuentos, que ya te conozco lo suficiente.

–Bueno, me siento orgulloso de él. Es lógico en un padre, ¿no? ¿Sabes que es muy maduro para su edad? Ni siquiera fuma, ni bebe, ¿qué te parece? Aún me desconcierta un poco, no creas.

Montse se levantó. Le bastaron tres pasos para llegar hasta él y rodearle con sus brazos. Los dos quedaron unidos estrechamente.

–¿Puedo decirte una cosa? –preguntó ella.

–Claro.

–Hace tiempo que no te veía tan animado.

Julián la miró con un asomo de escepticismo que rápidamente se trastocó en una fingida burla.

–¿Tú crees? –dudó.

–Sí, se te nota.

–¿Crees que estoy volviendo al rollo a través de Vic, como me dijo su madre?

–Tú sigues metido en el rollo, y siempre lo estarás, así que eso no lo sé. Ni

siquiera sé si es bueno o malo que le cojas demasiadas ilusiones a esto, porque Vic tiene su vida, y le tocará a él vivirla por sí mismo tarde o temprano. Pero sí sé que estos últimos días has cambiado.

–El nuevo Julián Prats –bromeó para él.

–Algo de eso.

–Y... ¿te gusta?

Montse aproximó su rostro al suyo. Era tan alta como él. Le besó con ternura antes de pronunciar un simple pero convincente:

–Sí.

En el momento de aparecer Fede por la puerta, únicamente Vic estaba tocando, haciendo escalas, pero con el amplificador apagado. Los tres levantaron la cabeza al verle, aunque ninguno se movió.

–¡Eh, tíos! ¿qué pasa, quién se ha muerto? –preguntó el recién llegado.

–Nosotros –dijo Emilio.

–¿Ah, sí? ¡No me jodas!

No hubo respuesta a su tono pasota. Vic continuó haciendo escalas, Emilio limpiando su bajo y Cati tumbada en el suelo, detrás de sus teclados.

–Bueno, ¿vais a contármelo o qué? –protestó Fede.

–Se acabó. Nos echan de aquí –le informó Vic.

–Me lo ha dicho mi tío hoy. Van a tirar todo esto abajo –lo completó Cati.

–¿Ya? ¿Pero no dijeron que...?

–¿Y qué más da lo que dijeran, tío? Lo tiran y en paz. Y a nosotros nos dan la patada –rezongó Emilio.

–¡Mecagüen la...! –cerró los dos puños, levantó la vista al cielo y apretó las mandíbulas en un claro gesto de rabia y desesperación. Luego pasó entre el resto y se sentó detrás de su batería. Estuvo a punto de coger los palillos, pero optó por no hacerlo. Hubiera destrozado su vieja Tama a golpes. Acabó preguntando–: ¿Cuánto nos queda?

–Un par de semanas, puede que tres, pero habrá que ir buscando algo aprisa para que no nos coja de improviso. En algún lado hemos de dejar el equipo –dijo Cati.

–¡Dios, encontrar un local de ensayo es como jugar a la primitiva! –lamentó Fede.

–No tanto, hombre –le calmó Vic–. Lo malo es el dinero. Habrá que meterse en una de esas naves industriales del Poble Nou, con otros veinte grupos apretados y encima pagar una pasta.

–¿Y el equipo de voces? ¿Cómo coño vamos a comprar el equipo de voces?

–Oye, vale, ¿y yo qué sé? Sólo te he dicho lo que hay –gruñó Vic.

–Bueno, no nos pongamos nerviosos, ¿queréis? –los calmó Cati–. No es el fin del mundo. Esas cosas pasan.

Le dirigieron una mirada de fastidio, pero esta vez ninguno de los tres habló. El silencio se comió los últimos rescoldos de su irascible combatividad. Nadie propuso ensayar. El fantasma de la frustración se había apoderado de ellos. Cati miraba las paredes del local como si fueran algo muy querido. Acabó levantándose para salir. No le preguntaron adónde iba, de sobra lo sabían. Regresó a los cinco minutos sin que todavía uno solo hubiera abierto la boca.

Y como si su presencia los despertara, fue Emilio el que rompió la tensa y monótona espera.

–Vic, tu padre debe conocer todos los lugares donde alquilen locales para ensayar, ¿no?

–Es posible, no lo sé.

–¿Por qué no le preguntas a él? Siempre sabremos mejor el terreno que pisamos.

Vic hizo un gesto indiferente, plegando los labios hacia abajo.

–Ya no está tan conectado como antes.

–Pero tiene amigos. Un par de llamadas telefónicas...

No hubo respuesta. Cati se sentó en una de las sillas, al lado de él, observándole con curiosidad.

–¿Y el equipo de voces? –intercaló Fede–. A lo mejor tu padre tiene uno para vendernos, o prestarnos. ¿No dijiste que tenía de todo?

Esta vez Vic los abarcó con una mirada dura.

–¡Eh! ¿qué pasa? ¿Creéis que es Papá Noel o qué?

–No, pero... –trató de decir Fede.

–Dijimos sin interferencias, ¿no? –le detuvo secamente Vic.

–¿De qué vas? –protestó Emilio–. Es tu viejo, y él mismo se comprometió a ayudarnos. Yo no veo nada de malo en preguntarle...

–Hoy le preguntamos si sabe de un local de ensayo, mañana le pedimos su batería porque se te habrá roto la tuya, y al otro que nos haga de *pipa* *porque nos duelen los riñones, ¿es eso?

–¡Mierda!, pero ¿qué demonios te pasa? –gritó Fede.

–¡Bueno, vale, dejadle en paz! –gritó aún más Cati.

–Lo estamos hablando, ¿no? ¿Qué te pasa también a ti?

–¡A mí nada, pero le entiendo!

–¿En serio? Pues explícamelo, ¿quieres? Si yo tuviera un padre músico...

–Pero no lo tienes.

–Ni siquiera tengo padre, ¡ya lo sé! –bramó Fede.

–¡Ya vale! –trató de detener la arenga verbal Emilio.

–¡Ella ha dicho que le entiende! –insistió Fede–. ¡Que me lo explique! ¡Que me diga por qué el señorito no puede hablar con su padre! ¿O es que no se puede molestar a la gran estrella? ¡Coño, a mí me cayó muy bien, y creo que nosotros a él!

Vic dejó la guitarra en su silla y caminó en dirección a la puerta.

–¡Eh, tú, estamos hablando! –quiso detenerle Fede.

–¡No estamos hablando, estamos gritando! –subrayó Cati–. Y si no entiendes de qué va esto es que estás ciego!

–Lo que entiendo son otras cosas.

–¿Como cuáles?

Vic se detuvo en la misma puerta, sin salir. Cati estaba de pie, frente a Fede, combativa y con el rostro rojo de ira. El batería miró primero a uno y luego a otro. Hizo una mueca. Sin embargo, no llegó a decir nada. Fue Emilio el que sí lo hizo, a tiempo.

–De acuerdo, ya está bien –los tranquilizó–. Estamos nerviosos, pero nada más. No vayamos a fastidiarla. Venga, ¿por qué no tocamos un poco? Algo fuerte para reventar, o suave, para calmarnos, ¿de acuerdo?

Fede expulsó el aire retenido en los pulmones. Cati miró a Vic. Y éste acabó de salir del local de ensayo.

Caminó por el angosto sendero habilitado en el almacén, sin prisa. Quería salir fuera y respirar un poco de aire fresco. Ya hacía calor, y allí dentro, con el equipo y sin ventilación, solían sudar incluso en invierno. Intentó analizar su estado de ánimo y descubrió que no estaba enfadado, aunque sí molesto. Pero ignoraba las razones. O al menos ignoraba la estrecha relación entre la causa y el efecto.

¿Era por su padre? ¿Por el grupo?

Le gustaba estar con él. Y pasaba las horas del día esperando el poco tiempo de que disponían todos para ensayar.

Pero la mezcla... Él y ellos.

¿Era eso?

¿Quién era, el hijo de Julián Prats o Vic?

Quizás, ya, las dos cosas, inseparables.

Llegó a la calle. Raras veces se enfadaba, y menos aún perdía los estribos, como Fede, que, unas veces por ser el mayor y otras por su carácter, sí se extralimitaba. También en esta ocasión su tensión se atemperó casi al momento. Habían discutido otras veces. ¿En qué grupos no se discutía? Algunos incluso llegaban a las manos, y al día siguiente volvían como si tal cosa. Costaba demasiado lograr una unidad, la cohesión de unas ideas y un sonido, como para romperlo todo a la primera de cambio.

Y estaban en camino, pisando cada vez más fuerte.

Aunque por esa razón les dolía más un golpe.

De pronto oyó la voz de Julián, casi a su lado.

–Hola, Vic, ¿entras o sales?

Le vio detenerse a su lado, sonriente, y dejó que le palmeara un par de veces el hombro antes de que la mano se quedara allí, quieta, amigable. Su padre no tenía coche, ni nada que se le pareciese; Montse sí. Su aspecto era el de un viejo hippie reciclado, aunque no reconvertido. El cabello largo, la energía de los ojos, el desenfado. Invitaba a la sinceridad.

–Hoy no hay ensayo –mintió–. ¿Qué estás haciendo aquí?

–¡Oh, pasaba cerca, ya sabes! –dijo él con fingida exageración–. Quería decirte que el sábado, en la sala pequeña de Razzmatazz, nos reunimos una buena

panda para tocar. Me gustaría que vinieras.

–Claro, ¿quiénes sois?

–Le damos un homenaje a Dani Groc, ¿le conoces? ¿No? Pues era uno de los buenos, sólo que empezó antes, cuando el rock and roll. Ahora tiene el mal de Parkinson y apenas puede tocar, aunque va a estar ahí. Primero queríamos reunir fondos para echarle una mano, los de siempre, Max, Jorge, Santi... pero ahora por lo visto lo van a filmar los de TV3, así que será un buen concierto. Como llevas unos días sin pasar por casa, y yo no quiero llamar a la tuya, he pensado que lo mejor era avisarte cuanto antes, no sea que hicieras planes.

–Iré, naturalmente –concedió Vic, sin agregar nada más.

–Estupendo, ¡te gustará! Quedaremos antes y así entrarás conmigo y te ahorrarás la entrada. Díselo también a los demás. Y ahora, ¿qué vas a hacer? ¿Adónde ibas?

–A casa –dijo él.

–Muy bien, te acompaño, ¿vamos? Podrías venir a cenar con nosotros.

Echaron a andar juntos, uno al lado del otro.

El brazo de Julián Prats todavía rodeando los hombros de Vic.

Sonia dejó dos euros en la mesa y Vic otros dos. Se levantaron y recogieron sus cosas. El camarero se acercó rápido para comprobar si todo estaba en orden. La escasa propina de diez céntimos no le complació, pero a cambio le echó una densa mirada a la chica, que sí le complació el ánimo. Los dos le dieron la espalda y se alejaron indiferentes del espacio abierto sobre la acera y protegido por un toldo. No hablaron hasta haber recorrido una veintena de metros.

–¿Me escribirás a menudo este año? –preguntó entonces ella.

–Claro, ¿por qué lo preguntas?

–El año pasado no te mataste a escribir.

–Es que nunca sé qué decir –justificó él–. Preferiría llamarte por teléfono.

–Ya sabes que mis padres, cuando el mismo chico llama tres veces, empiezan a hacer preguntas, y paso de rollos. Se ponen de un plasta... Mi madre aún está con lo de que tenga cuidado, pero eso sí, de dar la cara y hablarme del sexo, nada. Sólo me dice que me ande con ojo, y a cada momento me recuerda lo de mi prima Margarita. En cuanto a mi padre... bueno, para él la edad adecuada en la que una chica debe ponerse en relaciones es a los veintiuno o veintidós, casarse a los veinticuatro o veinticinco, y ser madre de dos preciosas criaturas antes de los treinta. ¡Todo perfecto y planificado! –se estremeció–. ¿Tú crees?

–Si te vieran conmigo les daría un infarto.

Sonia le dirigió una rápida mirada cargada de sorna.

–¿Te imaginas?

–¿Y no tienes más remedio que irte con ellos todo el verano? –preguntó Vic.

–¿Qué voy a decirles, que quiero quedarme aquí? Se me notaría enseguida. Saben que allí tengo a mis amigas, a los de la pandilla. Y no digo que no lo pase bien, lo malo es que sin ti... se me hace largo.

–Son más de dos meses.

–A lo mejor este año puedes escaparte tú alguna vez, y pasamos unos días juntos. Te montas una tienda de campaña en algún lado y ya está.

–No sé, no creo que me sea fácil si quiero encontrar un trabajo, y por otra parte vamos a ver si empezamos a tocar en vivo de una vez, en serio.

–¿Lo ves? Es que tú lo quieres todo.

–Oye, que la que se larga eres tú, y el que se queda colgado soy yo.

–¡Vale, ya estamos! –rezongó Sonia–. ¡Y dices que no estás irritado! Chico, tienes unos días que...

–¿Yo?

–Sí, tú. ¿Qué te pasa?

–Nada.

–Pues llevas encima una cara que te la pisas, y siempre estás con el ceño fruncido, así –le imitó juntando las cejas en plan muy desmadrado, poniendo los ojos casi dentro de ellas–. Luego, a la que te descuidas, te cuelgas de vete tú a saber dónde. ¿Por qué no me dices lo que te sucede?

–Te digo que nada –protestó Vic.

–Entonces dime lo que sientes –insistió ella–. ¿Depre? ¿Cabreo? ¿Un mal rollo?

Iba a repetirle que nada, molesto, pero no lo hizo. Se resignó. Después de todo, si no podía confiar en ella, ¿en quién lo haría? Llevaban saliendo juntos desde hacía un año y medio, y se conocían desde hacía casi tres, cuando coincidieron en la ESO. Los dos odiaban la palabra «novios», pero... lo eran, ¿no?

Por lo menos se tenían el uno al otro.

–Me siento extraño –reconoció de pronto, envolviéndose en un suspiro.

–Vaya, ¡por fin! –ponderó Sonia–. ¿Extraño? ¿Cómo de extraño?

–No sé, extraño, nada más –repitió él.

–¿En relación con qué? ¿El instituto, la vida, el mundo en general? Mi madre cuando tengo días malos sale con el cuento ese de que es «cosa de la

adolescencia». ¡Dios, cómo odio esa maldita palabra! ¿Quién se la inventaría? ¡Adolescencia! Suena a gripe.

–Creo que es por mi padre –dijo Vic obviando los circunloquios semánticos de su compañera–. La verdad es que me apetecía mucho verle, recuperarle, y también me seducía el hecho de que hubiese sido un gran músico, pero ahora...

–¿Ahora qué? Fuiste a pedirle ayuda, y te la ha dado.

–No lo sé.

–Me dijiste que era un tío estupendo, lleno de energía, abierto, flexible, comprensivo y que hasta la tía con la que está enrollado es genial. ¿Qué pasa con él ahora?

–Te digo que no lo sé. Si lo supiera no estaría... extraño.

–¿Te molesta que haga algo más que ayudarte, a ti y a tu grupo?

–No.

–Pues chico, si no es eso...

–Verás... –buscó las palabras adecuadas–, por un lado comprendo que él sabe de esto mucho más que nosotros, porque se lo ha mamado de arriba abajo en toda su vida, pero por otro lado... se trata de nosotros, de nuestra carrera, no sé si me entiendes. Los demás le tienen muy en cuenta.

–Y tú también deberías tenerle, mal que le pese a tu individualismo, porque si se trata de eso, los tiros van por ahí.

–No.

–Sí –insistió Sonia.

–Yo no soy individualista. Si lo fuera, me lo montaría solo.

–Eres el tío más individualista y cerrado que he conocido jamás, y no digo que sea malo. Lo eres y punto. También yo soy como soy. ¡Pero ahora no me vengas con rollos! ¿Qué te irrita, que un día puedan decir que no lo conseguiste por ti mismo? ¿Que en lugar de ser Vic Prats, guitarra, cantante y autor, seas el hijo de Julián Prats, rockero de los viejos tiempos? ¿Tienes miedo de verte en la obligación de darle las gracias a alguien, aunque sea tu propio padre?

–¡Joder! Vale ya, ¿no? ¿Para eso querías que te dijera cómo me siento? ¡Menuda paliza!

–¡Pero si es que es verdad! –exclamó ella–. Todo el mundo necesita de los

demás, y la mayoría de la gente no tiene a nadie, no sabe a quién acudir. Tú, en cambio, sí, tienes lo que quieres, y justo donde, como y cuando lo quieres. ¿Por qué eres tan exigente? ¿Por qué todo ha de girar a tu alrededor?

–Mira tú quién fue a hablar.

–¡Vale, ya estamos! ¿Quieres discutir? Yo lo único que te digo es que tienes miedo.

–¿Miedo, de qué?

–¡Y yo qué sé! ¡De ti, de no ser tan bueno como tu padre, o de serlo más, de hacer que se sienta viejo, de fallarle, de perderle de nuevo, de tenerle colgado de ti... de todo! Es una sensación, ¿entiendes?

–¡Anda que me ayudas mucho, tú! –bufó Vic–. ¿Estás segura de que lo tuyo no es el psicoanálisis? Si yo supiera... –dejó de hablar de pronto, se detuvo y empujó a Sonia bajo un portal.

La muchacha apenas pudo reaccionar ante la sorpresa.

–¿Qué haces?

Se encontraban en uno de los extremos de la calle donde él vivía, de paso hacia la zona en la que residía Sonia. Un coche estaba detenido en mitad de la calle. Fuera de él, hablando, acababa de ver a su madre con un hombre.

Vic señaló en su dirección.

–Es mi madre –dijo.

Sonia le echó una rápida mirada desde el portal, asomando la cabeza.

–Bueno, ¿y qué? –gruñó–. ¿Le va a dar un ataque si te ve con una chica?

–No es por ti. Es por él.

–¿El tipo? ¿Quién es?

–Lleva todos los números para convertirse en mi padrastro.

–No me habías hablado de ello, ¿ves como eres un cerrado?

–Tampoco es importante, pero paso de que me vean. No quiero saber nada de ese rollo. Que se lo monten solos, a su aire.

–¿Te ha dicho tu madre algo?

–Por encima, tanteándome, como si fuera a pedirme permiso o algo así, que es precisamente por lo que no paso. Si quieren casarse que lo hagan, que me lo

digán y en paz.

–¿Le conoces?

–Sí, le he visto ya media docena de veces. Es abogado. Representa toda la seguridad que mamá busca y necesita, y más ahora, que yo ya estoy volando solo. Ella no es tonta.

Sonia le miraba con intensidad no exenta de dulzura. Su tono era ahora suave, centrado. Los ecos de la discusión anterior habían muerto inesperadamente.

–¿Te cae bien? –susurró.

–No lo sé –reconoció Vic–, no le conozco tanto como para eso. Conmigo se muestra prudente. De todas formas dudo que sea de los que tengan el más mínimo interés por la música.

–¿Tu madre ha tenido otras aventuras desde que dejó a tu padre?

–Sí, un par, puede que más, pero... bueno, yo era pequeño y todo eso. Ahora supongo que es diferente. Me parece que le tiene un poco de miedo a hacerse mayor.

Volvió a sacar la cabeza. Vicky ya se había despedido y entraba en el portal del edificio. El hombre ponía en marcha el coche. Sacó una mano por la ventanilla.

–Vamos, ya podemos salir –dijo en el momento en que ella desapareció de su vista.

Sonia le obedeció sin agregar nada más.

¿Has visto últimamente a tu padre? –preguntó ella inesperadamente.

Vic acabó de masticar el pedazo de carne. Su madre fingía una despreocupación que no sentía, aunque tampoco estaba preocupada o nerviosa. Simple curiosidad.

–El miércoles vino al local de ensayo –dijo él.

–Parece que muestra interés.

–Sí.

–¿Se le ve animado?

–¿Con relación a nosotros? Sí, bastante, ¿por qué?

–No, por nada. Aún no sé si es bueno o es malo. Tu padre es imprevisible.

–Pero está lleno de música.

–A mí vas a decírmelo –espetó Vicky–. A ti te cae bien, ¿verdad?

–Sí.

–¿Y debes creer que me equivoqué, que todos estos años te he dicho lo que no era?

–Yo no he dicho eso, ni siquiera lo he pensado.

–Entonces, ¿qué es lo que piensas?

–No lo sé, nada.

–Tú siempre tan abierto –lamentó ella–. ¿Te pregunta él acerca de mí?

–A veces.

–¿Y qué te pregunta?

–Si estás bien, cómo te va, qué piensas de que yo toque, si eres feliz.

–¿Y tú, qué le respondes?

–Le digo que estás muy bien. Es así, ¿no?

–¿Sabes ya cómo se gana la vida, qué hace?

–No, no se lo he preguntado.

–¿Y ella?

–¿Montse? Creo que es azafata o algo así, pero no de las de los aviones, sino de congresos y esas cosas.

–Háblame de ella.

Vic dejó de masticar el último pedazo de carne.

–¿Por qué?

–Curiosidad femenina.

–Es que no sé qué decirte. Es una tía... normal.

–¿Está enamorada de tu padre? Quiero decir que si hay buenas vibraciones entre ellos.

–Muy buenas. Él está muy tranquilo.

–A lo mejor se ha calmado del todo. Ya sería hora. ¿Crees que esa tal Montse le mantiene?

–¡Mamá! –Vic apartó su plato–. ¿Por qué no se lo preguntas directamente a él? ¡Cuando estamos juntos no hacemos más que hablar de música! Si tanto te interesa...

–No me interesa –le detuvo su madre–. ¿Acaso crees que me importa?

–Pues sí.

–Pues no –rectificó Vicky–. Lo que sucede es que antes era una persona ajena a nosotros, y ahora ya no lo es. Ha vuelto. Ejerce una influencia sobre ti. Eso es lo que me importa. Hizo muchas estupideces hace años.

–¿Te refieres a lo de las drogas?

–Entre otras cosas.

–¿Cómo fue aquello?

–No lo sé, ya no estábamos juntos. Deberás preguntárselo tú.

–Ahora ni siquiera fuma, en serio –dijo Vic–. A veces incluso se pasa dándome consejos, diciéndome qué es lo que voy a encontrar y cómo debo reaccionar en cada caso. ¡Es peor que tú!

–Eso lo dudo –sonrió la mujer por primera vez.

–Lo es –insistió él–. Habla de la música, del rock, con un respeto... ¡A veces alucino de cómo se enrolla! Podría escribir una novela, un tratado entero, un manual para principiantes e iniciados. Dice que el músico pierde su virginidad en cuanto sale del local de ensayo, que entonces todo el mundo mete mano en su obra y pasa a convertirse en carnaza para la gente. Por un lado opina que la masa no tiene cerebro, que es influenciable y manejable al antojo de los intereses de la industria, y por otro lado respeta a ese mismo público, o al menos a una parte de él, y opina que en el fondo siempre sabe lo que quiere. Constantemente me dice que lo esencial es mantener el equilibrio. Ésa es la palabra que más repite además de honestidad, principios y algunas por el estilo.

–¿Y tú qué le respondes?

–Yo le hablo de rebeldía y ruptura. El rock es eso: la subversión hecha música. Pero según él, la subversión murió en los setenta y ahora sólo queda su fantasma, la imagen, el poder que da el éxito. En eso pienso que se ha quedado un tanto atrás.

–No estés tan seguro de ello. De otra cosa no diré, pero de música... en eso sabe muy bien lo que se dice. Ha caminado por el filo de la navaja, y conoce el lado salvaje y duro del camino. ¿Recuerdas «Walk on the wild side»? Yo aún sí. De haber sido menos íntegro, incluso menos bueno, habría llegado a la cima y se habría forrado. Así que... escúchale cuando te hable de lo que está bien y lo que está mal. Es un ejemplo viviente.

Se levantó de la mesa y recogió su plato, su vaso y la servilleta. Vic la secundó.

–¿No tomas postre? –preguntó ella.

–Cogeré un poco de chocolate.

Se dirigieron con todo a la cocina. Vicky hizo un segundo viaje para llevarse el mantel mientras él abría la nevera y cogía dos porciones de chocolate duro, amargo. La vio ponerse el delantal, para dejar los cacharros en remojo o proceder ya a lavarlos, y entonces hizo la pregunta.

–Mamá, ¿vas a casarte con el abogado?

La mujer vaciló un instante, un solo instante, pero fue una inflexión clara en sus movimientos. Rehuyó mirarle.

–Damián –dijo con calma–. Se llama Damián.

–¿Vas a casarte con Damián? –repitió Vic.

Se produjo un breve silencio. Ella suspiró. Esta vez sí se enfrentó a su mirada.

Había en sus ojos una triste serenidad. Una dulce paz.

–Me lo ha pedido –reconoció.

–¿Lo harás?

–Aún no lo sé. ¿Te importaría?

–Es tu vida.

–¿Te importaría? –volvió a decir Vicky.

–No, si lo quieres.

–Si me caso será porque le quiero.

–Entonces está bien –aceptó él.

–¿En serio?

–¡Claro! –engulló el último pedazo de chocolate–. ¿Quieres que te ayude?

–No, no es necesario, ¿te vas ya?

–Sí, por cierto... esta noche voy a ver a papá. Toca con unos amigos y van a grabarlo por televisión. Llegaré tarde, ¿de acuerdo?

–De acuerdo, hijo –asintió su madre.

Se acercó a ella, le dio un beso en la mejilla y a continuación desapareció agitando su ya larga cabellera. La mujer notó el volumen de su ausencia, el peso que significaba su vacío. Sonrió cansina, desde la gran distancia marcada por su edad y la de aquel que definitivamente se le escapaba entre los dedos de su razón.

La voz de Vic le llegó por última vez. Acababa de abrir la puerta del piso.

–¡Adiós mamá!

La puerta se cerró.

–Adiós, hijo –susurró ella casi imperceptiblemente.

El público que abarrotaba la sala dos de Razzmatazz aulló con un feroz entusiasmo cuando los tres guitarras se quedaron solos en escena. Max Suñer estaba en el centro, Julián Prats a su derecha y Juan Bibiloni a su izquierda. Llevados por el trance mantenido a lo largo de los minutos precedentes, no perdieron ni un solo segundo su enrollada concentración y las buenas vibraciones alcanzadas en la versátil improvisación. Tres haces de luz blanca les daban de lleno, arrancando destellos de sus guitarras. Por detrás, las combinaciones de colores acentuaron la intensidad del momento, creando el clímax de urgencia que los respectivos trances empujaban y empujaban hacia lo más alto. Un bosque de manos se extendía a sus pies, mientras las tres cámaras de televisión oscilaban a la caza y captura de los detalles más destacados. Incluso la manual, manejada por un hombre en el escenario, se apartó para no interferir en la progresión sonora de los tres músicos.

Vic sólo tenía ojos para su padre.

Apenas podía creerlo.

No eran únicamente sus manos, trenzando los caminos marcados por las seis cuerdas, abriendo nuevos surcos en el terreno sonoro, sino también su rostro, iluminado por algo más fuerte que aquella catarsis, contraído una y otra vez, con cada estímulo vital, y su cuerpo, agitado, electrificado, siguiendo el constante estallido de una potencia llevada al límite de la tensión. A su lado, Max y Juan participaban del mismo efecto, rotos, a tumba abierta por la autopista de la compenetración que les guiaba. Todos los años de música almacenados en sus cabezas y en sus manos saltaban impulsados por la pasión, y caían sobre ellos, el público, que los devoraba a través de una ósmosis perfecta. La fusión era total.

Una sola energía.

–¡Es la hostia! –le dijo Cati a su lado–. ¡Qué fuerte, tío, qué fuerte!

Ni siquiera la miró. De hecho él no estaba allí: estaba arriba, en el escenario, con ellos. Nunca como hasta ese momento había sentido nada parecido, y llevaba muchos conciertos bajo sus pies. Él era parte de aquello. Su padre tenía razón, era capaz de sentirlo donde de verdad importa: en la piel.

Julián y Max se miraron, y a una seña del segundo, pasaron al ritmo, dejando a Juan en solitario para llevar el peso solista. Bibiloni hizo un excelso trabajo a lo largo de un minuto. Le pasó el testigo a Julián mientras él se unía a Max. Su punteo estuvo presidido por el preciosismo. Otro minuto. Le llegó el turno a Suñer, que arrancó con un furioso *riff* cargado de densidad. Al coronar el tercero de los solos volvieron a unirse los tres acentuando más y más la progresión. Empezaron a responderse el uno al otro, en un diálogo de guitarras que derramó la última gota del éxtasis del público. Fue lo mejor para coronar el número, el tercero y último de los bises de la noche.

El resto de los músicos salió de nuevo a escena para ocupar sus puestos y cerrar el tema. Dani Groc, con sus manos ya casi paralizadas por la enfermedad de Parkinson, se llevó la ovación final. El grupo en pleno atacó ferozmente el tramo que recuperaba la melodía del comienzo y la llevó hasta un súbito *break*.

El sonido enmudeció, y las luces se apagaron de pronto.

Los asistentes al concierto saltaron gritando como locos. Al encenderse de nuevo las luces, los músicos se hallaban ya unidos por el abrazo ritual, saludándolos, sudorosos, agotados. Se inclinaron varias veces, agitaron sus manos en señal de despedida y se retiraron frente a la protesta habitual de los entusiastas que aún querían más. Las luces generales de la sala desparramaron su carga de realidad, pese a lo cual los aplausos, el batir de palmas y pies, y las voces reclamando nuevos bises, no cesaron a lo largo de varios minutos.

Vic permanecía inmóvil, todavía abrumado.

–¡Vamos a decirle hola! –pidió Cati.

–A los cuatro no nos dejarán entrar, y el único que tiene *back stage* es Vic –dijo Fede–. Además, estará lleno.

–Ve tú –aconsejó Emilio–. Dile que estamos flipados, ¿eh?

–¡Oh, yo quiero entrar! –protestó Cati.

–Haz lo que quieras, tía –exclamó Fede.

–Vamos ya –dijo Vic.

Se movieron siguiendo la corriente humana que abandonaba perezosamente el local, ebria de música y ritmo, pero no salieron a la calle. Frente a la puerta de acceso a los camerinos, Vic mostró su pase a uno de los miembros de la organización. Llevaba a Cati de la mano. El empleado la observó.

–¿Y ella? –quiso saber.

–Va conmigo -dijo Vic.

–Oye, tío, tendrá que quedarse fuera, lo siento. Esto ya está a reventar, entiéndelo.

Cati le miró furiosa.

–No seas muermo, hombre. Sólo es decir hola y me voy.

–Que no, tía, que luego me llevo la bronca. Pero bueno, ¿a mí qué más me daría dejarte entrar? Si cada uno mete a otro...

Fede y Emilio la llamaron.

–¡Cati déjalo! ¡Hasta mañana, Vic!

–¡Dile que genial!

Cati resopló, se encogió de hombros, furiosa y nada resignada, y le dirigió una última sonrisa a Vic cambiando la ceñuda expresión dedicada al de seguridad.

–Vale, le dices que hemos estado, ¿eh?

Seguían cogidos de la mano, así que intercambiaron un apretón fuerte. Cuando ella se soltó fue como si le transmitiera una caricia, porque los dedos se rozaron en toda su extensión. Luego sus miradas se perdieron. La de Cati al llegar hasta Fede y Emilio y la de Vic al acabar de cruzar la puerta de los camerinos.

El de seguridad llevaba razón. Apenas se cabía allí dentro. Un enjambre variopinto de lo que constituía la fauna más selecta de la trastienda del rock hablaba, bebía, reía y flotaba en el centro de su ambiente. Mujeres remarcando sus mejores encantos, no precisamente guapas ni exquisitas, pero sí llamativas, y otras al límite de su sofisticación neutra; periodistas, fotógrafos, amigos, parientes, familiares, esposas, amantes e incluso hijos, como él, algunos de pocos años, pero participando ya del entorno. Tuvo que abrirse paso, orientándose para dar con el camerino principal. Se encontró a Montse por el camino.

–¡Vic! ¿Dónde estabas?

–Delante, a tres o cuatro metros del escenario.

–¿Qué tal?

–¡Uf, increíble! –reconoció.

–¿Has venido solo?

–Con los del grupo, pero no los han dejado entrar.

–¿Y tu chica? Creía que hoy...

–No la dejan salir de noche.

–Pues ya quiero conocerla.

–Lo tienes crudo. Se va a pasar el verano fuera, con sus padres.

Estaban ya en la puerta del camerino. Dentro se oían voces fuertes. Reconoció la de su padre entre ellas.

–Gente bien, ¿eh? –dijo Montse.

–Sí –afirmó él.

No pudieron decir nada más. Julián Prats los vio y se dirigió hacia ellos. No esperó a preguntarle nada ni a que él le hablara del concierto. Le pasó un brazo por encima de los hombros y gritó:

–¡Oídmme todos! ¡Eh, eh, parad os digo! ¿Sabéis quién es este pelos? –los primeros rostros miraron en su dirección. Vic se quedó boquiabierto, pero ni siquiera tuvo tiempo de zafarse o decirle a su padre que no se pasara-. ¡Es mi hijo! ¿Qué tal? ¡Se llama Vic y toca la guitarra! ¡Es la nueva generación! ¡Vamos, venid a conocerle, carrozas de mierda!

Montse le hizo un gesto de resignación. El muchacho acabó forzando una sonrisa. Los músicos que unos minutos antes habían galvanizado al público en el escenario comenzaron a rodearle.

Julián Prats no dejó de gritar.

Su sangre continuaba excitada por el torrente sonoro que le había hecho tocar el cielo a lo largo del concierto.

En sus ojos brillaba una imparable ansiedad.

Ernesto Sanjuán se puso en pie al entrar él.

–¡Julián, chico, qué sorpresa! –le saludó efusivo–. ¡Cuando me han dicho que eras tú no he podido creerlo!

Se abrazaron. El dueño del despacho había dado ya la vuelta a su mesa; el recién llegado le esperaba entre las dos butacas frontales a ella. Sus manos abiertas se golpearon las respectivas espaldas, arrancando alguna que otra nube de polvo pretérito dada la intensidad del abrazo y la fuerza de los manotazos.

–¿Qué haces? ¿En qué andas? –manifestó el hombre sujetándole todavía por los brazos–. No sabía nada de ti hasta que leí algo el otro día de tu actuación. No has cambiado, ¿vale? Sigues al pie del cañón.

–Tú, en cambio, estás montado en el dólar.

–¡Anda ya, qué más quisiera yo! ¡Lo único que se me monta es esto! –y se tocó un más que prominente abdomen con ambas manos–. ¡Hay que ver, tú estás igual, en cambio yo...!

–Tienes un par de años más que yo, y eso cuenta –reflexionó Julián.

–¡Y un cuerno! Lo que pasa es que no hago ejercicio, me paso el día calentando esa butaca y colgado del teléfono. ¡No sabes lo que añoro los viejos tiempos!

–Tú lo dejaste.

–¿Y qué querías que hiciera? Tú aún eres un buen guitarra, pero yo... ¿me ves tocando aún la batería? Me pasé al otro lado. Durante años los agentes nos putearon.

–Así que ahora puteas tú, ¿no es eso?

–¡Hombre, no! –justificó Ernesto Sanjuán dolido–. Vivo y dejo vivir. Hago lo que puedo.

–Pero llevas buenos grupos –dijo Julián–, de los que trabajan mucho y dejan dinero, lo sé.

–Sí, ahora no puedo quejarme, pero al comienzo... ¿Quién no las pasa canutas con lo que sea? Aposté por un par de conjuntos, me fui arriba y abajo, y no diré que viva de rentas, pero al menos recojo el fruto de la experiencia. Oye –le miró súbitamente serio, llevándose una mano a la barbilla–, ¿cuándo fue la última vez, en el 79, el 80?

–Fue en el 78, al comenzar Caña Brava.

–¿Tanto? ¡Coño, tú! Pues no creía... Siéntate, vamos, y cuenta. No habrás venido a decirme hola, que ya nos conocemos. No me digas que has formado otro grupo, porque tú eres muy capaz, ¡maldita sea tu suerte!

Se sentó en una de las butacas frontales a la mesa, y el agente lo hizo en la otra, delante de ella, sin ocupar su puesto de empresario, a años luz de cuando no era sino otro músico siguiendo su camino. Julián paseó una rápida mirada por el despacho, no muy lujoso, pero sí impactante, lo mismo que la antesala, el equipo de gente que trabajaba en la agencia y la secretaria de primera, pura raza, que le había recibido inundándole con una sonrisa en tecnicolor. De las paredes colgaban fotos y pósters de los grupos y cantantes a los que representaba Sanjuán. En las estanterías se veían algunos trofeos, placas, menciones. Una fotografía en la que estrechaba la mano del president de la Generalitat presidía la pared frontal, para que el visitante pudiera verla bien.

Ernesto Sanjuán había aprendido la lección.

–No, no he formado ningún conjunto –dijo Julián–, sin embargo tengo algo, algo que me interesa mucho.

–¿Un descubrimiento? ¿Estás produciendo a gente? No lo sabía.

–Se trata de mi hijo.

–¿Tienes un chico? Yo dos niñas, pequeñas. ¿Sabías que me casé? Bueno, fue con la segunda. Llevo ya siete años.

–Mi hijo tiene diecisiete, canta y toca la guitarra, tiene un grupo.

–Y es bueno.

–Lo es, y mucho, te lo digo yo.

–¿Van a grabar, están metidos en algo?

–No, aún no, pero necesitan trabajar, rodarse, hacer kilómetros y dar el callo, ya sabes.

Ernesto Sanjuán se dejó caer hacia atrás. Su sonrisa amistosa había desaparecido. Ahora le miraba con preocupada atención. Afloraba en él su nueva condición laboral.

La memoria suele ser frágil para los que se niegan a recordar. Olvidándose a sí mismos.

–Espera, espera, ¿quieres que meta a un grupo de aficionados...?

–Son buenos –rectificó Julián.

–De acuerdo: ¿a un grupo de buenos –recalcó esa palabra– aficionados en cartel?

–No te pido una gira, sólo algunas actuaciones, para empezar. Luego tú mismo verás. Donde sea, a bajo precio, en fiestas mayores, como teloneros... lo importante es moverlos. Necesitan actuar.

El agente no dijo nada. Permaneció inmóvil a lo largo de unos segundos.

–¡Julián, Julián –suspiró de pronto–, es increíble!

–¿Qué pasa, he dicho algo gracioso?

–Si no se tratara de ti, sí, me echaría a reír. Pero tú... vamos, eres gato viejo.

–¿Y eso qué tiene que ver?

–Ya no estamos en los años setenta, ni en los ochenta, ni siquiera en los noventa! Las cosas han cambiado. Yo mismo, fíjate –señaló las paredes de su despacho–. No dirijo una sociedad benéfica, tengo un montón de gente, me estrangulan a impuestos. ¿De veras crees que hoy en día puedo coger a unos desconocidos y venderlos?

–Las cosas habrán cambiado, pero esto sigue igual. Si un empresario quiere a un grupo importante, tú te haces de rogar diciéndole que está todo cubierto, y luego le haces un hueco a cambio de un favor.

–Un favor, vale, pero no meterle un embolado.

–¡Y una leche, Ernesto! –se exaltó Julián–. ¡No me jodas, que no he nacido ayer! Te digo que son buenos. No estaría aquí si fueran un puro.

–Julián, por Dios, la gente quiere ver a los que oye por la radio y se maman en los

programas musicales de la tele. El que no sale por la caja tonta no existe. ¿Quién paga por alguien que no conoce? ¿Cómo voy a vender yo eso?

–Ernesto, me debes muchas.

–Lo que faltaba –el agente se removió inquieto en su butaca–. ¿Qué quieres, que me cabree?

–Hemos corrido mucho tú y yo para que ahora me salgas con ésas.

–Imagínate que todos vienen a pedirme una cosa así, ¿crees...?

–Sólo he venido yo. Los demás no tienen un hijo por el que poner la mano en el fuego.

–¿Qué música hacen? ¡Porque igual encima van de progres, a estas alturas! ¿Esailable por lo menos? ¡Tráeme una cinta, chico! Además, el verano ya está como quien dice empezado, los contratos hechos, todo atado y bien atado, como antes.

–Una cinta no te servirá de nada. Dales una actuación, donde sea. Será suficiente. Luego decides.

–¡Jesús! –lamentó Sanjuán, poniéndose de pie–. ¡Esto es un atraco! ¡Ahora vienen los colegas, después de diez años, y te meten la pistola en el pecho en memoria de los viejos tiempos! ¿Aparte de favores y tías, te quedé a deber algo?

–Como cien mil, pero eso no importa. Si todos hubiéramos tenido que pagar deudas, nos habríamos quedado más o menos a la par. Dime, ¿vas a hacerlo?

–Voy a tener que llevarme el cincuenta por ciento, por lo menos, para cubrirme –masculló el agente sin mirarle a la cara–. Con lo poco que voy a poder pedir...

–El treinta, no te pases.

–Pero si actuarían gratis, tú mismo lo has dicho. ¿Quieres que se muevan, no? Mis gastos son los mismos.

–Eres un jodido ladrón –dijo con una sonrisa Julián–. El cuarenta.

–Como se enteren de esto tengo aquí a todos los grupitos de Barcelona y del resto del Estado en una semana. ¡Coño!, ¿el cuarenta?

–Es mucho más que el treinta y muchísimo más que el veinte. Es un robo, pero he venido yo, así que está bien.

Ernesto Sanjuán ocupó su butaca, su trono, al otro lado de la mesa. Ya no hablaba con un amigo. Hablaba de negocios.

–¿Cómo se llaman? –suspiró rindiéndose.

–XYZ.

–¿Qué? –rezongó incrédulo–. Pero ¿qué clase de nombre es éste? ¡No te digo que van a ser unos progres de mierda, como tú! Hoy los grupos tienen nombres estúpidos, pero actuales. ¿XYZ? ¡Por Dios, Julián!

–¿Cómo se llamó tu primer grupo, Ernesto?

–¿De qué vas? ¡Ha caído el diluvio desde entonces!

–¿Cómo se llamó? –repitió él.

El agente dejó caer ambas manos sobre la mesa.

–Me rindo –exclamó–. No se puede discutir con un músico, y menos si es como tú. ¡Mi primer grupo, ay, la hostia! ¡No, no lo digas! Tráeme a esa pandilla de destetados, ¿quieres? ¡Hay días en que lo mejor sería no levantarse!

–Vamos, Ernesto –dijo Julián–. Tú te levantarías hasta de la tumba para ver cada día a tu secretaria. Y por cierto, ¿cómo te lo montas con ella? ¿O has cambiado incluso en esto? Siempre fuiste el capullo más grande que pisó un escenario.

La misma corbata del agente tembló al subir y bajar su nuez súbitamente, mientras cerraba los ojos y gemía una vez más.

Ni siquiera se dio cuenta de que Julián comenzaba a relajarse tras haber conseguido su objetivo.

Julián apagó primero el televisor, después el vídeo, tras extraer la cinta con la que acababa de grabar el concierto registrado en directo en Razzmatazz. Anotó cuidadosamente los datos en el adhesivo que fijó al soporte videográfico. Luego se dirigió al estudio seguido por Vic y Montse.

–No es lo mismo, ¿verdad? –le dijo a Vic.

–No, desde luego. Pierde mucha fuerza e intensidad. Y sólo han dejado una hora, se han comido olímpicamente dos o tres temas buenísimos.

–Al menos lo han emitido casi inmediatamente, cuando aún está caliente el concierto. Ya sabes que otras veces tardan meses y te lo pasan cuando menos te lo esperas –repuso Montse.

Julián dejó la cinta en un estante, alineada junto a otras muchas. Cogió una guitarra Gibson 125 y se dejó caer en una de las butacas. Era eléctrica, pero no la conectó a ningún amplificador. Solía hablar siempre con una guitarra entre las manos, practicando incesantemente, fluido, trenzando escalas. Vic le dejó la otra butaca a Montse, pero ella le obligó a ocuparla.

–Sólo estaré cinco minutos –se excusó la mujer–. Mañana tengo que madrugar. Vosotros, en cambio, acabaréis enrollados hasta las tantas.

–No tan tantas –dijo el muchacho.

–¿Tu madre?

–Y el trabajo. Mañana tengo un turno de reparto.

–¿Cómo te va eso?

–Bien, para llevar sólo una semana.

–¿Y el nuevo local? –preguntó Julián.

–Está bien. No es como el otro, pero está bien. El espacio es más pequeño y encima la insonorización no es buena, así que siempre estás oyendo lo que hacen los demás. Hay catorce grupos ahí metidos, ¡catorce!

–Ya te lo dije. Aquello era un chollo. Lo normal es esto. Y encima lo que pagáis.

–La semana próxima daremos la entrada para el equipo de voces –anunció Vic.

–Eso está bien –afirmó Julián–. Ernesto me dijo que tendría pronto algo para vosotros. Sin ese maldito equipo no habría sido posible.

–Aún no te he dado las gracias por avalarnos.

–¿Y para qué vas a dármelas? No seas bobo. Me parece como si no hiciera nada, en serio. Por cierto... –dejó de tocar la guitarra–, el verano es mala época, pero deberíamos hacer esa maqueta de una vez.

–¿Con lo que tenemos?

–Con tus canciones, sí, tres o cuatro. Así, en septiembre, cuando los de las compañías aterricen de nuevo en sus despachos, la tendrán sobre la mesa, ¿qué dices?

–No sé, por mí está bien.

–Escoged las canciones, meteos con ellas a fondo, ensayadlas bien y cuando estéis preparados llevaré mi Revox al local y las grabaremos. Tenemos casi todo este mes de julio y agosto.

–Estos días estoy haciendo cosas nuevas, tal vez tenga algo definitivo en un par de semanas –tanteó Vic.

–¿Cosas nuevas? ¿Cuándo podré oírlo? –se interesó inmediatamente Julián.

–Cuando estén listas. Prefiero ver lo que me sale, por mí mismo.

–Claro, hombre, claro –comprendió su padre.

–¿Sabes algo de tu novia? –preguntó Montse.

–No, bueno... recibí una postal hace cuatro o cinco días. Ya sabes, que está bien, que se lo pasa bien y que me echa de menos.

–¿La echas de menos tú a ella?

Vic miró a su padre con las cejas enarcadas.

–Naturalmente que sí, ¿por qué no iba a echarla de menos? No hago el amor con

mi guitarra, ¿sabes? –se arrepintió al momento de haberlo dicho–. Oye, déjame una guitarra a mí. Me pone nervioso verte tocar. Se me van las manos.

–Ya te la doy yo –dijo Montse–, así aprovecho para irme a la cama.

–Danos la Ovation y la Camps, por favor –pidió Julián dejando la eléctrica en el suelo, a su lado.

–Si vais a tocar, no hagáis mucho ruido. De noche ni la mejor insonorización es perfecta, y luego la vecina me lanza cargas de profundidad a mí, no a ti –objetó Montse.

Le entregó la Camps a Julián y la Ovation a Vic. Luego los besó a ambos, en los labios al primero y en la mejilla al segundo. Salió del estudio cerrando la puerta y los dos se quedaron solos, con las guitarras acústicas a la espera de que arrancasen de ellas los sonidos que encerraban. Sin embargo, esta vez, Julián no tocó.

–Sigo viéndote preocupado, Vic –le dijo sin ambages–. ¿Hay alguna razón para ello?

–No, en serio. Las cosas comienzan a marchar, despacio, pero ya es algo.

–¿Despacio? Yo creo que es todo lo contrario. Y por fuerza tienen que ir a más. En cuanto Sanjuán comience a moverse...

–Menudo tipo, ¿y ése fue músico, de verdad?

–Y de los buenos.

–¿Qué se ha hecho de toda la gente que tocó en los sesenta y en los setenta? ¿Sabes algo de ellos?

–De algunos. Están... repartidos –mencionó Julián–. Unos trabajan en cosas ajenas a la música, y otros vinculados con ella. Agencias de contratación como Sanjuán, compañías de discos, representaciones de instrumentos musicales, tiendas, revistas...

–Pero pocos tocan.

–Sí.

–Y sólo tienen tu edad, o menos.

–En esto se puede ser viejo a los treinta años, y aun antes.

–O joven a los cuarenta.

–Sí, pero ya no es lo mismo –suspiró él–. Daría la vida por volver a tocar a diario,

y tal vez podría hacerlo, pero... para hacer otra música distinta de la que me gusta, no vale la pena. Es como el que hace el amor a diario y acaba haciéndolo con viejas. No, no es lo mismo.

–Papá, ¿en qué trabajas?

Julián pareció sorprenderse por la pregunta de su hijo. Su mano izquierda sostenía el mástil de la guitarra. Tenía los dedos en los trastes. Con la derecha desgranó unas primeras notas que sonaron con pura limpieza en aquel espacio protegido acústicamente.

–Vaya, creía que lo sabías.

–No, no lo sé. De todas formas no...

–Hago de todo –dijo su padre–. Portadas para libros, música para anuncios de televisión, tocar en algún concierto como el de Razzmatazz cuando me llama un amigo o alguien se acuerda de mí...

–¿Portadas para libros? –se extrañó Vic.

–Soy un buen dibujante, ¿no lo sabías? Yo siempre digo que el que es artista lo es en todo. Trabajo para dos o tres editoriales. En cuanto a lo de los anuncios de televisión, ¿conoces a Kitflus? Tiene un pequeño estudio y me pasa encargos. La publicidad sí es un chollo. Por un tema de veinte segundos te pueden pagar mil o dos mil euros, incluso más. Con uno al mes ya vives, y si tienes la suerte de trincar dos...

–O sea que andas a salto de mata.

–¡Joder, qué drástico! ¿Es cosa tuya o de tu madre?

–Ella me lo preguntó, pero si lo he hecho es por mi cuenta. ¿Te molesta?

–¿A mí? ¿Por qué iba a molestarme? ¡Cada cual se corre como puede, como dice mi amigo Alex! Apuesto a que Vicky lo que pensaba en realidad es que Montse me mantenía.

–No –dijo sin demasiada firmeza Vic.

–Gana más que yo, desde luego. Las azafatas de ferias y congresos están bien pagadas, y Montse sabe tres idiomas, que no es moco de pavo. Pero mis tiempos de posible gigoló pasaron, hijo. A los veinte años tal vez me hubiera encantado, cuando tocaba por ahí y las turistas se nos enrollaban. Ahora... bueno, no sé. Supongo que si vinieran mal dadas... Para eso estamos juntos, ¿no?

–¿Por qué no te casas con ella? Mamá y tú estáis divorciados.

–No lo hemos hablado, aunque Montse sabe que yo odio la burocracia, los papeles. A lo mejor, si un día tenemos ese hijo que quiere, o por cuestión de impuestos... o simplemente para que se quede con esto si a mí me pasa algo. Oye –cambió de expresión y le miró con el ceño fruncido–, ¿qué pasa hoy, va de interrogatorio? ¿Te pregunto acaso cómo te lo montas con tu chica? ¡Menudo rollo!

Vic se puso rojo, cogido a contrapié por el arranque de su padre.

–No, qué va, yo...

–¡Pues toquemos un rato, maldita sea! ¡Vamos allá, sígueme si puedes!

Y arrancó un furioso tema, punteando súbitamente con una absoluta limpieza. Vic vaciló tan sólo un par de segundos. Acabó sonriendo y se unió a su padre marcando el ritmo al reconocer la melodía.

Una descarga de energía les catapultó inmediatamente. Una comunicación plena, a través de la música, los inundó sin necesidad de palabras. Comenzaba a ser suficiente con mirarse mientras sus manos centelleaban por encima de las cuerdas.

Sus corazones latían al mismo compás.

Todo el espíritu del rock estaba ahora con ellos.

Julián cerró los ojos y se dejó caer hacia atrás, pesado. Su mano hizo oscilar la última botella de cerveza, como si fuera un péndulo suspendido sobre su vida.

–En los sesenta, al empezar, todo era de locos –suspiró–, y no creas que fue mucho mejor en los setenta, al menos hasta finales de la década, cuando comenzó de verdad la democracia. ¡Jo! –bufó–, te jugabas el pellejo cada día, en un pueblo de mierda por llevar el pelo largo, y en otro por no cantar las horteradas que te pedían, y finalmente en la carretera, yendo de un lado a otro sacando la lengua cuando tenías la suerte de que te hubieran caído un par de actuaciones. Nos llamaban de todo, incluso aquí, en Barcelona, o en Madrid. Por la calle te insultaban, te llamaban marica, y los grises te soltaban un porrazo a las primeras de cambio. Y, a pesar de todo, no lo cambiaría por nada. Había música y tías. No sé si hoy será lo mismo, pero hace años muchos de los que se metían a tocar no lo hacían precisamente por amor al rock, sino para ligar. Con la de represión que había y lo que costaba echar un polvo... A las tías siempre les ha gustado vernos en lo alto del escenario, con la guitarra en la mano. Algún psicólogo debería escribir un libro sobre ello: *La guitarra, símbolo fálico* –levantó su mano libre como si delimitara el rótulo imaginario entre ellas–. De ese morbo se aprovecharon muchos. Les importaba un carajo la música. Para ellos cada actuación era como una feria donde escoger el ganado necesario para abastecer el día.

–Tú no eras de éstos. A ti te gustaba la música –dijo Vic.

–Pero también le saqué partido al rollo, a qué negarlo. No deja de ser un mundo de locos, y de noche... no es bueno dormir solo, tirado en cualquier parte. No se puede parar de correr en seco. Hay una inercia.

–¿Qué pasó en aquel accidente?

–¿Txema? ¡Uf... eso sí fue...! –se detuvo, buceando entre sus recuerdos colapsados por la hora y las cervezas–. Lo peor era la carretera. Sí, la carretera ha sido la auténtica tumba de muchas estrellas del rock. Y cuando digo «la carretera» me refiero a todo, porque ahí entra todo. Moverse ya significa estar *on the road*, y en el rock siempre te estás moviendo. En aquellos días te pasabas a lo peor un mes sin tocar, a dos velas, y de pronto... ¡Tres actuaciones! Un fin de semana largo y tres sitios en los que te contratan. Pero, ¿dónde? ¿Tres ciudades una al lado de la otra? No, una en Sevilla, otra en Oviedo y otra en Murcia, ¡y a volar! Ése era el jodido asunto. Coche arriba y coche abajo. Paro en invierno y trabajo en verano. En verano se suponía que teníamos que hacer el dinero para el invierno, ¡como si los músicos supiéramos administrarnos en lugar de vivir al día! Actuabas hoy en Vigo, al día siguiente en Huelva, al otro en Bilbao, y al cuarto de nuevo en el sur, en Málaga. Te recorrías España de punta a punta siete veces en siete días. A veces incluso hacíamos doblete, dos bolos la misma noche a doscientos kilómetros de distancia. No, en verano nadie dormía si tenía una buena racha, un disco que funcionase regularmente. Nos turnábamos conduciendo, llegábamos, montábamos el equipo, actuábamos, desmontábamos y a la carretera. Dormíamos en ruta, en el coche. Cuando podíamos hacerlo en un hotel era una bendición. Bueno... y no creas que ahora es mejor. Sigue sin haber una estructura musical en España, un circuito, unos locales en condiciones. Al rock se le sigue dando por el saco, aunque haya chavales que vendan cien mil discos como si nada y se lo monten mejor. Al llegar el verano y meterse en la carretera, es igual para todos: hay que jugarse la vida. Yo... ¿qué me habías preguntado?

–Hablabas de Txema Ibo –intercaló Vic.

–¡Oh, sí, Txema! –Julián asintió con la cabeza y volvió a cerrar los ojos. Los tenía enrojecidos. Con el pelo revuelto, su aspecto reflejaba un profundo cansancio, exterior e interior–. Era un gran batería, ¿sabes? Uno de los más rápidos, un vasco con un par de pelotas así. Era... era el 68. Paco Grande había regresado de la mili y volvíamos a estar los tres, Talión al completo. Íbamos a grabar un álbum total, estábamos convencidos de ello, pero... ¿Qué ocurrió? En realidad, nada extraordinario. Así murieron muchos, Poncho, de Los Ángeles, Cecilia... Llevábamos tres días sin dormir y simplemente nos salimos de la carretera. Conducía él mismo, y los demás íbamos detrás, con los instrumentos. Habíamos habilitado una especie de literas en la camioneta. Pudimos habernos destrozado todos. A una chica que nos acompañaba se le hundió un pie de micrófono en el vientre, y a uno de los pipas, que hacía de técnico, le quedaron partidas las dos piernas. Le vi hace un par de años, y aún cojeaba.

–Pero cuando actuabais, lo olvidabais todo, ¿no es así?

–Sí, pero... con menos romanticismo del que piensas. No éramos héroes, sólo músicos. Esto exige mucho sacrificio. Aquí no somos como los ingleses o los americanos, que en el contrato exigen alfombras de cinco centímetros de grosor, vestuarios de tantos metros cuadrados y pintados del color que les gusta, limusinas para cada miembro del grupo, una determinada marca de cerveza, de whisky y de champán, y chicas de tres mil euros la noche, aunque sólo sea para llevarlas del brazo y ver algo agradable. Aquí pringamos como burros, y seguiremos pringando, aunque ahora se esté ya a cierta distancia de lo que fue en los sesenta y los setenta. La música es un veneno, hijo, pero ¿sabes algo? En el fondo ojalá hubieras salido a tu madre, o le hubieras hecho caso a ella.

–Anda ya, no fastidies.

–Te lo digo en serio, y aprovecho ahora que estoy un poco... bebido. Cuando uno está así es cuando lo ve todo más claro. No hay peor carga que nacer artista, o con algo dentro que se quiere sacar fuera. Lo dijo Borges, creo. No lo pedimos y, sin embargo, está ahí. Claro que tampoco lo rechazamos, aprendemos a vivir con ello. Nos gusta, aunque sabemos que estamos condenados para siempre a soportarlo. Algunos acaban locos, se autodestruyen, se suicidan. Encima, un pintor, un director de cine, un escritor puede llegar al final sin dejar de hacer lo que le gusta. Un músico no, y menos aquí. Es tan... jodidamente asqueroso.

–Vamos, le dijiste a mamá que todo había cambiado, que estábamos ya en Europa del todo, que por fin se podían hacer cosas. ¿No era cierto?

–Es cierto, todo es cierto, sin embargo... ¿quieres que te hable un poco de tu futuro? ¿Te interesa? ¿Quieres que te cuente una película del tipo *Viernes 13*? –continuó hablando sin esperar su respuesta–. Vas a grabar un disco en una compañía, grande o pequeña, da igual. Y, con suerte, un segundo. Te habrán hecho un contrato draconiano, así que estarás atado de pies y manos, en su poder. Comenzarás a actuar, con suerte, y a partir de aquí pueden pasar dos cosas; una, la improbable, que aciertes a la primera o la compañía se moje el culo y tengas un éxito discográfico; dos, la probable, que no pase nada. Seguirás, tú y el grupo, y cambiarás de compañía porque te habrán estafado en la primera. A lo mejor tenéis un *hit* cuando ya no lo esperáis, o a lo mejor os llega con la mayor experiencia, pero a lo peor eso tarda cinco años, y hay que vivirlos, resistir, aguantar, comer cada día. Puede que el grupo ya se haya separado, o cuando menos habrá cambios, pero en tu caso, siendo cantante, guitarra y autor, llegará el momento en que te ofrecerán cantar solo, y deberás escoger entre tú y el resto. Sólo uno de cada diez elige el grupo, por fidelidad, y sólo uno de cada diez sale

adelante en un sentido u otro, acompañado o en solitario. Aunque haya ciclos de cinco años en los que predominan los grupos, las compañías en el fondo prefieren a los solistas, porque es más fácil manejar a uno que a cinco. Eso sí, los conjuntos son la sal del tinglado, el germen, el lugar de donde salen los buenos. ¿Sigo? Me olvido de tu mánager, un tío listo que vivirá exclusivamente para su tanto por ciento y nada más, salvo que tengas suerte y des con un Brian Epstein, un Jon Landau, un coronel Tom Parker... ¿te dicen algo esos nombres?

–Claro, los mánagers de los Beatles, Springsteen, Presley...

–Un buen mánager puede hacer grande a un artista, pero ¿qué hay en España? Ya lo viste: gente como Ernesto Sanjuán. Antes hablábamos de actuar hoy en Vigo y mañana en Sevilla. Eso es cuenta suya. Los llaman, sacan tu planning, comprueban que en la casilla de ese día hay un hueco, y le ponen una cruz: ése es todo su trabajo. No les importa que un día tengas que tocar en la Luna y al otro en Marte. Les importa su comisión. Los grupos pasan, pero ellos quedan, siempre quedan. En cambio, ¿quiénes se ocupan de ti, entre comillas?: las compañías de discos. Siempre hay un listillo que te dice cómo has de vestir o cómo has de hablar, y te meten en programas de mierda, en la radio o en la televisión, porque hay que hacer promoción. Y no hay nada más triste que montarse un playback en la tele. Eso es lo más falso que ha dado el rock en la vida. ¿Sigo? No, no creo, podría pasarme la noche hablando de cosas así.

–Y no digo que no sean ciertas, pero también hay muchas buenas, yo creo que más –dijo Vic.

Julián Prats se enderezó con esfuerzo. La botella de cerveza resbaló entre sus dedos y cayó al suelo, vacía. La distancia fue breve, así que no se rompió. Tampoco se molestó en cogerla.

–Sigue quedando la música, lo que tú hagas, hijo. Eso sí tiene un sentido.

–Los grupos de hoy venden, programan sus giras, se van a tocar fuera de España, cuando quieren descansar un verano, descansan...

–Grabar, promocionar, vender, actuar, un año sabático... ¿cómo pueden estar un año sin tocar? Eso es porque están hartos, cansados, iy es absurdo! ¿Y los demás? Hablas de ello como si fuera una rutina, y la música no lo es.

–Para ti es una pasión, y pienso que también para mí, pero muchas veces los que están ahí arriba, soportando presiones de todo tipo, deben ahogarse. Supongo que entonces...

Dejó de hablar. Su padre le miraba con ojos perdidos. Respiraba con fatiga. No

sabía si era un buen o un mal momento, pero la pregunta le quemaba la razón desde hacía días.

Y seguía siendo una clave importante, esencial.

–Papá –dijo Vic de pronto–, ¿cómo te metiste en lo de las drogas?

Depositó un dedo sobre la palanca de grabación y levantó una mano.

–¡Vale, silencio! –ordenó–. ¿Preparados?

Asintieron con la cabeza los cuatro. Julián accionó la palanca y las dos bobinas del Revox iniciaron su rodar. Con la otra mano les dio la señal. El grupo arrancó el tema.

Apenas lo desarrollaron diez segundos. Fede se equivocó de compás y él mismo anuló la grabación golpeando el bombo a destiempo. Nadie dijo nada. Julián echó la cinta para atrás hasta el punto donde la habían iniciado, dejando una breve distancia con el término de la anterior canción. Por encima del silencio reinante ahora en el local, se oían no menos de dos sonidos distintos, procedentes de las habitaciones contiguas, en las que practicaban otras bandas. Una, por lo menos, era rotundamente heavy, por la agresividad de las guitarras y el tono alto, hiriente, del que cantaba.

–Tiene caña –comentó Emilio–, pero son unos palizas.

–Suerte que no vienen cada día. Me han dicho que a fines de verano se van los del fondo. Tal vez podríamos ocupar su local –dijo Cati.

–¿Vamos ya? –volvió a preguntar Julián.

Puso el magnetófono profesional en marcha una vez más y el conjunto repitió el arranque de la canción. Era un tema con más aire pop que rock, pero la letra tenía interés y casi al final Vic se lucía en un solo rompedor, quizás un tanto forzado, pero sorprendente por el tratamiento del resto. A mitad de él fue Julián el que detuvo la grabación.

–Espera, espera –dijo–. ¿Por qué haces eso?

–¿Hacer qué?

–Ese cambio ahí, al pisar el pedal.

–¿Qué tiene de malo? –preguntó Vic.

–Es brusco. Deberías enlazarlo con algo, hacer un puente, y de paso prolongar la nota. Eso te permite un clímax que luego apoyas con el *riff* final.

–No te entiendo, si hago...

Iba a tocar la guitarra, pero Julián no le dejó.

–Verás, dame –se la pidió, y casi sin esperar su reacción le ayudó a quitársela.

Cati, Fede y Emilio contemplaban la escena con curiosidad, sin decir nada. El veterano rockero se colocó la Ibanez Artist que un día fue suya. Desentumeció los dedos de las manos y de una forma fulgurante desgranó un rápido torrente de notas perfectamente entrelazadas a modo de ensayo previo. Luego miró a su hijo.

–Tú haces esto, ¿no?

Repitió una parte del solo de Vic, prácticamente igual a como él lo había hecho, aunque con un mayor brillo en el sonido. Fede y Emilio intercambiaron una mirada de asombro. Cati no apartaba los ojos de Vic.

–Sí, exacto –asintió el muchacho.

–Ahora escucha esto. Es lo mismo, pero fíjate en la unión de las dos partes – continuó su padre.

Repitió el solo, pero en esta ocasión añadió un efecto intenso, un fortísimo trance que enlazó ambos bloques hasta desembocar en una nota muy aguda. Pisó el pedal y la convirtió en un torrente denso y espectacular. Dejó que el sonido se prolongara y justo antes de que muriera en los altavoces recuperó el estilo del solo y lo culminó en el punto en que batería, bajo y teclado se le unían para preceder a la voz.

Al dejar de tocar levantó la cabeza y miró a su hijo.

–¿Qué te parece?

–Sí, pero...

No le permitió concluir la frase.

–Así respira, ¿no lo ves? Y con el pedal consigues el clímax preciso para que la gente se ponga a gritar. El resto ya no es más que un colchón instrumental hasta

la voz para abordar el final.

–Está bien, papá, pero no es lo que yo quiero aquí –dijo Vic. Julián seguía con la guitarra entre las manos. No ocultó su asombro.

–¿Cómo que no es...?

–En primer lugar, yo aún no soy tan rápido como tú. Y en segundo lugar, me suena demasiado a Hendrix.

–¡Es que es Hendrix! –manifestó Julián.

–Entonces sigo prefiriendo mi solo.

–¿Por qué? ¿Por qué es tuyo?

–No, porque Hendrix murió hace más de treinta años, papá, por eso.

–Pero...

Vic le ayudó a quitarse la guitarra. El hombre todavía parecía desconcertado. Se encontró con los ojos de Cati.

–Queremos encontrar nuestro propio estilo, Julián –le dijo ella–. Te ha quedado de maravilla, pero Vic tiene razón.

Emilio plegó los labios. Fede hizo un redoble con el tambor. Cati le dirigió una mirada iracunda. El batería la resistió poniendo cara de póquer. Vic volvió a ocupar su puesto.

–¿Volvemos a ello? –le dijo a su padre.

–Sí, claro. Si prefieres...

Julián hizo retroceder la bobina otra vez, hasta el punto elegido para la grabación. Por encima de la guitarra de Vic, que tocaba suavemente para recuperar el pulso del tema, se escuchó un aullido terrorífico procedente del local contiguo.

–Pura marcha –comentó Emilio.

El Revox volvió a rodar. La canción fluyó esta vez sin la menor interrupción. Nadie lo dijo en voz alta, pero el solo de guitarra de Vic, siendo el mismo de la primera oportunidad, sonó con mayor fuerza, como si una nueva garra lo impulsara. Julián no apartó los ojos de él.

Recordó el día en que le dijo a Montse que la actual generación no luchaba contra nada, porque no tenía nada por lo que luchar.

Toda la agresividad de Vic, de pronto, estaba allí.

Pugnaba por estallar.

Cantó la última estrofa, acompañaron la melodía y culminaron el número con un conjuntado y equilibrado punto de cierre. En el mismo instante Julián cerró el sistema de grabación. Los heavies de al lado parecían tomarse un respiro.

–Ha quedado bien, ¿no? –se animó Cati.

–Muy bien –ponderó satisfecho Emilio–. ¿Vamos a oír los cuatro temas?

Vic miró a su padre.

–Ha estado perfecto –dijo Julián–. De todas formas, si Vic toca la guitarra y canta, ¿no habéis pensado en la posibilidad de meter un quinto miembro, una segunda guitarra?

–¿Lo crees necesario? –preguntó Vic.

–Es sólo una idea. Te daría mayor libertad y llenaría más el fondo. La mayoría de grupos en los que el guitarra canta, suelen emplear una segunda guitarra. De todas formas... no es más que una sugerencia.

Se fijó en Fede. Estaba liando un porro con todo cuidado, con el esmero de quien intenta elaborar una obra de arte. El batería continuó, ajeno a cuanto pasaba a su alrededor. Cuando terminó de preparárselo se lo llevó a los labios y lo encendió. Le dio una profunda chupada antes de reparar en los demás.

–¡Hey, colegas! –gritó el muchacho–. ¿Un colocón? Vic negó con la cabeza. Cati le secundó casi al momento. Emilio en cambio asintió dejando su bajo en una silla. Fede le tendió el porro a Julián.

–Es una buena mierda –aseguró.

Julián lo cogió de su mano. Se lo puso en la boca y cerró los ojos. Luego aspiró intensamente el humo, hasta sentir que le bajaba por la tráquea, llegaba a los pulmones y de allí lanzaba sus primeros destellos al cerebro.

Fue una visión fugaz, pero por un momento creyó ver a Jimi Hendrix allí, en mitad de su cabeza.

Tocando.

En la pequeña sala del casino del pueblo apenas bailaba una docena de chicos y chicas, la mayoría muy jóvenes. Una cohorte de abuelos, abuelas, padres y madres ocupaba las mesas repartidas al fondo y más allá, por la terraza abierta al exterior. Varios grupos de niños y niñas correteaban arriba y abajo riendo y haciendo sonar matasuegras y pitos. Frente a la breve tarima del escenario, por contra, un par de docenas de adolescentes, la mayoría chicos, aunque también había tres o cuatro chicas, parecía seguir su actuación con ojo crítico, moviendo los pies, aunque sin demasiado entusiasmo.

Al acabar el tema, Vic deslizó una rápida mirada a su reloj.

Cuarenta y cinco minutos. Ése era su tiempo, fijado de antemano en el conjunto del espectáculo. Ellos abrían mecha, después seguirían un mago, un cómico y una orquesta. Les quedaban quince minutos.

–¡Eh, nena, deja a esos maricas peludos y vente conmigo!

–¡Tía buena!

–¡Saca un poco la cacha de debajo de ese trasto, que la veamos!

No eran más que dos o tres, pero se hacían oír, especialmente entre canción y canción. Se bastaban para romper con todo, y los demás se limitaban a reír. Cati hacía esfuerzos para no mirar hacia ellos, pero entonces quedaba obligada a mantener la cabeza rígida, como si pasara del público. El grupo de estúpidos habitual estaba frente a ella.

–¡Maciza, tócame a mí y verás cómo sueno!

Se equivocó en la entrada de la siguiente canción. Fede salvó el *impasse* lanzándose a tocar la batería hasta que mantuvo el ritmo y eso le permitió a la

teclista volver a intentarlo. Vic le guiñó un ojo y ella puso cara de resignación. Sólo una actuación.

Una más, aunque para ellos fuese su tercer contacto en vivo con el público.

Vic se lució a la guitarra. Su fuerza provocó las primeras reacciones en la gente, especialmente entre las dos docenas que los miraban con mayor interés. Algunos de los que bailaban se aproximaron para verle tocar la guitarra. Otros, saliendo de entre las mesas, ocuparon su lugar en la sucinta pista de baile. Las luces del pueblo en fiestas desparramaban su peculiar aire local más allá del casino.

Dos de las chicas, dos adolescentes de dieciséis o diecisiete años, no apartaban sus ojos de él.

El resto estaba pendiente de Cati, salvo en los esporádicos solos de batería o guitarra.

–¿Qué haces luego, cariño? ¿Por qué no damos un paseo?

–¡Conmigo, que a éste no se le levanta!

Tocaron las tres últimas canciones, y aunque hubo un tímido intento de forzar un bis, decidieron no salir. Saludaron desde la tarima, soportando los gritos finales dirigidos a Cati, y se retiraron. El mago y su ayudante, una lujosa señora de prietas carnes a pesar de ser cincuentona, esperaban ya fuera del alcance visual de la concurrencia.

–Muy bien, chicos, ¡muy bien! –les dijo el hombre, sonriendo por encima de su maquillaje y por debajo de su chistera negra y brillante, mientras agitaba su capa como si quisiera levantar el vuelo.

Emilio miró a la ayudante de arriba abajo. Tenía unas piernas muy largas, enfundadas en medias de malla, y lucía un generoso escote. Su cuerpo aún era exuberante, y el rostro hermoso, pese al tono ajado junto a los ojos y las comisuras de los labios.

–Si a ti casi te comen, imagínate a ella –le comentó a Cati al oído.

–¡Pandilla de babosos!

–Ya te dije que aquí, con la gente tan cerca, no te pusieras eso –indicó Fede señalando su indumentaria.

Cati examinó su sostén negro, de encaje, y su breve falda igualmente negra y transparente.

–¿Qué pasa? la Spears, la Aguilera y la Rubio van igual –protestó furiosa.

–Ellas no actúan donde Dios perdió la boina –apuntó Fede–. ¡Vaya mierda!

–Dejadlo estar –dijo Vic–. Ya sabéis que vamos a patearnos muchos de esos pueblos.

–Dice tu padre que al final se te forma una especie de capa de inmunidad, una costra impenetrable que hace que pases de todo y sólo escuches la propia música –manifestó Cati–, pero, ijo, tío!, mientras tanto... ¡Es que en cuanto ven un trozo de pierna ya se disparan, y tanto les da el resto!

Entraron en su camerino, o lo que fuese, porque más bien era un vestidor de un par de metros de largo por uno y medio de ancho, con un lavamanos adosado en una esquina. Cati se sentó en una de las dos únicas sillas. Fede, que estaba empapado por el sudor, abrió el grifo y empezó a refrescarse.

Por la puerta, todavía abierta puesto que ninguno de los cuatro se había quitado nada, apareció una cabeza.

–¡Hola, hola! –cantó una voz.

Le identificaron. Al llegar al pueblo se les presentó como sobrino del alcalde e hijo del organizador de las fiestas. Tendría unos veinticinco años de pedantería y edad, y muchos menos de nivel intelectual. Ahora sonreía de oreja a oreja. En la primera media hora, mientras montaban el equipo con el tiempo justo para probarlo antes de que les echaran para preparar las mesas y engalanar el casino, todo ello hecho al final porque durante el día amenazó lluvia, había revoloteado incesante y empalagoso alrededor de Cati, zumbando como una avispa en torno al panal. No menos de tres veces les dijo que él, y sólo él, era el hombre clave del tinglado. En otra les habló de su interés por ellos, desde que los viera en televisión.

Ninguno de los cuatro quiso aclararle que, todavía, estaban lejos de tanto honor popular.

–Estamos un poco cansados y sudados –dijo Vic deteniéndose ante el recién llegado para impedirle la entrada–. ¿Te importa que nos refresquemos y salgamos?

El hombre miraba a Cati. Hizo un esfuerzo para apartar los ojos de ella y ubicarlos en él.

–Vamos, que por cuarenta y cinco minutos de darle a ese trasto tampoco es que hayas perdido cinco kilos, ¿no? –comentó con una sonrisa cincelada en su rostro.

Por detrás de él aparecieron otros hombres jóvenes.

–¿Viene ya o qué, Gaspar? –protestó uno de ellos con desgana.

El llamado Gaspar volvió a centrar su exclusiva atención en Cati, pasando de Vic.

–Oye –le dijo–, tenemos montada una pequeña fiesta, mucho mejor que este rollo, ¿te vienes?

–No, lo siento –justificó ella, buscando ser amable–. Ya me gustaría, pero hemos de recoger y marcharnos enseguida.

–¿Irte, pero qué dices? ¿No vas a pasar la noche aquí?

–No.

–¡Eh!, pero ¿qué es esto? ¡Vamos, nena, la diversión empieza ahora!

–Ella ha dicho que nos vamos –dijo Vic, despacio.

Gaspar, esta vez, ni le miró.

–Te doy diez minutos, ¿de acuerdo? Estaré por aquí.

Fede se puso al lado de Vic, con el torso desnudo. Era el más musculoso, como todos los baterías. Su piel estaba húmeda por el agua y brillaba.

–¿Por qué no os largáis? –preguntó con menos paciencia que el guitarra–. El espectáculo ha terminado.

El sobrino del alcalde e hijo del organizador de las fiestas congeló la sonrisa que mantenía en sus labios.

–Creía que en la farándula el espectáculo nunca termina –dijo–. ¿No decís que siempre ha de seguir?

–Ya hay bastantes payasos en el circo. No necesitáis a nadie más.

–Fede, ya vale –le detuvo Vic.

Cati se puso en pie. Tuvo un estremecimiento, y no a causa del sudor que se helaba ya en su piel. Emilio se puso delante de ella.

–Oídmeme, tíos –el tono de Gaspar ya no era condescendiente–. Mi padre es el que paga, y como yo le diga que no pague, no paga. ¿Captáis, o a los músicos se os tiene que decir todo más despacio? Encima, mira por dónde, podéis cobrar, ¿verdad? –giró la cabeza para hallar el respaldo de los otros dos.

Sus risas le demostraron que lo tenía.

–Será mejor que... –comenzó a decir Cati.

–Cállate, ¿quieres? –sugirió Vic.

–No, sigue –la animó Gaspar–. Si es por ellos... pasa, y si es por dinero, no te preocupes, te aseguro que podemos arreg...

Ya no pudo terminar la frase. El primer puñetazo se lo dio Fede, desde detrás de Vic, pero casi al momento, y al no alcanzarle con la suficiente potencia, el de Gaspar se estrelló en el pecho del guitarra.

Cati lanzó un grito.

De pronto, todos se habían olvidado de ella.

Había luna llena, y la claridad, espectral aunque diáfana, desparramaba toda suerte de sombras por la blanquecina penumbra del bosque. En cierta forma parecía que hubiese nevado, dejando el suelo cubierto por una fina capa de hielo o escarcha. El calor se encargaba de recordar que estaban en verano, y que aquello no era sino un efecto de la naturaleza. El único ruido, constante, monótono, pero agradable y balsámico, era el del río, un murmullo plácido que invitaba a la paz y la serenidad.

Sentado junto a él, Vic metió la mano en el agua.

El frío le calmó el dolor.

Necesitaba dormir, como los demás, y recuperarse, pero inexplicablemente no tenía ni pizca de sueño. Lo único que deseaba era gritar, o seguir allí quieto bebiendo del silencio, o ambas cosas a la vez. Sentía rabia, tristeza, impotencia, desesperación, juntas y por separado, sensaciones extrañas, desestabilizadoras en su ánimo.

Comprobó la hora. Las cuatro de la madrugada.

Y pensó en Sonia.

Probablemente estaría bailando en la discoteca, o tomando la última copa con los de su pandilla, o riendo con algún hijo de papá que tuviera vacaciones.

¿Por qué pensaba en ella de pronto, y allí, a mitad de camino de ninguna parte?

Ni siquiera sabía dónde estaban.

Habían salido por piernas, tras recoger el equipo, y sólo el agotamiento de los demás, y su estado, los hizo detenerse, lejos de la carretera y de cualquier luz.

Las cuatro de la madrugada.

Pensó en alguien más: en su padre.

Y entonces, uniendo ese recuerdo con lo que sentía, escuchó el suave roce, a su espalda.

No tuvo que girar la cabeza para ver quién era.

Cati se sentó a su lado.

Todavía llevaba la misma ropa que durante la actuación, aunque ahora pareciese que eso había sido muchas horas antes, una eternidad pretérita. Las huellas de sus lágrimas estaban secas. Bajo la blanca luz de la luna su piel tenía el tono de la seda, brillaba opacamente. No habló. Centró su atención en el curso del río y fue como si él se llevase su inquietud.

Vic no recordaba haberla visto nunca tan femenina, tan delicada y bonita.

¿O era aquella luz?

Y la hora.

–¿Duermen? –se oyó preguntar a sí mismo de repente.

–Sí –cuchicheó ella.

–¿Cómo están?

–El corte de Fede ya no sangra, pero me preocupa el ojo de Emilio. Convendría que los viese a los dos un médico cuanto antes, por si necesitan algunos puntos. ¿Y tú?

Vic sacó la mano del agua.

–Creo que no tengo nada roto –suspiró.

–Déjame ver –pidió Cati.

–No, de verdad, ya no me duele.

–No seas tonto. Déjame ver –insistió la muchacha.

Cogió su mano, y la secó con los cortos pliegues transparentes de su falda. Los nudillos estaban machacados.

–¡Qué barbaridad! –se estremeció ella.

–Tu admirador tenía la cara verdaderamente dura –bromeó sin ganas–. Ahora entiendo por qué mi padre me dijo que no me peleara nunca. ¡Joder! Comentó algo acerca de que es mejor un músico cobarde que un ex músico lisiado. «¡Usa

la cabeza y luego los pies!», me dijo.

Cati le hacía flexionar los dedos, le acariciaba las magulladuras, pasando sus yemas junto a las partes en carne viva. Daba la impresión de estar pendiente de su mano.

Sin que hubiese nada más en el mundo.

–Gracias por ayudarme –musitó–. Aún no os lo había dicho.

–Somos un grupo, ¿no?

–Ahora sí, más que nunca.

Quería retirar su mano, pero no pudo. Ni tan sólo lo intentó. Le gustaba. Lo necesitaba.

Quiso odiar a su padre por tener razón.

Las cuatro de la madrugada, perdidos en cualquier parte.

Todo estaba muy lejos de allí. Todo.

–Aún hemos tenido suerte –susurró–. Tenemos el equipo. Habrían podido destrozarlo.

Cati se llevó su mano a los labios.

–Y nos han dejado... marchar –continuó Vic, aún más débilmente.

Primero le besó el dorso, después los dedos, uno a uno. Finalmente asomó la punta de su lengua por entre los labios y con ella lamió las heridas. El hechizo se hizo presencia. Deseó tocar aquella piel.

Sentirla.

Cati volvió a abrirle la mano, luego puso en ella su mejilla. La mano estaba inmóvil, pero su rostro no. Era una caricia envuelta en otra caricia. La besó una, dos, tres veces más, hasta que se aproximó a él y se cobijó en sus brazos, arrebujándose como una niña temerosa en su regazo. Vic la notó temblar.

Y lentamente se inclinó sobre ella, para besar su cabello, la oreja que asomaba bajo él, y llegar hasta el cuello.

Cati comenzó a girar, muy despacio.

Bajo la luz de la luna, su rostro era de nácar y los labios, un sesgo oscuro que él buscó para acabar encontrando.

En aquel momento ella era todo lo que necesitaba.

Néstor Basconte colgó el teléfono. Era la tercera vez que lo hacía en menos de cinco minutos, de los cuales no habían podido hablar ni siquiera medio minuto seguido. Volvió a levantar el auricular y pulsó el botón rojo ubicado al pie del aparato, negro, diseño especial, en forma de Marilyn Monroe. El auricular eran los pechos.

–Nati, por favor –le dijo a alguien, probablemente su secretaria–, no me pases ninguna llamada hasta que termine. Serán diez o quince minutos, ¿de acuerdo?

Colgó una vez más. Ahora dirigió a Julián la mejor y más distendida de sus sonrisas.

–No has cambiado nada, ¿sabes? Yo, en cambio...

–Tú, en cambio, pareces un potentado –reconoció él.

–Bueno, esto es una multinacional, y hay que estar en la onda. ¿De qué estábamos hablando? Si me hubieras llamado por teléfono... Aún has tenido suerte. ¡A quién se le ocurre presentarse sin más!

–A un amigo.

–Todo lo que quieras, pero si llego a estar reunido, aunque hubieses venido de la China no habría podido recibirte. ¡Ah, echo de menos Barcelona! –dirigió una desapasionada mirada más allá de los ventanales de su despacho. La altura, colgados casi al borde del rascacielos, le permitía ver una panorámica de Madrid dominada por su polución y el *smog* matutino, aún pegado al suelo como una piel inmóvil. La sensación tuvo que gustarle, o tal vez fuese que allá, en las alturas, el aire era más limpio, porque acabó suspirando–: ¡Bueno, pero ya me he hecho a esto!

Julián todavía tenía la cinta entre las manos.

–Veamos –dijo el director de A&R–, ¿es tuyo? –y señaló la cinta.

Lo preguntó con el más profesional de sus tonos.

–No –respondió su visitante.

–¡Vaya, esto sí es una sorpresa! ¿Te has pasado a la producción?

–Ni hablar, aunque quizás me anime. Esto es de mi hijo.

Néstor Basconte dilató ligeramente los ojos. No ocultó su sorpresa. Asimiló debidamente la información y debió procesarla sin la menor cautela o prevención, seguro del puesto que ocupaba.

–¿Tu hijo? –exclamó–. ¿Hablas en serio?

–¿Por qué no iba a hacerlo? –se extrañó Julián.

–Porque la mitad de los tíos de la radio, la televisión y los medios informativos, y la mitad de los que estuvieron en esto hace años, tienen hijos que creen ser estrellas del pop. Y desde que el hijo de Summers acertó, más.

–Yo no sé cómo serán ellos, pero...

–Yo te lo diré –le detuvo el ejecutivo–: normales, mediocres, malos, pero sus padres opinan que son la leche.

–Oye, Néstor, otra cosa no tendré, pero oído... Aún sé reconocer cuándo algo tiene posibilidades. No estás hablando con un gilipollas de mierda.

–¡Eh, eh! –el hombre levantó ambas manos abiertas–. Tranquilo, ya lo sé. Sólo te digo lo que hay. Antes se decía que todo español lleva una maqueta y se cree Julio Iglesias, aunque la mayoría daría su brazo y se conformaría con salir en la tele un par de veces y tener un éxito. ¡Los cinco minutos de gloria personal de que habló Warhol!

–Podemos estar hablando horas –dijo Julián–. Lo único que te pido es que los oigas.

Puso la cinta sobre la mesa, a mitad de camino entre él y su receptor. Néstor Basconte no hizo nada por cogerla. La dejó allí.

–De acuerdo, oiré a tu chico –aceptó–. ¿Tiene grupo?

–Son cuatro. Se llaman XYZ, de momento.

–¡Fiu! –silbó el ejecutivo–. ¡Menudo nombre! Ya hubo una banda en los

ochenta con algo así, XTC, ¿te suena?

–Es posible, pero ya te digo que el nombre es provisional.

–¿Tu hijo canta y toca la guitarra?

–Sí.

–Claro, es natural –lo dijo como si fuera un hecho lógico–. ¿Alguna chica entre ellos?

–La teclista.

–¡Hombre, menos mal! ¿Qué edades tienen?

–Entre diecisiete y diecinueve años.

–Traerás una foto, ¿no? Déjame verla.

–¿Foto? No, no se me ha ocurrido.

–Pero... –el rostro de Basconte reflejó su mayor sorpresa–, ¡chico!, ¿en qué mundo vives? ¿Me traes una cinta y te olvidas de su imagen? Yo soy el director de Arte y Repertorio de la compañía, no un mago. ¿Cómo les enseño esto a los demás? –apuntó con un dedo a la cinta.

–Creía que con oírla bastaba. Y también creía que lo importante era la música.

–¿La música? –el tono del ejecutivo aumentó de revoluciones–. ¿Te haces el ingenuo o necesitas un manual práctico de *Cómo Llegar a Ser Una Estrella del Rock* en diez lecciones? ¡Por Dios, Julián, que llevas en esto toda la vida! Y no importa que estés desconectado ahora. ¡Todos esos chicos saben tocar, todos tienen algo bueno, incluso una chispa, un posible éxito! Sin embargo, eso ya no es el cien por cien, sino una parte, y estoy por decirte que cada día más pequeña, aunque siempre hay sorpresas. ¿Tienen imagen? ¡Estamos en la era del vídeo! Dame una imagen y te aseguro que tendrán lo mejor, grabaciones en Londres, respaldo, músicos, autores...

–No necesitan nada de eso, al menos por ahora. Tocan bien, y componen su propio material.

–De acuerdo, está bien –contemporizó Néstor Basconte–. Pero volvamos a lo esencial: ¿tienen imagen? Antes, aquí, no se hacían vídeos, no eran rentables, pero ahora, con las independientes, es necesario. Ya no se puede coger a nadie, por bueno que sea, y soltárselo a la gente. Nosotros a veces hemos estado preparando un lanzamiento durante meses, un año. Actuamos sobre seguro.

–¿Desde cuándo el rock ha sido algo seguro?

La pregunta le hizo mella. El rostro de Basconte la acusó. Se dejó caer hacia atrás y se hundió en el respaldo de su gran butaca de piel negra. También era negra la mesa, reluciente, atiborrada de cintas, fotografías, memorandos, y los muebles del lujoso despacho, aún más atiborrado de displays, premios, discos de oro, placas de reconocimiento, fotografías de los héroes de la compañía, los más vendedores. Julián pensó en el Néstor Basconte de veinte años atrás. La comparación fue desastrosa, aún peor que en el caso de Ernesto Sanjuán. El agente se había casado con el dinero y punto. El director de A&R representaba mucho más.

La industria. La decisión, la voluntad de ser o no ser, el poder supremo. La música se cocía en despachos como aquél, no en los estudios de grabación. Los ejecutivos eran los nuevos dioses.

Néstor Basconte debió pensar también en los viejos tiempos.

–El negocio ha cambiado mucho desde que tú y yo arrastrábamos el culo por ahí hace años, Julián –dijo con fingido pesar.

¿No había dicho Sanjuán algo parecido?

–Yo aún lo arrastro –aclaró él.

Se miraron en silencio. El traje de primera marca contra la camisa y los vaqueros. Los zapatos de piel contra las eternas botas de luchador de la carretera. El cabello perfectamente cortado y medido contra la rebelde melena que ondeaba a modo de vieja bandera. El Rolex de oro y el anillo con un diamante contra el vacío de unas muñecas y unas manos desnudas. La mirada del triunfador contra la síntesis del fracaso.

Aunque todo actuase de diferente forma en uno y otro.

–Sí, claro –exhaló el ejecutivo.

Habían pasado los diez minutos, aunque no los quince.

–¿Has venido a Madrid sólo por eso? –preguntó poniéndose en pie.

–Sí –respondió Julián imitándole.

–Irás a las otras compañías, naturalmente.

–Te lo traía a ti. No conozco a casi nadie en las demás.

–Hazlo, créeme. A veces lo que no ve una lo ve la otra. Eso sí sigue igual. Y... tómatelo con calma, ¿quieres?

–Lo intentaré.

Habían llegado a la puerta del despacho. La cinta continuaba en mitad de la mesa, solitaria. Detrás de la butaca de Néstor Basconte se veía un equipo de alta fidelidad, con platina para casetes y reproductor de CD's. Al pie del mismo se amontonaban tres docenas de cada formato.

Maquetas cargadas de sueños, ilusiones, esperanzas.

–Pase lo que pase, aquí o en las otras, siempre te quedan las independientes – dijo el director de A&R–. Actualmente ellas son las que se mojan, y luego nosotras compramos –sonrió, como si el asunto tuviera gracia–. A veces nos cuesta más, y otras nada, porque los grupos son los primeros en cambiarse de camisa y preferir una multinacional cuando se huelen el éxito o el dinero. Pero en uno y otro caso, ése es el juego, y todos lo jugamos. Lo importante es que cada cual sepa el lugar en que está.

Julián Prats se preguntó en qué lugar estaba él.

Madrid, un rascacielos, un lugar entre las nubes.

Para Néstor Basconte era el cielo, cápsula de marfil incluida.

–Otra vez telefonea antes –dijo el ejecutivo–. Podemos comer juntos y charlar de todo aquello.

Le abrió la puerta.

Desde que Vic había entrado en su vida, comenzaba a despedirse de mucha gente a la que llevaba años sin ver, y a la que nunca volvería a ver.

¿Qué edad tenía?

–Adiós, Néstor –dijo con un átomo de orgullo sobrevolando su repentino cansancio.

Llevaban al menos cinco minutos en silencio, los dos boca arriba en la cama, desnudos y mirando al techo, recuperándose del esfuerzo íntimo que los había unido con toda la intensidad del reencuentro. Lejos de la extraordinaria pasión inicial, ahora, sin embargo, Vic podía sentir la distancia, no física, sino anímica.

Movió su mano por entre los pliegues revueltos de la sábana hasta encontrar la de ella.

–¿Estás bien? –preguntó.

–Sí –dijo Sonia.

–Ni siquiera hemos hablado del verano, ¿qué tal? Cuéntame algo, ¿cómo te ha ido?

–Bien, normal.

–¿Había chicos?

–Por supuesto.

–¿Y?

–Nada. Fiestas, playa, matar el tiempo, tomar una copa aquí y un helado allá. Ya sabes.

–¿Ninguna proposición?

Sonialadeó la cabeza para verle. Tenía el pelo alborotado.

–¿Y tú? Porque a fin de cuentas el que ha estado tocando por ahí y yendo de un lado a otro has sido tú.

–¿Y qué? ¿Crees que soy Tom Cruise?

–¿Cuántas actuaciones han sido?

–Siete.

–No está mal, ¿ves? Anda, cuéntame tú.

–Tampoco hay mucho que contar. La mayoría fueron bien, normales, discretas. Vamos, que no levantamos oleadas de entusiasmo, aunque lo importante era tocar en público y sentir esa sensación. Dos, en cambio, fueron rematadamente malas, una por nosotros mismos, y otra por la gente. ¡Debieras haber visto dónde hemos estado, en qué pocilgas nos hemos cambiado y para qué clase de público hemos tocado!

–La otra España –dijo Sonia.

–La otra España –repitió Vic.

–¿Y las fans?

–¿Fans? Ya te he dicho que no soy Tom Cruise. Además, el ligón del grupo es Fede.

–Pero el más guapo eres tú –se acercó a él, poniéndose de lado–. Por lo menos, si haces algo, toma precauciones, ¿vale? No quiero que me pegues el sida o algo así.

–No seas tonta –rezongó él.

–Sí, sí, tonta.

Vic también se puso de lado, de cara a ella.

–Te he echado de menos –confesó–. Este verano mucho más que el del año pasado.

–Yo también, y he tenido tiempo para pensar.

–¿En qué?

–En todo, tú, yo, el coñazo de mis padres, tener diecisiete años, la música, el nuevo curso... Es como una empanada mental.

–Creo que sé a qué te refieres –dijo Vic.

–No, no lo sabes, no puedes saberlo. El curso empieza dentro de un par de semanas y no estarás conmigo. ¿Qué vas a hacer, al margen de la música?

–Ya te dije que había estado trabajando en algunas cosas, y este último mes he escrito un par de artículos para una revista musical. Les han gustado. No es

mucho dinero, pero quieren que siga. Tampoco es que me seduzca hacer de crítico, pero las entrevistas sí me van y tengo entradas para ir a los conciertos que me interesan. Las perspectivas son buenas.

–¿Estás seguro?

–Sí, ¿por qué? ¿Qué te pasa?

–No lo sé, pero... –ahora fue Sonia la que desplazó su mano libre. La llevó hasta la barbilla de Vic, extendió su dedo índice y lo pasó suavemente por su labio inferior. Él lo besó—. Escucha, si yo... si yo te pidiera que dejaras la música por mí, y estudiaras algo, ¿lo pensarías siquiera?

–No.

–¿Y estudiar un año más, sólo uno, mientras ves cómo marcha todo, en lugar de aceptar trabajos estúpidos?

–No son trabajos estúpidos. Sonia, ¿pero qué...?

El dedo subió hasta taparle los labios.

–Nos faltan unos meses para cumplir los dieciocho, y pasarán rápido. Yo ya estoy cansada y hablaré con mis padres. Podríamos ir a vivir juntos, trabajar y estudiar.

–¿Qué estás diciendo? –el tono de Vic era de alarma, incredulidad—. Sonia, ¿te has vuelto loca?

La mano de la muchacha cayó derrotada. Cerró los ojos. Luego volvió a girar el cuerpo hasta quedar como antes, boca arriba.

–Olvidalo –suspiró.

–¿Que lo olvide? –Vic se incorporó—. Vuelves después de dos meses y medio, me dices lo que me has dicho, ¿y me pides que lo olvide?

–Sí, olvidalo, ¿vale?

Ahora él estaba sentado en la cama, con la espalda apoyada en la pared. Sonia se levantó. Su cuerpo joven y esbelto centelleó en la penumbra impulsado por un renacido nervio. Sin decir nada caminó en dirección a la puerta de la habitación y salió por ella.

Casi al momento se escuchó la del baño. Cuando regresó, Vic continuaba en la misma posición.

La muchacha recogió su ropa, se sentó en la cama, de espaldas a él, y comenzó a vestirse.

–Sonia.

–¿Qué?

–Quiero contarte algo acerca de mi padre.

–Bueno, adelante, hazlo.

–Mírame, por favor.

Emitió un suspiro de resignación. Luego alzó las piernas, giró el cuerpo y quedó sentada en cuclillas de nuevo frente a él. Lo único que llevaba puesto era el sujetador. Era como dos grandes ojos blancos en medio de aquella difusa claridad.

–¿Qué es? –quiso saber.

–Le pregunté cómo se metió en el rollo de las drogas.

–¿Ah, sí? ¿Y qué te dijo?

Estaba tensa. No había pasión en su voz.

–Yo creí que había sido por lo típico –dijo Vic–. El éxito primero, el fracaso después, los años moviéndose en el rock, actuar unas veces a diario y sin dormir, yendo de una punta a otra de España, y otras la crispación de ver pasar el tiempo sin hacer nada, los amigos, la muerte de aquel músico suyo en la carretera, la ansiedad, la tensión... Y no fue nada de eso. Estaba equivocado.

–¿Hace falta algo para empezar a tomar drogas?

–Sí, siempre hace falta algo que te viene de fuera.

–¿Y qué le hizo cambiar a él?

–Una mujer.

–¿Una mujer? –dijo Sonia escéptica.

–Era muy guapa, un diez, algo único, y perdió el culo por ella. Se enrollaron. Lo malo es que ella estaba colgada, y él acabó metido hasta las cejas. Quería vivir al límite y lo arrastró al infierno. Le jodió vivo. Cuando mi padre ya no tuvo nada y estaba hecho una mierda, se fue, le dejó, y él tardó tres años en salir del pozo. Un día que estaba a punto de vender sus guitarras, se dio cuenta de lo que era y entonces, ni él mismo sabe cómo, se plantó y empezó a luchar de nuevo. Pero ya no pudo recuperar el tiempo perdido. Se salvó, y sin embargo... –se enfrentó a los ojos neutros de Sonia–, en el fondo fue como si esa mujer le hubiese matado.

Dejaron que el silencio los envolviera ahora, sin apartar sus miradas el uno del

otro.

Hasta que de pronto ella dijo:

–Ése es tu mundo.

Y él respondió:

–Te quiero, pero no me impidas nunca que lo viva a mi manera y por mí mismo, por favor.

Al morir la última nota, marcada por el redoble final de la batería, Julián se puso en pie. Vic ni siquiera le dio tiempo a hablar.

–¿Qué te parece? –preguntó con mezcla de orgullo y ansiedad.

–¿Quién lo ha compuesto?

–Los cuatro. La letra es mía.

Julián los abarcó con la mirada. Su expresión era risueña pero contenida.

–Habéis mejorado mucho instrumentalmente –les dijo–. Se nota que habéis trabajado a lo largo del verano.

–¡Oh, vamos, Julián! –protestó Cati–. ¿Qué nos dices de la canción?

Esta vez se rió.

–Estoy impresionado –reconoció por fin–. Cada vez os acercáis más a lo que parece ser vuestra línea... si no lo es ya, porque en un estudio de grabación, con un buen productor que aporte los toques precisos... Este tema es bueno, muy bueno, de verdad.

–¡Bien! –gritó Cati echándosele al cuello para abrazarle. Emilio y Fede levantaron sus manos abiertas, al estilo americano, y las hicieron entrecrozar en lo alto. Vic apretó su puño cerrado.

–Vosotros también os dais cuenta de por dónde van los tiros. ¿verdad? –indicó Julián, todavía con Cati abrazada a él.

–Sí, ahora sí –advirtió Vic–. En realidad, hemos estado cerca mucho tiempo, pero cuando montamos este tema...

–Sigo insistiendo en lo de la segunda guitarra –objetó el hombre–, y más que

nunca. Cuando tú haces el solo sería necesario un soporte rítmico entre tú y el bajo y la batería. Ni el sintetizador ni el piano eléctrico –miró a Cati–, y están muy bien empleados aquí, cubren ese vacío. En el estudio de grabación pueden tocar veinte guitarras, pero en vivo seguirá faltando un engarce.

–Pero meter ahora a otro miembro...

–No es más que una sugerencia –alzó ambas manos proclamando una presunta inocencia–. El grupo sois vosotros, así que hacer lo que queráis.

–Yo conozco a una chica que no lo hace mal –bromeó Fede.

–Tú conoces a muchas chicas que no lo hacen mal, pero estamos hablando de música –le corrigió Emilio.

–Era para equilibrar la diferencia de tres a uno que tenemos ahora –se defendió el batería.

Julián le revolvió el cabello a Cati. A pesar de tenerlo corto, se lo alborotó por completo.

–Seguid por ahí, duro –les dijo vehemente–. Ensayad todo lo que podáis, y si actuáis en directo, no dejéis de tocar este tema y ved cómo reacciona la gente. ¿Tenéis más dentro de esa línea?

–Estamos montando otras dos canciones, y tenemos tres o cuatro ideas, pero aún esbozadas, con la letra a medio hacer y... bueno, ya sabes –explicó Vic.

–¿Le has hablado de Karma? –intervino Emilio.

–¿Karma Discos? –preguntó Julián–. Es una independiente, ¿no? He oído hablar de ellos. ¿Qué pasa?

Vic fulminó al bajo con una mirada.

–Todavía no quería contártelo –justificó ante su padre–.

Fuimos a verlos con una maqueta, sólo dos canciones, ésta y una de las viejas. Parecieron interesados.

–No es una gran compañía, lo sabéis.

–Después de lo que nos contaste de Madrid, pasamos de las multinacionales.

–Ya vendrán a buscarnos con el talonario en la mano cuando estemos ahí arriba –apuntó Emilio.

–Pero empezar en una independiente siempre es peligroso –insistió Julián–. La divulgación es menor, la repercusión casi siempre nula. De vez en cuando suena

la flauta por casualidad, o realmente dan con un grupo fuerte. Y podría ser vuestro caso, por qué no. Sin embargo, entran ahí tantas cosas...

–Queremos un buen productor, como Jo Mungo, ¿has oído hablar de él? Es el tío con las ideas más claras de ahora mismo, aunque imaginamos que será difícil porque está teniendo mucho éxito y debe haber cola en su puerta.

–Los buenos productores no trabajan para las independientes –objetó Julián.

–Éste sí, porque también va de independiente, aunque tendrá su precio, claro.

–No sé... en todo caso no firméis nada sin consultármelo.

–Aquí sólo podemos firmar Cati y yo, papi –se burló Fede–. Estos dos pipiolos aún no tienen los dieciocho.

Emilio le dio un manotazo. El batería lanzó una risita cargada de ironía. Julián miró la hora.

–¿Vais a seguir ensayando? –se interesó–. En los demás locales he visto que ya no quedaba nadie. Siento haber llegado tan tarde, pero he tenido un trabajo urgente.

–No, nos vamos ya, ¿verdad chicos?

Hubo un asentimiento general. Emplearon los últimos cinco minutos en desconectar todos los aparatos y proteger los que no podían llevarse, como la batería y los teclados, o los mismos micrófonos, con fundas de plástico. La humedad se percibía en el ambiente, y mucho más fuera del local, en el largo pasillo de la nave a cuyos lados se emplazaban las puertas de los distintos cubículos. Vic llevaba la guitarra en su funda, colgada del hombro. Nunca la dejaba dentro. Prefería cargar con ella arriba y abajo antes de arriesgarse a que se la robaran. Fue Fede el que cerró la puerta con llave y repitió su acción con la exterior, la que daba a la calle.

–Cualquier día llegaremos y se lo habrán llevado todo –rezongó.

–Cada noche dice lo mismo –intercaló Emilio.

–¡Sí es que es verdad! –protestó el batería–. ¡Sólo hay una cerradura, y a las puertas de los locales basta con darles un golpe! ¡Por lo que pagamos ya podrían poner algo más!

–Sí, hombre: células fotoeléctricas.

Cada cual iba en una dirección diferente y Fede tenía moto. Fue Cati la que abiertamente miró a Vic y le preguntó:

–¿Me acompañas? Vas a coger el metro, ¿no?

–¿Montse sigue en Valencia? –se dirigió él a su padre.

–Sí, vuelve mañana.

–Entonces no, Cati –le dijo a la teclista–. Quiero hablarle de algunas cosas, y además, estando solo...

La muchacha dibujó una rápida sonrisa en su faz. Sus ojos en cambio eran como un mar muerto y desolado.

–Sí, claro, está bien –accedió.

Se dijeron adiós los unos a los otros y se dispersaron.

–¿Te llevo a alguna parte, Cati? –preguntó Fede.

Vic y Julián habían echado a andar.

–Vale, a donde quieras –aceptó ella con una voz muy distante y desangelada.

Te felicito. Lo estáis consiguiendo, de verdad.

–Estamos muy animados, papá, mucho. Creo que cada día que pasa las ideas son más claras. Hay un montón de buenas vibraciones. Es como si alargáramos la mano y rozáramos algo, algo grande.

–¿Puedo hacerte una pregunta personal, Vic?

–Sí, por supuesto.

–No quiero que pienses que me meto en tus cosas ni en tus rollos.

–Pregunta, hombre, ¿qué pasa?

–¿Tienes algo que ver con Cati?

–¿Con Cati? No, ¿por qué?

–¿No ha habido tampoco nada en ningún momento?

Vic bajó los ojos al suelo. Eran los dos únicos seres vivos que esperaban en la parada del autobús.

–¿Qué te hace pensar...?

–Has dicho que podía preguntar. Contesta.

El muchacho chasqueó la lengua, no en señal de fastidio, sino más bien de resignación.

–No hay nada, ni lo habrá, porque no es lo que se dice mi tipo –comenzó a decir despacio, rehuyendo la mirada de su padre–, pero una noche, este verano, después de actuar y salir por piernas de un pueblo...

–Me lo contaste. Por poco te rompes la mano. ¿Qué pasó?

–Nada. Lo hicimos y ya está. Y no me digas que me lo advertiste, ¿vale?

–No iba a hacerlo. Que te lo advirtiera no significa que no supiera que iba a suceder de todas formas, contigo o con cualquiera de los otros dos. Lo malo es que ahora esa chica está enamorada de ti.

–¡Qué dices!

–Está enamorada de ti –repitió Julián–. Lo sabes tú y, lo que es peor, lo saben los otros dos.

–Si lo está es su problema, yo no puedo hacer nada.

–Hiciste algo, punto uno. Y no es su problema, sino tu y vuestro problema, punto dos.

–A mí me sabe mal por ella –justificó Vic–. ¡Es una gran chica, en serio! Pero pensaba que con el tiempo todo se calmaría.

–Escucha, hijo, no quiero parecer San Dios ni nada parecido, sin embargo... sé de qué va esto. Verás, un grupo no lo forman cuatro o cinco personas, sino una unidad. Esas personas pueden tener sus propios rasgos, su identidad, su personalidad, pero forman parte de un todo, de un solo cuerpo central. Todo lo que no se hable, todo lo que no se aclare, queda ahí, en un poso, y tarde o temprano sale a la superficie convertido en un ácido que acaba corroyendo lo más esencial: esa unidad. Cuanto mayor es la sinceridad en una banda, más tiempo dura, aunque siempre haya peleas, diferencias y enfrentamientos. Es lógico. Un conjunto es un matrimonio entre varias personas. Si ya es difícil mantener un matrimonio unido, imagínate en casos así.

–Todos los grupos acaban separándose, tarde o temprano, y los que llevan veinte o veinticinco años se mantienen por la pasta.

–Tal vez, no digo que no, pero esos cinco primeros años, diez, en los que trabajan juntos todos y cada uno de sus miembros, son siempre los mejores. Los Beatles dejaron de ser los Beatles el día en que John, Paul, George y Ringo quisieron ser John, Paul, George y Ringo. Redescubrir el ego, recuperar la independencia y el individualismo, son parte del proceso. Pero ese proceso se inicia siempre el día en que uno se cree superior al otro, o mejor, o... diferente. Y ahora mismo, con Cati enamorada de ti, Fede y Emilio se sienten diferentes. Tal vez a uno de ellos le guste ella. Tal vez ella se sienta aturdida. Dejar pasar el tiempo no soluciona nunca nada. Enfrentarse a los hechos y clarificar las posiciones, sí. ¿Y tu novia?

–Bien, ¿qué le pasa a mi novia?

–Nada, no te enfades. Era sólo una pregunta para saber si todo seguía igual entre vosotros.

Apareció el autobús, igual que una flecha de color rojo. Casi tuvieron que detenerle a la carrera, emergiendo de la marquesina de la parada ante su irrupción. El conductor los taladró con una mirada atravesada, y arrancó de nuevo con un gran alarde de fuerza en cuanto estuvieron arriba. Vic sacó su tarjeta y la pasó dos veces por la máquina, mientras se sujetaban para no caer. Se dirigieron al fondo y ocuparon dos asientos libres y contiguos. No era muy tarde, pero en dirección al centro no viajaba mucha gente. Apenas una docena de personas que los miraron sin interés. Intercambiaron pocas palabras y bajaron en la plaza de Catalunya para coger allí otro autobús. Esta vez compartieron la parada con más gente, entre ellos tres parejas que se prodigaban los arrullos finales del día, ajenos a todo lo que no fuera su breve universo personal.

Vic no quería seguir hablando de Cati, ni de Sonia, ni del grupo. Las parejas le hicieron llegar algo a la cabeza. Vaciló un instante.

Bien, ¿acaso no había dicho él mismo que lo mejor siempre era enfrentarse a la verdad?

–Creo que mamá acabará casándose con el abogado –anunció de pronto.

Julián pareció no reaccionar.

–Es lógico –dijo por fin.

–Sí, supongo que sí –reconoció Vic–. Está viendo llegar los cuarenta con verdadero horror.

–Si se casa con él será por algo más.

–¿Tú también pasaste la crisis de los cuarenta?

–No. Yo la pasé a los treinta.

–¿Los treinta?

–Sí, los treinta, ¿qué pasa? ¿Es que no puede tener cada cual la crisis cuando le venga en gana? Para mí, los veinte años fueron lo mejor, y siempre veía los treinta como una barrera, la madurez, así que al llegar a ellos me entró la depre.

–¿Y cómo saliste de ella?

–John Lennon me echó una mano. Dijo una frase que... me hizo comprender muchas cosas.

–Vamos, suéltala, no te quedes con las ganas.

–Iba a hacerlo igualmente, pelma –rezongó Julián–. Lennon dijo: «De repente tienes treinta años, ¡y queda tanto por hacer!».

–¡Joder! –exclamó Vic–. ¡La sopa de ajo!

–Puede parecer de lo más lógica, pero a mí me ayudó, y para él mismo no fue casual. Hay que haber vivido mucho para llegar a sintetizar tanto las cosas en tan pocas palabras. Y sobre todo saber qué se siente y cómo te afecta.

Llegó el nuevo autobús. Las parejas reaccionaron, aceptándolo en su mundo, aunque él iba a acercarlos a la separación de cada día. Las restantes personas se dispusieron a quemar sus últimas energías cotidianas, con el reclamo del hogar al final del camino. Julián y Vic volvieron a ocupar dos asientos solitarios, al fondo.

–¿De verdad no te importa que mamá vuelva a casarse?

El rostro de su padre se llenó de sinceridad.

–¿A mí? ¿Por qué iba a importarme? Tiene su propia vida, y ya es hora de que la comparta con alguien más que contigo. Me alegraré mucho por ella.

–Creo que yo también me alegraré, aunque...

–¿Aunque qué?

–Cuando se casen no quiero vivir con ellos, no me parece lógico. ¿Qué pinto yo allí? Pero me da en la nariz que mamá lo sabe y por eso le da largas.

–¿Cómo que no quieres vivir con tu madre? ¿Qué piensas hacer? No ganas lo suficiente para montártelo solo, y con Montse y conmigo...

–He hablado con Fede. A lo mejor alquilamos un piso pequeño, un estudio o algo así. Tampoco se necesita mucho.

–Oye –el tono de Julián fue enérgico–, no le hagas eso a tu madre. Espera un poco.

–¿Esperar, a qué?

–¡Coño, dale tiempo! ¿No ves que necesita libertad para decidir, sin presiones?

–¡Pero si es mejor para todos! Si se casan, ¿qué pinto yo allí en medio?

–¡Es tu casa!

–¿Y eso qué tiene que ver? ¡El otro día llegué inesperadamente, a media tarde, y estaban haciendo el amor! ¡Es de los que aúllan como un loco! No sabía dónde meterme, ni qué hacer para que no supieran que estaba allí, ¡menudo número!

Julián le dio un manotazo.

Medio autobús giró la cabeza en su dirección.

–¡Grita más!, ¿quieres? –cuchicheó el hombre.

–¡Pero es que es verdad!

Se le escapaba la risa, incontenible, a borbotones. Se tocó la cabeza, allá donde Julián le había dado el golpe. Su padre hizo ademán de repetir el gesto.

–¡Mira que eres...! –masculló.

Estalló la primera risa, y ésta dio paso a una carcajada. Julián no pudo reprimirse. Le secundó. Comenzaron a reírse sin poder evitarlo, cada vez más, y sus ojos se llenaron de lágrimas por el esfuerzo. El autobús entero los miraba ya, incluidas las parejas, divertidas. Los dos se agitaron en mitad de aquella diáspora absurda, hasta que Vic gritó:

–¡La parada!

Y echaron a correr por el autobús, bajaron de él y luego quedaron en mitad de la calle, todavía riendo a carcajadas, más y más, abrazados como dos extravagantes locos en la noche.

Solos.

Pero llenos el uno del otro.

Álvaro Puig, director de Karma Discos, mantuvo un prolongado silencio después de que la última de las canciones hubo dejado de sonar. No se movió.

Aguardó a que la cinta llegase al final. El clic del aparato fue lo que le hizo reaccionar.

Frente a él, sentados en las butacas y el sofá de la pequeña sala de audición, Vic, Fede, Emilio y Cati esperaron con la respiración contenida.

–Está muy bien –reconoció–. Verdaderamente bien. Mucho mejor que lo primero que me pasasteis.

–Uno de los temas es el mismo –dijo Vic.

–Pero lo habéis trabajado más, y se nota. Quiero decir que esto –señaló la cinta–, tiene entidad, es sólido, inteligente y al mismo tiempo vendible, que es más de lo que puede esperarse en la mayoría de los casos.

–Nosotros pensamos que es lo que estábamos buscando –indicó Fede.

–En dos o tres semanas tendremos material suficiente para grabar un CD –aseguró Emilio.

Álvaro Puig levantó una mano.

–No corráis tanto –pidió–. Para grabar diez temas hay que tener veinte o treinta, y seleccionar bien.

–Entonces, ¿te interesa? –preguntó Cati.

–Desde este momento... podemos empezar a hablar.

–¡Bien! –exclamó ella.

–¿Quién más tiene eso? –volvió a señalar la cinta.

–Nadie –aclaró Vic–. Fuiste el primero en abrirnos una puerta, y eres el único que lo ha escuchado. Nosotros jugamos limpio.

–De todas formas, el que esté bien no quiere decir que vayan a pelearse por vosotros.

–Lo sabemos.

–Pero nos gustaría salir de aquí con una idea clara de lo que podemos hacer –sugirió Fede.

El director de la compañía independiente movió la cabeza verticalmente. Juntó las yemas de sus dedos y apoyó la barbilla entre los pulgares y los índices. Era un hombre joven, en torno a los veintisiete años, perspicaz, intuitivo, abierto, uno de los pequeños y nuevos geniecillos de la industria del disco surgidos al amparo de los años noventa, especialmente con la recuperación del mercado y el auge discográfico de finales de los ochenta. Karma todavía no era más que un grano en el cogote de las multinacionales, Sony, WEA, Emi, BMG Ariola, pero una buena infinidad de aquellos granos había producido la urticaria necesaria a lo largo de los últimos veinte años como para que muchos empezaran a rascarse. La compañía apenas tenía un catálogo formado por cien discos, la mayoría producciones de bajo coste y tiradas mínimas. Una línea de hip-hop parecía ser su baza más rentable. Dos o tres grupos locales pugnaban por abrirse camino desde la nada. La política base y casi única con la que contaba se resumía en una palabra: agresividad. Lo mismo que todas las independientes.

Y también ingenio, imaginación, flexibilidad...

–Os seré franco –dijo Álvaro Puig–. Creo que el concepto es bueno, el sonido es mejorable, las canciones interesantes y tú –apuntó a Vic con un dedo– tocas y cantas bien. Los ingredientes están ahí, sólo falta explotarlos. Ahora hay que buscar la fórmula.

–Grabar un disco, ¿no? –dijo Cati.

–No es tan sencillo, querida –el tono del director se hizo más profesional. Daba la impresión de seguir pensando, razonando, mientras hablaba–. Hay muchas fórmulas tratándose de una compañía pequeña y de un grupo nuevo. Supongo que si fuéramos Sony o la WEA, os tendría unos meses aparcados, haciéndoos trabajar como enanos, antes de meteros en un estudio de grabación y jugarme el dinero, porque ellos se lo juegan sobre seguro y a ganador. Nosotros, Karma, en cambio, tenemos otros condicionantes.

–¿Cuáles? –preguntó Fede.

–Si grabamos un mini CD de bajo presupuesto, adecuado a nuestras posibilidades, lo más seguro es que os perdáis y no deis todo lo que podéis dar de sí. En una palabra: comenzaréis mal. Si grabamos un CD como sería de desear, tal y como lo veo yo, podemos ir a una producción de un mínimo de sesenta mil euros, a todas luces deficitaria a no ser que realmente demos con una canción que lo mueva en single o seáis la leche. Y entonces será peor: quemados a la primera. Y estamos hablando de discos, sin pensar en vídeos, porque eso son ya palabras mayores. Hoy en día un vídeo tirado no te baja de doce mil euros y algunos grupos han llegado a los treinta mil por los suyos.

–Entre grabar un CD bajo mínimos, y hacerlo con entidad, preferimos jugárnosla en esto último, vídeo barato incluido –dijo Vic.

–Ahí es donde voy –corroboró Álvaro Puig–. No me parecéis un grupo mediocre, al contrario: tenéis fuerza y calidad para enfrentaros a lo mejor. Yo os puedo prometer respaldo, movimiento, trabajar las veinticuatro horas del día, porque además es mi negocio, pero Karma Discos no puede invertir millones en la producción que necesitáis. Si yo pusiera ese dinero me hipotecaría, y estaríamos en el segundo de los puntos que os acabo de exponer, el del déficit.

–En una palabra: nos estás sugiriendo que nos produzcamos nosotros mismos –aclaró Fede.

–En una palabra: sí –sonrió, como si ése fuera un punto irrefutable, Álvaro Puig–. Claro, podéis pensar que si tenéis pasta para eso, no os hago falta, porque entonces vais y le dais el disco a una multinacional para que os lo distribuya, o mejor aún, si el resultado es bueno, se lo vendéis a ella y recuperáis la inversión. Pero... esto tampoco funciona así. Hubo un tiempo en el que aún era posible. Ahora es difícil. Si una multinacional quiere, puede, y si puede, quiere. Si hacemos esto nosotros, Karma o XYZ, lo moveremos nosotros. Aun sin poner ese dinero, yo me arriesgo. Las multinacionales van sobre seguro... y aun así, a veces se la pegan y apuestan por cada miermo... ¿Habéis pensado en algún productor?

–Jo Mungo –dijo Cati.

Álvaro Puig enarcó las cejas y ladeó la cabeza.

–Picáis alto, está de moda.

–No lo hacemos porque esté de moda, sino porque nos gusta cómo trabaja y lo que hace, su sonido, la imaginación que le pone –aseguró Emilio.

–Entonces estamos hablando de sesenta mil euros, definitivo –convino el hombre de Karma Discos–. Y tanto da que salgáis de aquí y os vayáis a otras independientes. Os dirán lo mismo que yo.

–No tenemos ese dinero –dijo Vic.

–No tenemos nada –apostilló Emilio.

–Habrá que estudiarlo –tanteó Puig–. Podemos hacer un contrato de coproducción, situar márgenes con los que yo pueda operar, *royalties* bajos... Lo que sí os aseguro es que si llegamos a un acuerdo, meteré toda la carne en el asador.

–¿Por cuánto sería el contrato? –preguntó Vic.

–Tres CD's, o cinco años, individual y colectivo, por supuesto.

–¿Atados y bien atados?

–No, eso ya no se estipula. Siempre hay cláusulas adicionales que protegen los intereses de ambas partes. Si no estáis a gusto en Karma, o yo me vuelvo loco y os estafo, podéis ir os pagando una compensación. O si al final os ficha una multinacional, como pensáis, como piensan todos. Sin embargo... dejadme que os diga algo: hoy los grupos inteligentes saben lo que les conviene. Es mejor estar «en casa», ser fieles a algo. Cuando llega el éxito poco importa ya que la compañía sea una *major* o una independiente.

–De todas formas estamos en el mismo punto –mencionó Vic abatido–. Si nos produce Karma, el presupuesto es demasiado bajo, y buscar nosotros el dinero...

–Tomáoslo con calma, trabajad esos temas y apostad fuerte por vosotros mismos. Es todo lo que puedo deciros. En música precipitarse tampoco es bueno. Hay que esperar el momento preciso, saber valorar las oportunidades. Si os sirve de algo que hagamos un precontrato... Tal vez sea una garantía para encontrar el dinero o conseguir que Jo Mungo rebaje sus pretensiones.

Cati resumió el sentir general estallando imprevistamente.

–¡Jo, tíos! ¡sesenta mil euros! ¿Pero sabéis vosotros lo que es toda esa pasta?

–¡Es increíble! –gritó Vic–. Si fuéramos peores, nos produciría Karma Discos y ya está. Si fuéramos mejores, nos habría fichado una multinacional y en paz. Pero somos mejores de lo que puede financiar Karma y peores de lo que ahora mismo interesa a cualquier multinacional. Total: aquí estamos. ¿Cómo se come eso?

Julián levantó el vaso.

–Bienvenido al mundo de la música en España –brindó.

–Sí, hombre, encima tómatelo a guasa.

–No me lo tomo a guasa, al contrario. Me lo tomo muy en serio.

–¿Por qué no vais a otras compañías? –preguntó Montse.

–Fede estuvo ayer en otras dos, de aquí, de Barcelona –explicó Vic–. A una no le interesamos, y la otra lo puso aún más crudo que Karma. Habíamos hablado de irnos a Madrid, que es donde está la mayoría, pero... Creo que ese tal Puig es sincero, realista y también creo que Karma lo haría bien. Lo malo es que llevamos dos semanas sin casi ensayar ni avanzar en los nuevos temas.

–Podías haber llamado por teléfono –apuntó Julián.

–Lo siento, no estaba para nada.

–Os habría podido acompañar.

–Ya lo sé, papá. De todas formas estamos prácticamente decididos.

–¿A qué?

–A buscar ese dinero, producirnos, hacer un buen primer disco.

–Hombre, eso sería estupendo, lo mejor, pero sigo pensando que podríamos hacer un mini CD, sin más, y así os rodáis, tanteáis el mercado, os promocionáis un poco y veis reacciones. Siempre estáis a tiempo de meter luego esos temas en un CD según cómo vayan las cosas.

–No, eso sería como hace veinte años, cuando se sacaba un single de prueba y si no funcionaba ya no había álbum.

–Entonces lo que no entiendo es la prisa.

–Vamos, Julián –dijo Montse–. ¿Qué chico joven no tiene prisa hoy? Hasta tú llevas siempre el sello de urgencia en la frente.

–Papá, antes nos lo tomábamos con más calma –justificó Vic–, pero ahora, con lo que estamos haciendo, nos pican los dedos y nos hierve la sangre. Cuando no hay posibilidad de grabar, se trabaja y se va viendo cómo está todo, pero ahora una compañía nos ha dicho «adelante», tenemos luz verde. ¿Te imaginas?

–Sí, yo también grabé un primer disco, conforme. ¡Claro que sé lo que es eso! La diferencia es que hace veinte años las cosas eran más sencillas. ¿De dónde vais a sacar el dinero?

–No tenemos ni idea. Lo único que tenemos claro es que vamos a empezar bien. Le enviamos una cinta a Jo Mungo y esta mañana nos ha llamado, entusiasmado. Ésa es la buena noticia del día. Cree que puede hacer un buen trabajo, es más, está seguro. Me ha comentado un par de ideas, hemos discutido algunos conceptos, me ha sugerido un cambio de estilo en «Flor gris» y una nueva sonoridad para «Mañana te diré hola». ¡Dios, le notaba la excitación en la voz!

–Si tan seguro está el tal Jo, ¿por qué no trabaja gratis, a porcentaje, como otros?

–¡Papá! –exclamó Vic.

–No le hagas caso –dijo Montse–. Lleva dos o tres días que le da la vuelta a todo.

–¿Yo? –la cara de Julián fue un poema.

–Sí –atacó ella–, esperando la actuación de esta noche como un niño con zapatos nuevos, y más nervioso que un flan, a tus años.

–¡Pues sí, vaya! –se defendió él–. ¡Es la primera vez que vamos a tocar juntos!, ¿no? Y encima el señorito no da señales de vida hasta hoy. ¿Quién se piensa que es, Clapton? Vamos a tener que ensayar toda la tarde con Pepe.

–Pero ¿no dijiste que era una cosa improvisada, en plan jazz y todo eso, y que

Pepe y tú os conocíais el uno al otro como si os hubierais pasado la vida tocando juntos? –protestó Vic.

–¡Pepe y yo sí, pero si vas a ser el tercero... por lo menos tendrás que saber cuándo tocar y cuándo parar, cuándo acompañar y cuándo soltarte el pelo y quedarte solo, digo yo!

–No grites, por Dios –gimió Montse.

–Si no grito. Lo que pasa es que por un momento, ya ves tú, llegué a pensar que era importante para éste tocar en público en un sitio como La Cova del Drac y sacarse un dinero.

–De paso, ¿por qué no agregas que lo importante es que toque contigo? –le pinchó Montse.

Ante el estupor de su padre, Vic optó por beber un trago de agua y disimular sus ganas de reír. Montse le guiñó un ojo.

–¿Qué, conchabados? –espetó Julián–. Os debéis creer graciosos, ¿no?

–Acaba de comer, que te va a sentar mal –le ordenó ella–. Sabes que en estas reuniones jazzísticas cuanto más raro sonéis y más parezca improvisado, más entusiasmo a los novísimos y para cuarenta o cincuenta personas que habrá...

–¡Es una actuación y tanto da que sean cuarenta como cuarenta mil!

–¿Has actuado ante cuarenta mil personas, papá?

–¡Naturalmente que sí! ¡En el...!

–Julián –gimió Montse–, si sigues gritando, esta noche voy a tener la cabeza del revés y me saldrá todo mal. Le hablaré en francés al inglés y en alemán al francés.

–Ésa es otra –lamentó el hombre–, mira que trabajar hoy, ¡dichosa cena! La primera vez que este mono y yo tocamos juntos...

–Espero que no sea la última –dijo Montse.

–Le llevaré de telonero en nuestra primera gira –manifestó Vic con desenfado.

Montse lanzó una carcajada. Vic ya no pudo reprimirse más.

–¡Lo que hay que aguantar! –rezongó Julián.

–Venga, ayudadme a quitar la mesa –ordenó ella poniéndose en pie–. Menos coñas que tenéis que salir a escape para ensayar y yo he de empezar a arreglarme, que nos esperan a las cinco para la recepción oficial.

La obedecieron sin chistar, Vic todavía sonriendo y su padre sin estar demasiado convencido de si la cosa había ido realmente en broma o qué. Llevaron platos y vasos, cubiertos y servilletas, jarras y botellas hasta la cocina, y lo repartieron todo entre el friegaplatos, los estantes y el cubo de la basura. Cuando Montse se metió en la habitación, ellos dos fueron al estudio.

–Para lo eléctrico, ¿qué prefieres? –preguntó Julián.

–Pensaba llevarme mi guitarra.

–Hoy es un día especial. Llévate la Gibson. Yo tocaré con la Martin, y la Adams para lo acústico, que la Ovation no te la dejo.

Vic abrió la boca.

–¿De verdad...? –balbuceó impresionado.

–De verdad, y así cuando me contrates de telonero, por lo menos me pagarás bien, descastado.

Le puso las dos guitarras en las manos. Luego buscó las fundas. Vic ni siquiera se movió. Continuaba alucinando ante la idea de tocar en vivo con una Gibson.

–Vaya –dijo su padre recuperando el dominio de la situación–, parece que sí hay algo que te deja sin habla. ¿Me ayudas o qué?

Reaccionó. Metieron las cuatro guitarras que iban a llevar en sendas fundas protectoras y las dejaron junto a la puerta. No tenían que llevarse altavoces. Los ponía la propia Cova del Drac. Iban a salir cuando Julián le detuvo.

–Vic, escucha, en cuanto a ese disco... bueno, es mucho dinero, pero yo podría...

El muchacho no le dejó seguir hablando.

–No, papá, de verdad, te lo agradezco. Tú ya has hecho bastante, y esto es cosa nuestra, de todo el grupo.

–Pero quizás... –trató de insistir él.

–En serio, aunque te juro que te lo agradezco igual. Gracias.

No pudo continuar. Vic ya había cogido sus dos guitarras y estaba fuera del estudio. Le imitó.

Ni siquiera pudo ver el súbito brillo y la emoción surgida de golpe en los ojos de su hijo.

Habían tocado ya muchas veces juntos, en el estudio, de noche, enrollados más allá de las palabras y unidos por el vínculo intenso de la música, y también habían tocado a lo largo de toda la tarde, para establecer unos patrones mínimos de acción con destino a dar cohesión a la actuación de la noche. Sin embargo, nada, absolutamente nada como aquello.

Aunque se tratase de cincuenta personas, no más.

En realidad eran Pepe y su padre los que llevaban el peso, pero él no era un comparsa, era el tercero en discordia, o mejor decir en concordia. Situado como complemento, llevando el ritmo, permitía que ellos dos marcaran los más altos contrapuntos solistas. Sin embargo, constantemente le abrían las puertas a la individualidad, el lucimiento, la improvisación, y todos sus temores, sus miedos o inexperiencias, habían quedado olvidados en apenas unos segundos, los primeros e iniciales, cuando Julián le gritó:

–¡A por ellos, esta noche son tuyos!

Y lo eran. Podía tratarse de medio centenar de rostros anónimos; sin embargo, estaban lo suficientemente cerca como para que pudiera verlos, sentirlos, recibir su ánimo; la energía que fluía de los tres músicos pasaba por el tamiz del auditorio, y volvía a ellos en forma de invitación al sumergimiento y al éxtasis. Cincuenta o cincuenta mil, su padre tenía razón. Era un buen público, enrollado, noctámbulo, jazzístico. Los premiaban con aplausos y con leves gritos, algún que otro silbido de admiración, el ritmo mantenido con los pies. Vic no conocía a Pepe hasta aquella tarde, pero era muy bueno, casi tanto como su padre. Otro veterano ilustre que hubiera podido enseñar a toda una generación.

–¡Ya, Vic, ya, ahora!

Y se lanzaba pisando a fondo, soltando las manos. Primero creyó que se le agarrotarían. Ahora en cambio le era imposible detenerlas. Se movían solas, estaban llenas de ritmo, lo mismo que su mente y su corazón. Cada dedo pulsaba la cuerda adecuada en el instante adecuado, y con la intensidad y el toque precisos. Cuando cogía la eléctrica, la púa se movía arriba y abajo igual que en un laberinto matemático formado por notas. Tocaba. Tocaba como nunca había tocado. Era un fluido energético vital y embriagador. Y si no le bastaba consigo mismo o con su público, no tenía más que mirar las manos de su padre. ¿Cómo era posible? ¡Dios!, ¿cómo era posible?

¿Por qué un músico como él no estaba en el Olimpo sagrado de los dioses?

¿Por qué?

Una hora. ¿Ya? El bis. Julián desparramando el más claro de los punteos, y Pepe respondiéndole. Vic llevaba el peso rítmico. Más. Más. Quería tocar hasta reventar, y que la noche no terminara. Era la primera vez que sentía el fuego en su sangre, el auténtico fuego del rock, se llamara como se llamara.

También era la primera vez que veía más allá de lo que nunca había visto a su padre, lo que valía, lo que representaba. Y le entendía. Podía entenderle.

Valorarle.

Dejaron de tocar, Pepe y él. Julián se quedó solo para llevar el clímax hasta lo más álgido. Vic miró a la gente. Percibía su vibrar y su admiración. El hombre calvo de la barba y la pipa, agitando la cabeza; el joven con aire intelectual y su compañera, chupada y sofisticada, moviendo las manos por encima del mármol de la mesa como si le acompañaran al piano; la belleza de la primera fila, de piernas muy largas, boca grande y ojos profundos, absolutamente pendiente de Julián.

Devorándole desde su presencia.

Su erotismo.

La habían visto los tres, pero él se despreocupó de ella. Era un buen pedazo de mujer. Treinta o más años. Ahora se fijó un poco más. No por sí mismo.

Por su padre.

Él también la miraba, sonreía, hablaba con sus ojos y la acariciaba con sus manos. La guitarra era ella.

Tocaba para ella.

La sorpresa, quizá por lo inesperado, le hizo perder concentración. En el momento en que Julián terminó el solo y marcó el punto de inflexión en el cual debían unírsele ellos dos, Vic vaciló una fracción de segundo. Suficiente para hacerle entrar tarde, desacompasado. Pepe le miró. Julián no. Aceleró el ritmo y atacaron el trance final.

La mujer y su padre estaban volando en solitario, lejos de allí.

Y comprendió que tal vez lo hubieran estado haciendo desde el comienzo de la actuación.

Se concentró en el poderoso estallido rítmico de cierre. Los tres volcados sobre sus guitarras, con sus manos derechas invisibles a causa de la velocidad con que las movían por encima de las cuerdas. Cinco, diez, quince segundos, inflexión, otros cinco y...

Pararon en seco. Apenas hubo una millonésima de tiempo de silencio entre su acción y el arrebató del público. Los aplausos sonaron vivos y fuertes, sinceros, espontáneos. Se levantaron para enfrentarse a los rostros sonrientes que llenaban cómodamente el pequeño local subterráneo y saludaron con leves inclinaciones, señalándose el uno al otro, como si quisieran pasar el mérito al compañero lejos de ostentarlo por sí mismos. Hicieron ondear las guitarras, símbolo máximo del poder que allí, por espacio de una hora, se había desarrollado omnipresente.

La mujer sentada frente al escenario aplaudía con lasitud.

Pero en sus ojos de fuego ardían mil intenciones, todas ellas vitales.

Julián la miró, sin disimulo, y le guiñó uno de los suyos.

Vic supo que aquél había sido el diálogo más extenso y a la vez concentrado, sin necesidad de palabras, pero se olvidó al instante cuando los tres se retiraron hacia los pequeños vestidores, llevándose las guitarras. Todavía en el vestíbulo, Pepe fue el primero en hablar.

–Muy bien, chico –reconoció sinceramente.

Julián dejó sus dos guitarras. Vic se lo encontró encima. La fuerza del abrazo le ahogó, y también le sorprendió. Por lo general la relación que iba estableciéndose entre los dos era contenida, intensa pero de hombre a hombre más que de padre a hijo, o al menos así se lo parecía a él. Aquél, por contra, era el abrazo de un padre orgulloso y sentimental.

Muy sentimental.

–¡Putra madre, Vic! –le oyó decir con voz ahogada–. ¡Putra madre!

Cogieron un par de coca-colas y una cerveza, esta última para Julián. Pepe fue el único que se sentó, como si hubiera estado de pie toda la noche. Estaba algo gordo, barrigón y tenía ya poco pelo en una coronilla que se extendía por su cabeza como una imparable mancha de aceite.

–Si montaras unos números y ensayarais un poco, no como hoy que nos lo hemos cocinado y comido en unas horas, podríais hacéroslo bastante bien –le dijo a Julián.

–Éste es un rockero, y tiene su grupo –manifestó Julián.

–¿Y qué? ¿Aún no sabe que para vivir de esto ha de estar en cinco sitios a la vez?

–Bueno –el tono de Julián fue despreocupado–, siempre podemos hacer algo cuando nos venga en gana.

Pepe aún seguía igual, y Vic se preocupaba de guardar las guitarras en las fundas. En cambio Julián ya se había quitado la camisa y secado el sudor. Parecía tener prisa.

Su amigo se dio cuenta de ello.

–¡Eh! ¿no me digas que...? –se quedó a mitad del comentario y sonrió.

Vic miró a su padre. También sonreía, mordaz e intencionado.

No hizo falta preguntar nada. Ni siquiera les dio tiempo a volver a hablar. Por la puerta abierta del camerino apareció una silueta. Se concretó bajo la tenue luz, igual que un reflejo, y se hizo realidad al detenerse y apoyarse en el marco. Lejos de su espacio físico entre el público, la mujer llevaba ahora todos sus poderes impresos en la piel, en su propio magnetismo.

Lo mismo que Pepe y Julián, su sonrisa lo decía todo.

–Hola –la saludó Julián.

–Hola –dijo ella.

–¿Te ha gustado? –continuó él. La mujer asintió con la cabeza.

–Salgo en cinco minutos, ¿de acuerdo?

Repitió su gesto, pero no se movió. Sus ojos recorrieron el torso desnudo del hombre. Después acentuó ligeramente aquella sonrisa que ahora era una pantalla abierta.

–Te espero fuera –dijo finalmente.

Se dispuso a retroceder, con la misma lentitud perezosa y sensual, cuando Julián la detuvo.

–¿Cómo te llamas?

–Eva.

–Yo Julián.

–Ya lo sé –aseguró ella.

Y se marchó, dejándolos solos de nuevo.

–¡Joooder! –exclamó Pepe rompiendo el silencio–. ¡Te vas a poner las botas, tío! No has perdido forma, ¿eh?

Julián miró a Vic. Éste tardó demasiado en reaccionar. Su padre le puso una mano en el hombro. Creía que iba a decirle otra cosa y, sin embargo, fue aquello.

–¿Te ocupas de las guitarras, Vic?

–Sí, pero...

–Coge un taxi. ¿Podrás con todo? Ah, otra cosa...

–¿Qué?

–Después de actuar tú y yo nos hemos ido a tomar algo y a charlar, juntos, por ahí, ¿conforme? Si Montse te pregunta...

El extraño vacío que tenía en el estómago se acentuó. La risa de Pepe, repitiendo su admiración, lo aumentó progresivamente. Ahora ya no era su padre, era un colega, un camarada. Los dos eran músicos cargados de adrenalina en mitad de una noche joven.

Pero él no podía olvidar a Montse, ni a su propia madre. No ahora, sino años atrás.

Y de pronto pensó en Sonia.

Incluso en Cati.

–Sí, papá –se oyó decir a sí mismo.

Julián le dio un cariñoso cachete.

–Buen chico –fue lo último que dijo antes de comenzar a ponerse una camisa limpia.

Bajó del autobús y echó a andar sin dejar de repetir la frase musical que desde una hora antes danzaba por su cabeza. Si tuviera dinero... Su padre se lo había dicho varias veces:

–Un magnetófono pequeño en el bolsillo, siempre, para grabar cualquier cosa, lo que se te ocurra, y en cualquier parte. Una idea, una letra, una melodía...

Y le ocurría a menudo, seguramente porque estaba lleno de música, de armonías, de una tensión que le empujaba sin descanso, y mucho más en aquellas últimas semanas. Ahora cada canción que componían o trabajaban era aún mejor que la anterior. De pronto tenían entre las manos un fluido que manaba incesante. Álvaro Puig les habló de veinte o treinta canciones, ¡y disponían de casi cuarenta bocetos sobre los que moverse, a la espera de que Jo Mungo los ayudara a realizar la selección!

Si es que llegaban a trabajar con él.

Si es que llegaban a grabar el maldito CD.

Se olvidó del dinero. No quería perder el hilo de aquella frase. Era un compás muy exuberante, vital. Buscó una letra adecuada, y luego lo imaginó con la guitarra... no, la guitarra no, demasiado eléctrico. Mejor el piano, ¡sí, mucho mejor! Piano con respuesta de sintetizador. Después siempre podía doblarse con el ritmo y finalmente repetirlo una tercera vez con todo el instrumental.

Aceleró el paso. Por suerte cada miembro del grupo disponía de su propio juego de llaves para acceder al local de ensayo y practicar por su cuenta. A semejante hora no habría nadie, ni siquiera en los demás locales, aunque siempre quedaba algún pirado, alguien tan loco como él. Sabía que a veces alguno de los músicos de los muchos grupos que allí ensayaban se quedaba a dormir, por no tener

adónde ir. Formaban un curioso enjambre, una mezcla increíble. Extractos de todas las tribus urbanas y de las distintas clases sociales de la gran ciudad. Veinte grupos, cien personas o más, y había heavies, punks, raperos... Desde el pop más comercial a la electrónica más experimental. Desde el tío que tenía su Golf GTI aparcado fuera hasta el más colgado de los candidatos a cadáver. Y, sin embargo, en cada uno de aquellos cubículos de escasos metros cuadrados, se cocían los mismos sueños e ilusiones, las mismas ansiedades. La música los hermanaba, aunque las intenciones no fueran siempre las mismas. Para unos era el éxito y la fama, la gloria, el dinero y el poder, y para otros la realización simple y pura, la necesidad y la ansiedad, aunque en el fondo, para todos, el reclamo no dejaba de ser siempre el mismo, se llamase como se llamase, y se enmascarase como se enmascarase.

Los nuevos dioses.

Alguien había escrito en alguna parte, no recordaba dónde: «Si Jesucristo volviese hoy al mundo, predicaría con una guitarra en la mano».

Llegó a la nave, en otro tiempo industrial, ahora residual. Abrió la puerta exterior y la cerró de nuevo una vez dentro. Las normas eran muy estrictas en ese sentido. Cada grupo tenía un líder que se hacía responsable de la seguridad, y todos los líderes se reunían una vez al mes, casi como en una comunidad de propietarios, para exponer sugerencias y razones, quejas y problemas. Ésa era una de las innovaciones más importantes con relación a otros espacios habilitados para alquiler de locales de ensayo. Repitió una vez más la frase musical y caminó a buen paso dirigiéndose a su puerta. Tal y como imaginara, escuchó un par de sonidos. Uno procedía de su derecha, una guitarra eléctrica enloquecida prodigándose en un solo espantoso y carente de técnica, y otro de su izquierda, un saxo, repitiendo una y otra vez una escala. Le gustaba el sonido del saxo, siempre y cuando se aplicara debidamente en una estructura musical. John Mayall lo había hecho bien en los tiempos de «Turning point». El padre blanco del blues británico siempre supo utilizar buenos músicos, ya fuesen guitarras como Clapton, Taylor y Green, o saxos y demás instrumentos de viento como John Almond o Dick Heckstall-Smith.

El tema. El tema. Lo grabaría con el casete que utilizaban, y puesto que ya estaba allí, lo trabajaría para darle forma. Con suerte tal vez lo dejase casi listo, y por la noche lo haría escuchar al resto. No valía la pena volver al centro. Tomaría un bocadillo en el bar.

Se detuvo frente a la puerta de su local. Buscó la llave de la cerradura. La introdujo en ella, le dio la vuelta y entró.

En el momento de dar la luz escuchó las voces.

El ruido.

La reacción inesperada de la sorpresa.

Cati y Fede estaban en un rincón, sobre una colchoneta hinchable, desnudos. Habían apartado los teclados de ella para permitir un mínimo espacio. Antes de reconocerse unos a otros se sintieron dominados por la tensión. Cati se tapaba los pechos con ambas manos, doblada sobre sí misma. Fede fue el primero en hablar.

–¡Cagüen...! ¡Vaya susto nos has dado, tío! –lamentó.

Vic estaba inmóvil, superado por el desconcierto.

Ni siquiera la expresión de Cati le ayudó.

–¿Qué estás haciendo aquí a estas horas? –rezongó Fede poniéndose en pie.

–Quería trabajar una idea.

–Bueno, pues menos mal que no has llegado hace media hora –Fede cinceló una mueca de suficiencia en su rostro–. Danos diez minutos, ¿quieres?

Fue su presencia la que le obligó a salir. Lo último que vio fue a Cati cerrando los ojos y llevándose una de sus manos a la cara.

Ya fuera de su alcance, la voz de Fede se hizo murmullo al decir:

–¡Coño, tío, otra vez llama antes si vienes fuera de hora!, ¿vale? Con lo que me ha costado... si llegas a joderme el asunto te capo.

Vic echó a andar por el pasillo.

El sonido del saxo, a veces, también podía ser muy triste.

Julián paseó una rápida mirada por la habitación. No había mucho que ver, pero lo poco que se manifestaba ante sus ojos era como la muda presencia del espectro final, la pantalla tras la cual sólo quedaba el vacío del olvido. Cuatro paredes casi desnudas, con desconchados producidos por la humedad, apenas unos estantes semicubiertos por algunos libros viejos y por papeles alborotados, una mesa de madera carcomida cubierta por un tapete escandaloso de cuadros blancos y rojos, y llena de platos sucios en los que los restos de la última cena parecían proceder de un remoto pasado, cucarachas tranquilas y despreocupadas en un rincón, agitando sus antenas, y una ventana en la que el cristal se mantenía más o menos fijo gracias al cuidado del esparadrapo y la cinta adhesiva que unía la zigzagueante serie de caminos abiertos en su superficie, después de algún golpe inesperado.

No había ninguna silla. Tuvo que sentarse en la cama, junto a él.

–¿Quién te ha dicho...?

–Pepe –dijo Julián–. Toqué la semana pasada con él.

–¿Qué tal?

–Bien, como siempre.

El hombre se apoyó en la pared. Llevaba una raída bata de color incierto sobre una especie de pijama sucio y manchado, de tal forma que en algunas partes la sensación era de acartonamiento. Estaba más que delgado: enteco, chupado, con los ojos muy hundidos en el fondo de las cuencas y los pómulos salidos, cabalgando sobre una rala barba de varios días, blanquecina y al mismo tiempo amarillenta. Ése era el único proyecto de color albergado en el tono ceniciento de la piel.

–¿Por qué no me llamaste, Manu? –quiso saber Julián.

–¿Para qué?

–Todavía somos amigos. Quedamos ya muy pocos en pie –iba a decir «de nuestro tiempo», pero prefirió no hacerlo. Después de todo, ¿no era éste, también, su tiempo?

–¿Y para qué dar el coñazo? –justificó Manu–. Todos tenemos problemas.

–Pepe me dijo que te habías salido.

–Sí, ya ves. Al final parece que lo he conseguido, aunque... cuando ya es demasiado tarde.

–Nunca es demasiado tarde.

–Tú te libraste antes, cuando aún podías luchar y creer en algo. Yo...

Tenía tres años más que él. Sólo tres años. Y semejaba un anciano de setenta. Miró sus manos. Fueron las más rápidas y versátiles en un momento en que un enjambre de rockeros iba a la caza de un nuevo compás, desesperados por aprender, por llegar, por ser. Manu le había dado la primera oportunidad. Le dijo: «Haz esto», «haz aquello», «toca así», «ve por ahí». El empujón decisivo. Le respetaba.

Ahora no era más que una sombra.

Y sus manos, dos sarmientos retorcidos por la enfermedad que ya empezaba a devorarle.

–¿Por qué no estás en un hospital?

–¡No jodas, tío! Da lo mismo. Cuando ya no pueda más, acabaré de romper ese cristal –señaló la ventana.

–¿De verdad ya no te pinchas?

–¿Qué eres, mi madre? Si has venido aquí a darme la paliza, ya puedes largarte. Háblame de tías, ¿quieres? ¿Estás apolillado o aún ligas?

–Vivo con una desde hace tiempo. Me va bien.

–¡Ah!, me alegro. En el fondo eso es siempre lo mejor, especialmente al llegar a cierta edad. ¡Lo seguro, Julián, lo seguro! A veces aún echo de menos a Tere. ¿Te acuerdas de Tere?

–Claro.

–Tenía las tetas más impresionantes que jamás hubiese visto. ¡No cabían en las manos, se salían, se desparramaban! ¿Te acuerdas, verdad?

–Sí, lo recuerdo.

–Sí, la echo de menos –la excitación le hizo cerrar los ojos y relajarse–. Pero fui lo bastante imbécil como para perderla. La acabé jodiendo.

–¿Sabes algo de ella?

–No. Lo último fue hace cuatro o cinco años. Andaba con un yuppie. Supongo que una vez desintoxicada volvería a ponerse tan buena como antes. Una tía de bandera siempre es una tía de bandera. Oye –abrió de nuevo los ojos y le dio un golpe con la mano en el brazo–, ¿es cierto que tu chico anda metido en el rollo?

–Sí.

–Ya ni me acordaba de que hubieras tenido un hijo. ¿Es bueno?

–Está aprendiendo, muy rápido, pero sí, sí lo es.

–Ya verás, ellos serán más listos que nosotros.

–Es lo que espero.

–¡Sí, tranquilo! No sólo son más listos, sino que ahora se lo saben montar mejor. Nosotros fuimos unos ingenuos. Teníamos ideales, ¡ideales! Esta generación en cambio es la del éxito.

–No creas que lo van a tener fácil –dijo Julián–. A nosotros nos empujaron desde todos los lados, la poli nos zurraba en la calle, la familia en casa. Pero ¿quién los empuja a ellos? San Dólar es su dios. Tú has llegado hasta aquí, bien o mal, pero estoy viendo ya a muchos que con sólo veinte años están igual.

–Hace veinte años no había tanto sida, ni tanta mierda, ¿verdad Julián?

Lo dijo sin pasión en la voz, como si hiciera una reflexión desprovista de matices en voz alta. Julián se estremeció imperceptiblemente.

Manu lanzó una breve risa, inesperada.

–¿Te acuerdas de aquella vez que fingimos ser polis, empezamos a aporrear la puerta de la habitación de Carlos, y saltó por la ventana en pelotas después de echar toda la mierda por el váter?

–Bien que nos la devolvió después, pagándole a aquella tipa para que nos pegara lo que nos pegó.

–¿Y el día que enviamos a Ismael a tocar diciéndole que era un colegio mayor y le

metimos en un convento de clausura, con su pinta de loco? –lanzó una carcajada–. Por cierto, ¿qué se ha hecho de Ismael? ¿Tú lo sabes?

–Vende lavadoras.

–¿Qué? ¡Coño, no jodas, tú!

–Vende lavadoras, en serio, y aún tiene mucho éxito con las señoras, porque le va bien. Ahora lleva el cabello corto y corbata. Es todo un señor.

–Pues sí que... ¿Ismael? ¿Estás seguro? ¿Te refieres al mismo Ismael?

–¿Había algún otro?

Manu lanzó un gemido de incredulidad.

–¡Qué demasiado! –exclamó.

Julián volvió a pasear la mirada por la habitación. No quería seguir evocando el pasado. De pronto le molestaba. Y le dolía. Tal vez Manu ya no tuviera nada más, pero a él aún le quedaba mucho. Deseó estar lejos, y sin embargo, sabía que tenía que estar allí, y que debería volver.

Recordó algo.

–¿Y tus guitarras?

Comprendió casi al momento que era una pregunta estúpida. Él mismo había estado a punto de venderlas.

–Todavía conservo a Marga –oyó decir como envuelto en una pesadilla a Manu–. Fue la primera. Siempre he creído que si un músico vende su primera guitarra... es como si vendiera a su madre, o su alma. Ni siquiera sé como lo he resistido, porque ha habido momentos... muy malos, Julián, muy malos. Las demás, Concha, Pepi, Yolanda, Ivana... incluso Elsa, ¿recuerdas a Elsa? ¡La hostia! Toda una Rickenbaker, como la de Lennon.

–Nunca he sabido por qué les ponías nombres de mujer.

–Cada vez que conseguía una, le daba el nombre de la chica con la que estaba en ese momento, y como siempre estaba con una distinta... En una ocasión me compré dos al mismo tiempo, pero como ella se llamaba María Luisa, lo repartí. ¡Coño, Julián, cómo pasa el tiempo!

Vio una sombra de humedad en sus ojos enfermos, y entonces se levantó.

–Desde luego –afirmó–. Pasa volando, y yo tengo que irme.

–¿Ya?

–Volveré, Manu, la semana próxima, te lo prometo. ¿Necesitas algo?

–¿Tienes una radio?

–Un transistor, sí. Te lo traeré.

–Ya no me pincho, en serio. No es para vender.

–Ya lo sé, hombre.

–Lo dejé. No era bueno.

Había cierto patetismo en su voz para convencerle de ello. Tal vez fuese cierto, después de todo. Aquella vehemencia era lo último que le quedaba.

–Cuídate, Manu.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta. No había cobrado las dos portadas de los libros eróticos que acababa de entregar. El veinte. Día de pago. El caso era tocarle las pelotas y hacerle volver. Pero el día anterior sí le dieron un anticipo de un buen encargo, una música estúpida para un anuncio de caramelos.

Ciento veinte euros.

Los dejó sobre la mesa, íntegros.

–Julián, por favor, no...

–¿Te crees que es como antes, cacho cabrón? Éstos me los devuelves.

Manu asintió con la cabeza.

–Entonces bueno.

–Te traeré un cinta para que oigas a mi hijo –se despidió.

Alcanzó la puerta y se fue tras hacerle un simple gesto. No le dio la mano. Nunca se la habían dado. No era preciso.

Fue en la calle cuando recordó que Manu ya no tenía nada, salvo Marga, su primera guitarra, su única señal de identidad superviviente. Tal vez, si en lugar de un transistor le llevara un radiocasete...

Deseó alejarse de allí, echar a correr. No lo hizo.

Ciento veinte euros, un transistor, un radiocasete. Mejor hacerle un homenaje, como el de Dani Groc.

Todos.

Los que aún quedaban y alguno que pudiera recordarle.

Al menos así podría vivir lo poco que le quedaba colgado de la gran nube rosa de la que había vivido siempre, hasta ese momento.

El amargo momento del despertar final.

Volvieron a mirar el calendario, abierto sobre el Yamaha de Cati. Los meses parecían encogerse, y los números de cada día escamotearse a sí mismos su breve eternidad acotada. Emilio resumió la situación dejándose caer pesadamente en una de las sillas.

–Está claro, ¿no? O empezamos a grabar antes de dos meses o perdemos medio año y la posibilidad de actuar el próximo verano. No hay vuelta de hoja.

–¿Medio año? –gruñó Vic–. ¡Es todo un año lo que se pierde prácticamente!

–Pero aunque empezáramos a grabar más tarde y publicáramos el disco en pleno verano...

–Cati, ya te lo he dicho –la interrumpió Vic–. Todo lo que no sea publicar entre abril y mayo es tiempo perdido. Una buena promoción en junio nos daría contratos, y ya no digo hacer algún programa de televisión. Pero para eso tenemos que grabar todo lo más en febrero. Marzo ya sería demasiado justo, y habría que mezclar, prensar, cortar, hacerlo todo en muy poco tiempo. En verano no se publican discos. Si no editamos antes, nos vamos ya a octubre o noviembre, al inicio de la nueva campaña discográfica.

–¡Mierda! ¡Mierda! –protestó ella asestando un puñetazo a su equipo.

Fede se echó a reír sin ganas.

–Pero ¿de qué estáis hablando? –rezongó–. ¿Grabar? ¿Antes de verano? ¿Actuaciones? ¿Octubre o noviembre? Eso es chino. ¡No tenemos dinero! ¡Por mucho que Jo Mungo esté entusiasmado, no podemos hacer nada!

–Dejarnos producir por Karma Discos –insistió Emilio–. Hacer el disco con lo puesto.

–Dijimos que un buen comienzo augura un buen final, ¿vale? –le recordó Vic–. Vamos a hacer las cosas bien o mejor no hacerlas.

–Pero ¡es que no podemos aguantar así todo un año! –gritó Cati–. ¿Quieres pasar un verano como este último, actuando donde Sanjuán nos diga por cuatro euros?

–Eso si aún nos da actuaciones –convino Emilio.

Vic miró a Fede.

–Yo estoy con Vic –dijo el batería–. Tenemos los temas, son buenos, estamos seguros de ellos y de nosotros mismos, y sabemos que sólo una buena producción, un disco de puta madre, nos va a colocar donde queremos. Las flautas no suenan por casualidad. ¡Joder, tengo más ganas que nadie de grabar y empezar a mover el culo, pero no quiero cagarla!

–¿Y otro productor? –sugirió Cati casi con desesperación–. ¡Jo no es el único!

–Le queríamos a él, porque pensamos que es el mejor para nuestro estilo, y le tenemos a él –advirtió Vic–. Cambiar ahora sería de locos.

–Ya hemos conseguido que rebaje sus pretensiones, pero más no podemos pedirle –dijo Fede–. Yo también creo que es genial, y más después de lo que hablamos ayer, la forma en que ve las canciones, los arreglos.

–No va a esperar, nos lo dijo claramente –manifestó Emilio–. Tiene mucho trabajo. Nos guarda fechas, pero si no le decimos nada antes de un mes... se acabó. Nos tocará hacerlo en verano.

–Emilio, despierta, tío: estamos en las mismas. ¡Verano, otoño... hoy! ¡No tenemos el dinero que vale la producción, ni lo vamos a tener nunca! ¡Es mucha pasta!

Las palabras de Fede, reales y aplastantes, volvieron a sumirles en la frustración. Con los temas hechos y Jo Mungo entusiasmado, se sentían tan cerca que podían aspirar el perfume de su lanzamiento, sentirlo, tocarlo con las manos de la ilusión. Pero nada más. La realidad marcaba inmediatamente después su abismo natural.

Seguían inmersos en el círculo vicioso del primer día, desde que acordaron el plan de acción con Álvaro Puig.

–Vic, tu padre... –comenzó a decir Cati.

–No.

–¿No qué?

–No nada. Punto.

–¿Por qué? ¡Mierda! –gritó ella–. ¿Qué le pasa? ¿Es intocable? ¡Está entusiasmado con nosotros, y se le cae la puta baba cada vez que se acerca por aquí y te ve tocar o te oye!

–Cati, déjalo –pidió Vic con paciencia.

–¡No quiero dejarlo! –insistió la teclista–. ¡Nos estamos jugando demasiado! ¡Nos lo jugamos todo! ¡Hemos llegado hasta aquí, y ése sí es el punto, pero ahora o nos lanzamos o la pringamos! ¡Tu padre conoce gente!

–¿Y qué? –profirió Vic alargando las palabras, conteniendo su reacción–. Conocía a Ernesto Sanjuán y hemos actuado más o menos en Tanzania para lo que es allí el rock. Y no digo que no haya dado resultado, porque necesitábamos actuar cara al público. Pero ha sido un caos. Conocía a ese tal Néstor no-se-qué, mucha multinacional, mucha leche y nada. El único lugar donde nos han hecho caso ha sido en Karma, y lo encontramos nosotros. Ahora dime, ¿qué coño va a hacer mi padre?

–Lo que pasa es que eres un orgulloso y quieres hacértelo solo, para no deberle nada a nadie, ¡ése es tu problema! –gritó Cati a punto de llorar.

Fede y Emilio no dijeron nada. Vic no encontró apoyo o rechazo en ellos. De pronto el pulso estaba entre Cati y él.

–Eso no es cierto –dijo–. Quiero a mi padre, pero él ya no puede hacer nada más.

–¡Sí puede! ¡Podría si no fueras un gilipollas!

Vic se aproximó a su compañera. Quedó a menos de un palmo de ella. Su mano, amenazadora, a mucho menos.

–¡Mi padre no tiene un euro!, ¿no lo entiendes? Lo único que posee son sus guitarras y sus discos, y aunque sé que sería capaz de vender lo que fuera por mí, ¡a mí no me da la gana de que lo haga! ¡Soy yo quien ha de buscarse la vida, como él tuvo que buscársela en su día!

Cati se echó a llorar. Emilio acabó moviéndose hacia ellos, para separarlos, pero no hizo falta. Vic dio media vuelta y dio dos furiosos pasos hasta el otro extremo del local. Se quedó allí, de espaldas, con los puños apretados. Emilio abrazó a la teclista y ella no le rechazó, al contrario, hundió su cara en él. Fede continuaba inmóvil en el mismo sitio.

–Vic tiene razón –dijo el batería por segunda vez a lo largo de los últimos minutos–. Julián es un tío grande, fantástico, pero no tiene pasta, no puede buscarla, y en cuanto a lo que pueda hacer... creo que ya lo ha hecho todo, y ha sido mucho. Vamos, que yo creo que el primer disco habrá que dedicárselo a él. Pero el problema es nuestro, y depende de lo que estemos dispuestos a hacer para sacarlo adelante.

Esperó a que sus palabras penetraran en los demás. La tensión del momento actuó de retardo. Vic fue el primero en mirarle, después Emilio. Finalmente Cati levantó la cabeza y se pasó una mano por los ojos.

–¿Dispuestos a hacer? –dijo el bajista–. Supongo que todo, ¿no?

–¿Todo, todo? –reiteró Fede muy despacio.

–¿Qué estás tratando de decir? –preguntó Vic.

–Estoy tratando de decir que yo conozco a alguien –dijo Fede–. Y tratando de decir que si estamos dispuestos a jugárnosla... yo tal vez sepa cómo sacar ese dinero, limpio, redondo. De fácil no tiene nada, pero... Puede que sea hora de decidir de una vez qué es lo primero. ¿Qué decís? ¿Queréis escuchar lo que tengo en la cabeza o continuamos peleándonos como críos?

Los miró de uno en uno, especialmente a Vic.

No volvió a hablar hasta que los tres se acercaron a él.

Julián sacó el disco del lugar equivocado y lo puso correctamente en su sitio. Murmuró algo ininteligible. Comprobó la perfecta alineación de los álbumes y repitió su murmullo otra vez, al comprobar la irregularidad de una de las filas de arriba. Alargó la mano, sacó un puñado de LP's unos centímetros, luego los empujó y pasó ahora la mano por los lomos con suavidad, hasta que todos quedaron uniformes en su orden.

–¡Maldita sea! –rezongó en voz alta–. ¡En cuanto estoy unos días sin vigilar esto...!

Montse entró en el estudio. Se acercó a él por detrás y le abrazó, apoyando la cabeza en su espalda. Julián se olvidó de los discos, quiso dar la vuelta, pero ella no se lo permitió.

–No, quieto –cuchicheó la mujer–. Me gusta así.

–Es que así no puedo verte, ni hacer nada.

–Por eso mismo. Luego eres todo manos. Con un poco de cariño me basta.

–De acuerdo, sin manos, ¿vale?

Montse le dejó. Julián levantó los brazos, giró el cuerpo y en el mismo instante en que quedó frente a ella los bajó y la aprisionó entre ellos.

–¡Traidor! –protestó su compañera–. ¿Ves como no puedo confiar en ti?

–Nunca creas a un músico loco.

La besó en los labios, con suavidad. No hubo rechazo. Sin embargo, tras el beso Montse volvió a apoyar su cabeza en él, ahora en su pecho.

Su voz le llegó envuelta en un murmullo ahogado.

–¿Por qué no llamas a Vic? Hace una semana que no sabemos nada de él.

–Porque va y viene, a su aire. Estará ocupado con el grupo.

–Es que mañana me gustaría que viniera a cenar.

–¿Mañana? ¿Qué pasa mañana? Es jueves.

–Cuando una mujer cumple años, le gusta estar rodeada de sus hombres.

–¡Joder! –exclamó Julián cerrando los ojos por su metedura de pata–. Mañana, claro.

–Habrías quedado mejor diciendo que ya lo sabías y que me estás preparando una sorpresa –repuso ella mirándole–. ¿Por qué no me enamoraría de un actor?

–Porque los actores son unos sosos, y además, en su vida todo depende del papel que estén ensayando o representando. No te veo con un actor.

–Pues anda que con un músico... Mi madre que me reservaba para el director de la sucursal bancaria de la esquina de nuestra calle. ¡Me hacía ir cada día a ingresar y sacar las mismas mil pesetas, para seducirle con mis encantos!

–Menos mal que no cayó.

–¡Porque entonces no tenía encantos, cielo! Me... salieron después.

Se zafó de un nuevo abrazo y corrió huyendo de él, escabulléndose por detrás de una de las butacas del estudio. Julián no la persiguió. Optó por sentarse en la otra. Montse enarcó una ceja ante un comportamiento tan inusual en él.

Se sentó también, en la misma butaca que le había servido de parapeto.

–Sigues preocupado –dijo. Y no fue una pregunta, sino una afirmación.

–¿Yo?

–Conmigo no te sirve. Soy yo, ¿recuerdas?

–Va camino de los dieciocho, ya te lo dije no hace mucho. Es mayorcito para manejarse solo.

–Padre pierde hijo. Padre recupera hijo. Padre no-sabe-qué-pasa-con-su-hijo. Padre se preocupa. Es el guión de la eterna película.

–¿Por qué serás tan aguda?

–Ése sí es uno de mis encantos, ¿ves? Nací con él. ¿Qué te pasa?

Julián la observó. A veces le parecía tan especial, tan hermosa, que no entendía qué diablos estaba haciendo con él. Cualquiera de los hombres importantes a los

que atendía en recepciones, ferias y congresos, y que trataban inútilmente de seducirla, la habría convertido en una reina. Sin embargo, estaba allí.

Y le quería.

La suerte en la recta final del camino.

–Están con lo del disco –reconoció–. Tienen a ese productor de nombre idiota, Jo Mungo, y que desde luego es muy bueno, realmente bueno por lo que he oído. Pero la compañía no puede invertir tanto, ni aun sabiendo que puede recuperarlo con creces. El riesgo es demasiado fuerte. También tienen las canciones, un puñado de los mejores temas que he oído en años. Lo tienen todo y están colgados.

–Y a ti te gustaría estar ahí, metido hasta las cejas.

–No, te equivocas. Ellos son ellos. Pero sí me gustaría hacer más, echarle una mano a Vic, ¡y hacerlo de verdad, no como hasta ahora!

–Pero si...

–No, no he hecho nada. Soy un residuo y ahora lo entiendo. He sacado la cabeza del agujero y ¿qué he visto? Un mundo desconocido lleno de gente desconocida. ¿Mis viejos amigos? ¿Qué amigos? Ya nadie se acuerda de mí, y lo entiendo. El otro día el periódico hablaba del «mítico Julián Prats». ¿Te das cuenta? ¡Ya soy «mítico», ya me he muerto! ¡No tengo un euro pero he entrado en la «mítica» del rock! Ya sé que hoy en día llaman «mítico» a todos los que llevan dos años por ahí. ¡Lo son incluso los de los ochenta o noventa, así que imagínate los de los setenta! Pero bueno, eso no es lo que importa. Lo que importa es que pensé que podía hacer algo, realmente, y no he conseguido nada. Cagarla. Eso es lo que he hecho. Tendría que estar produciéndoles ese disco.

–Oye, corta el rollo flagelador, ¿vale? ¿Qué estás diciendo? Vic está orgulloso de ti, tanto como tú de él. ¿Que es muy suyo? Bueno, ¿y qué chaval de diecisiete años no lo es? Le diste su primera guitarra, le diste una seguridad, unos consejos que quieras o no, y le guste o no a él, le serán muy válidos, y ya los tiene ahí –se puso un dedo en la frente–. Le has dado la posibilidad de actuar, con su grupo y contigo. Y lo que es más importante: le has dado, de nuevo, un padre. ¿Qué más quieres?

–Es que encima de que no puedo hacer más, a veces me da la impresión de que lo que pasa es que él tampoco quiere.

–Porque tiene su orgullo, digo yo.

–Hay como... como una línea invisible, ¿entiendes? Nadie la ha trazado, pero está ahí, y de ahí no paso.

–Mira, ¿sabes qué te digo?, pues que eres un neurona. Tal y como lo veo yo, tienes un hijo sensacional, inteligente, despierto, y que sabe lo que quiere. ¿Resultado? Conseguirá lo que se proponga y parte del mérito, querido masoca, será tuyo.

–Espero que lo consiga pronto –forzó una sonrisa Julián para salirse del «castigo» que le estaba infligiendo Montse–. Me está dejando la discoteca hecha polvo.

–No te quejes. Es una inversión.

Julián giró la cabeza hacia la derecha. Contempló los discos. Le bastaba extender una mano para tocarlos, sin embargo no lo hizo. Su mirada lo hizo por ella.

–Un coleccionista me daba mucho dinero por ellos –suspiró de pronto.

–Antes venderías un riñón, querido.

–Ya no. ¿No decías que era una inversión? ¿Qué mejor inversión sería que ayudar a pagar la producción de ese disco?

Montse enderezó la espalda. Le miró incrédula.

–¿Lo harías?

–Sí, si él me dejara.

–¿Y las guitarras?

Él se enfrentó a su mirada.

–Puede que ya no las toque a diario, y que actúe cada vez menos, pero ellas son sagradas.

–¿Y los discos no?

–Menos. Las guitarras son lo que yo fui. Tienen toda mi vida en sus cuerdas. Los discos tienen la vida de quienes los grabaron.

Montse se levantó. Iba a acercarse para sentarse en su regazo y besarle. Su gesto se vio abortado por el súbito reclamo del timbre telefónico, que les llegó desde el dormitorio. Julián alargó una mano.

–No contestes –dijo–. Ven.

Ella hizo un gesto de resignación.

–Ya sabes que no soporto dejar que suene sin cogerlo, me pone nerviosa.

Además, puede ser trabajo, o Vic.

Salió del estudio y no estuvo más de medio minuto fuera. Regresó con un asomo de extrañeza en su rostro.

–Es Sonia, la chica de Vic –dijo–. Pregunta por ti.

–¿Y qué quiere?

–No sé. Ha preguntado por ti y ya está. Ve y te enteras.

Julián abandonó la butaca y el estudio. Llegó a la habitación, se sentó en la cama y cogió el auricular, depositado al lado del aparato.

–¿Sí?

–¿Es usted el señor Prats?

–Sí, yo soy.

–Perdone que le moleste. No me conoce, me llamo Sonia y...

–Sí, ya lo sé, la novia de Vic.

La voz femenina pareció cortarse un poco. A pesar de ello continuó hablando sin otra inflexión.

–Es que, verá, Vic dijo en su casa que se iba a hacer unos bolos por el norte, pero su madre no sabe dónde, y yo necesito hablar con él. Cuando se marchó yo estaba fuera y tampoco pudo decirme nada. No sé, he pensado que probablemente usted sabría los lugares, el nombre de los pueblos y las fechas, alguna forma de localizarle.

El desconcierto pudo más que su razón.

–¿Le dijo a su madre que estaba actuando, que se iba estos días?

–Sí, ¿es que tampoco sabe nada?

Se cubrió demasiado tarde. La propia vacilación de su voz le traicionó.

–Bueno... me habló de que tenía unas galas, sí, pero ya sabes cómo es él, y cómo soy yo, si es que te ha hablado de mí. Dijo que se iba y en paz. En realidad, tanto da un sitio como otro.

El silencio que fluyó a través del auricular le atravesó los tímpanos.

–¿Sonia?

–Sí, vale, sólo era eso. Siento...

–Si me telefonea, no pases cuidado: le diré que se ponga en contacto contigo, ¿de acuerdo?

–Muy bien, gracias –se despidió ella–. Y perdone.

–Nada, mujer, no te preocupes.

Estuvo a punto de decir que quería conocerla. No lo hizo. Se alegró por una vez de haberse mantenido en su sitio, aunque cogido a contrapié por la sorpresa. De todas formas, no había estado muy brillante.

Nada brillante.

–¿Bolos? –murmuró para sí mismo–. ¿Bolos en el norte?

Abrió la puerta despacio, sin hacer ruido, y la cerró con el mismo cuidado, sosteniendo la bolsa de viaje en una mano. A pesar de sus precauciones, su madre apareció ante él saliendo del pasillo.

–¡Vicente!

No se sobresaltó. Mantuvo con bastante aplomo su expresión.

–¡Ah! Hola, mamá. Pensaba que tal vez te hubieses acostado ya.

–Dios mío... ¡qué aspecto! –protestó la mujer–. Parece que vienes de una manifestación o algo así. ¡Señor!

Le pasó los dedos de una mano, abiertos, por el cabello, abriendo cinco surcos inútiles por entre la espesura alborotada. Al verle de cerca su ansiedad aumentó.

–Pero ¿tú te has visto? ¿Es que no has comido? ¡Estás delgadísimo y estas ojeras...!

–Hemos tocado en varios sitios y hemos dormido poco –justificó él–. Pero al menos esta vez hemos cobrado más, ¿ves? –y sacó varios billetes de su cazadora.

–¿Dónde has estado?

Caminó en dirección a su habitación, dándole la espalda a su madre. Vicky le siguió inasequible al desaliento.

–Llamó Sonia anteayer, y tu padre –insistió–. ¿Dónde has estado?

–Actuando en el norte, ya te lo dije. Gijón, Oviedo, Santander... ¿Qué querían Sonia y papá?

–¿Cómo que qué querían? ¡Saber dónde estabas, eso querían!

Se dejó caer sobre la cama. La bolsa quedó muerta en el suelo, a sus pies. Su madre le miró impotente.

–Bueno, pues estaba actuando, ¿no se lo dijiste?

–Tu padre no sabía nada de esas actuaciones.

–¿Y qué?

–¿Cómo que y qué? A mí me dices que te vas una semana, a él no le dices nada. Pero ¿qué te crees que es esto? ¡Todavía vives aquí!, ¿sabes?

Parecía dispuesta a llorar, pero no lo hizo, al contrario, se sobrepuso y sacó el genio, la frustración de madre herida y atenazada por sus propias limitaciones. Cogió la bolsa y la agitó en el aire.

–¿Ni siquiera puedes poner esto con la ropa sucia! –gritó–. ¿O es que como en el norte llueve se te ha limpiado todo?

Vic parpadeó, no asustado, pero sí inquieto.

–¿Qué te pasa? ¿A qué viene este rollo?

–¿Por qué no me has llamado ni una sola vez estos días?

–No sé... no se me ocurrió. Nunca llamo.

–¿No puedes dejar de pensar únicamente en ti? ¿Es muy difícil que pienses un poco en los demás, como por ejemplo yo? ¡Nunca llamo! ¡Nunca llamo! –reprodujo sus palabras imitando por exceso el tono–. ¡Todavía eres menor de edad, caramba!

–La próxima vez te llamaré, cada día, te lo prometo –dijo él condescendiente pero cauto–. Tampoco es para ponerse así.

–Es que no sé qué está pasando, Vicente, no sé qué está pasando –alertó ella–. ¿Por qué no les dijiste nada a Sonia ni a tu padre?

–Pues porque ella estaba fuera aprovechando el puente, nos salió la cosa y nos fuimos. Y en cuanto a papá... ¿qué pasa, es que tengo que contárselo todo?

–¡Es tu padre!

–¡Ah!, ¿ahora es mi padre?

–¡Vicente! –gritó Vicky perdiendo los estribos con claridad por primera vez.

Él se levantó de la cama.

–Bueno, vale, de acuerdo: me he pasado y lo siento. Perdona. Cuando me fui no

sabía todavía dónde estaríamos. Nos dieron las señas de una discoteca de Gijón y nada más. Y luego... se me ha ido el santo al cielo. Nos acostábamos tarde, dormíamos por la mañana, íbamos a otro sitio por la tarde... No pensé que estarías intranquila.

–Es que cuando me llamó tu padre para preguntar...

–Vaya, otro –suspiró Vic–. Está cuatro años sin verme y ahora... –la abrazó y le dio un beso en la frente–. Para una vez que las cosas han ido realmente bien, imenudo palo!

–¿Qué vas a hacer ahora? –preguntó al verle salir de su habitación.

–Darme un baño. Meterme en la bañera y tirarme media hora en agua.

–¿Y cenar?

–Ya he cenado.

Entró en el cuarto de baño, puso el tapón en la bañera y abrió el agua caliente. Regresó a su habitación sacándose la cazadora. Su madre, que estaba en el pasillo, volvió tras sus pasos.

–Escucha –dijo–, necesito hablar contigo.

–¿Ahora? –Vic puso su cazadora en el respaldo de la silla situada frente a la mesa en la que, en otro tiempo, hacía sus deberes.

–¡Es que es importante, y a lo peor mañana no te veo!

–Vendré a comer, y te contaré todo lo del viaje –prometió él.

–Por si acaso. Sólo quiero saber si estarás en casa mañana por la noche.

–No lo sé –hizo un gesto de vaguedad.

–Me gustaría que estuvieras y temprano, para cenar.

–¿Por qué?

–Viene Damián.

–¿Y desde cuándo tengo que estar yo porque venga Damián?

–Porque tenemos que hablar.

–Vosotros.

–No, nosotros, los tres.

Vic dejó de desabrocharse las zapatillas. Levantó la cabeza para ver a su madre,

que seguía con la bolsa de viaje en las manos. Ya no era una mujer enfadada, al borde de las lágrimas y la histeria. Ahora era una mujer temerosa, asustada, pero al mismo tiempo firme y decidida en su empeño.

–¿Vas a casarte con él? –preguntó el muchacho.

–Mañana hablaremos, en la cena.

–¿Qué pasa, no puedes decírmelo ahora? A mí me parece bien, ya te lo dije. No me vengas ahora con el rollo sentimental! ¿Vais a meterme en una encerrona?

–Vic, ¡Vic!, no es ningún rollo, es hacer las cosas bien. Creo que es algo necesario.

–¡Para ti, claro, y para Damián! ¡Los que os vais a casar sois vosotros!

–Pero inos afecta a todos!

–¿Qué pasa, que voy a tener que compartir mi habitación con su hija de veinte años, es eso? ¡Para mí no es ningún problema, en todo caso lo será para ella!

–Vic, por favor –la mujer se inundó de abatimiento, pero no renunció a su débil atisbo de firmeza y autoridad–, no quiero discutir, quiero que estés, nada más. Y si me preguntas todavía por qué, te diré que por mí. Si no es suficiente...

Salió de la habitación y esta vez sí logró llegar a la cocina. La atravesó y alcanzó el lavadero, situado en un pequeño patio exterior. Abrió la bolsa de viaje y comenzó a sacar la ropa arrugada y sucia, puesta allí de cualquier forma. Unos pantalones, varias camisetas, calzoncillos, calcetines, los utensilios del aseo...

Tenía ganas de llorar. Se suponía que debía de ser todo lo contrario, pero tenía ganas de llorar.

Iba a casarse, no inmediatamente, claro, y sin embargo...

Vio la pequeña cajita de plástico. La cogió. En su interior había una pastilla de jabón. Solían estar en los lavabos de los hoteles. La mayoría de los clientes se las llevaban. Leyó el nombre escrito en la parte superior de la caja.

Estaba en árabe.

No así la inscripción inferior, más diminuta.

Tánger.

Vaciló, ella y su mano. Acabó dejando la cajita y continuó sacando cuanto había en la bolsa. No encontró nada más. No se preocupó de organizarlo todo, meter la ropa sucia en el cesto o preparar una lavadora. Salió del lavadero y de la cocina.

Vic estaba ya metido en la bañera, podía oír el plácido silencio que surgía del baño. Entró en su habitación y al momento se sintió culpable.

Sin embargo no se detuvo.

Miró en la cazadora. El pasaporte estaba en el bolsillo interior. Vic se lo sacó al tener edad para ello. Ni siquiera había podido utilizarlo.

Actuaciones por el norte.

Lo hojeó, nerviosa, atenzada. Creyó que de todas formas era una casualidad, o un error. Primero no encontró nada. Luego sí, hacia el final. Los árabes solían comenzar las cosas por atrás. Para ellos era el comienzo.

Vio los sellos, de entrada y de salida. Flotaban como dos ojos solitarios en mitad de las páginas vacías.

Actuaciones en el norte.

¿Por qué?

Llenó sus pulmones de aire y dejó transcurrir algunos segundos.

Luego guardó el pasaporte donde lo acababa de encontrar y abandonó la habitación de su hijo.

Al ver el teléfono supo lo que tenía que hacer.

No se cabía en el local. Asomó la cabeza y vio a tres chicas y un chico, además de los cuatro componentes del grupo, apretados presenciando el ensayo. Se quedó momentáneamente en la puerta esperando a que ellos concluyeran el tema y entonces levantó una mano. Vic le vio.

–¡Papá!

–Estaré por aquí.

–No, no, pasa –le dijo él–. Queremos que oigas un par de cosas.

Una de las chicas y el chico se vieron fulminados por varias miradas cargadas de intención. Captaron su significado. Fue ella la que dijo que se hacía tarde y él quien protestó, pero acabaron marchándose, dejando su espacio para que Julián pudiera entrar e incluso sentarse. Las dos chicas que se quedaron parecían pendientes de Vic y de Fede. La de su hijo era bajita y delgada, de cabello rubio y cara simpática, agradable. La del batería, con sólo unos pocos meses más que la primera, daba la sensación de ser mayor, muy mayor. Iba maquillada y vestía unos leotardos muy ajustados, botas y una blusa ceñida, todo de color negro, como su cabello suelto y salvaje. No era bonita, pero sí provocativa.

Siempre sucedía igual, surgían como las setas en torno a cualquier grupo de rock, mirones, fans iniciáticos, groupies...

Lo peor eran ellas.

Por lo menos para la buena marcha del conjunto, la estabilidad, la continuidad, el sentido de la máxima orientación y la concentración.

–¿Qué tal? –les preguntó.

–Muy bien, en forma –respondió Emilio.

–¿Te ha dado el recado Montse o has venido sin más? –inquirió Vic.

–Ha sido Montse.

–De acuerdo, ¿vamos allá con «Padre no hay más que uno»? –dijo Fede.

Marcaron el tiempo, «un, dos, tres y...», y arrancaron con una canción distinta a las usuales en ellos, al menos en las semanas anteriores. Cabía considerarla un divertimento, sin más, pero aun así tenía gracia, mucha gracia, y en single igual podía convertirse en un éxito, tal vez en un peligroso éxito, pero ¿acaso los Beatles no habían hecho «Yellow submarine», sin que nadie les discutiera su simplista encanto? ¿U otros, como Elton John y su «Crocodile rock», sin ir más lejos? No dejaba de ser un rock and roll lleno de potencia, con mucha marcha y un gran trabajo de cada uno de ellos, puesto que los cuatro disponían de unos segundos para un solo propio. Vic y Fede estaban sensacionales, y Emilio subía enteros día a día, ganando en sentido del ritmo. Por contra, la que daba la impresión de haberse estancado, o incluso ir a menos, era Cati.

La observó atentamente a partir de su breve solo de piano eléctrico, mezcla de esencias de Jerry Lee Lewis y Little Richard. No había abierto ni la boca. Ni siquiera le había dirigido una mirada. Estaba ausente y su aspecto no era bueno. Nunca le pareció una muchacha atractiva, pero ahora las ojeras le inundaban la cara, y su tono violáceo contrastaba con su habitual palidez. Pensó en lo más socorrido, el período, y luego se dijo que no, que fuera lo que fuera, era algo mucho más profundo y duradero.

Cati miró a Vic en el momento en que éste cantaba con toda energía que «quien tiene un padre cachondo, tiene un amigo redondo». En el mismo instante equivocó una nota. Vic, Emilio y Fede no se dieron ni cuenta, llevados por la fuerza rockera de la canción. Julián sí. Y Cati. Arrugó la nariz, apretó las mandíbulas, se la vio desesperadamente rabiosa. Contempló el teclado como si fuera su enemigo en lugar de una prolongación de sí misma y continuó tocando.

Al concluir el tema, Julián aplaudió.

–Es la tontería más divertida y marchosa que he oído en mucho tiempo, palabra –les dijo.

–Es para ti –sonrió Vic.

–Vaya, me siento halagado –reconoció.

–¿Tocamos ahora el otro? –preguntó Emilio.

–¿Vas a quedarte mucho rato? –le dijo Vic a Julián.

–Sí, ¿por qué?

–Es que llevamos cuatro horas aquí encerrados –bufó Fede–. Queríamos ir a tomar algo.

–¡Ah, muy bien! –aceptó Julián–. Yo me quedo aquí con Vic, ¿de acuerdo?

–¿No venís? –se extrañó Emilio.

Vic se encogió de hombros.

–No, id vosotros. Si nos apetece ya iremos –remarcó Julián.

Fede fue el primero en salir. Pasó un brazo por encima de los hombros de la morena. Emilio hizo lo mismo con la rubia, en cuya cara se dibujó el desencanto al ver que Vic se quedaba. Sin embargo, no apartó la mano del bajo, que incluso le hizo cosquillas hasta hacerla reír. Sus grititos femeninos se alejaron por el pasillo. Cati fue la última en abandonar el local, con su cazadora colgada del hombro y la mirada baja.

–Hasta luego, Cati –le dijo Julián.

Ella levantó los ojos. Los depositó en él y le sonrió, con ternura pero también un infinito cansancio.

–Hola, Julián –le correspondió antes de seguir los pasos de los demás.

Cerró la puerta. Vic desentumecía los músculos estirando los brazos hacia lo alto. De su garganta fluyó un prolongado gemido acorde con su acción. Lo quebró súbitamente y se dejó caer igual que un muñeco roto sobre la silla más próxima.

–¡Jo, qué paliza llevamos hoy! –exclamó.

–¿Qué le pasa a Cati? –preguntó Julián sentándose en la otra silla.

–Nada, ¿por qué?

–Vamos, hombre, no me digas que no la notas tensa y rara. Y esas ojeras que le llegan al suelo...

–Estará cansada.

–Yo más bien creo que está enamorada y mucho. Le ha dado fuerte.

–¿De mí? –Vic exteriorizó su sorpresa–. ¡No! Eso era antes.

–De música estarás aprendiendo, hijo, pero lo que es de mujeres... ¿Antes de qué?

–De que se lo montara con Fede, aquí mismo –señaló un rincón del local.

–¿Y eso qué prueba?

–¡Pues que si le gusto yo y se acuesta con Fede...!

–Se habrá acostado con él porque tú no le haces caso. Es algo bastante propio. De todas formas, no parece estar enrollada con Fede.

–¡Papá! –dijo Vic con fastidio–. ¡Bastante tenemos encima como para estar pendientes de estas cosas!

–Estas cosas son las que pueden dinamitar a un grupo, te lo dije. Para hacer buena música o dar lo mejor en directo, tenéis que formar una piña, estar realmente unidos.

–¿Y qué quieres que haga?

–Hablar con ella, aclara las cosas, y si es necesario háblalo también con Fede. No creas que dejándolo morir se va a terminar. Conozco la expresión de Cati. La he vivido dentro y fuera de la música. Está a punto de estallar, y cuando lo haga... será imprevisible y demasiado tarde.

–¿Has venido a hablarme de Cati? ¿Por eso has querido quedarte conmigo?

–No –admitió Julián–. He venido a ver cómo te ha ido.

–¡Ah, muy bien!

–¿Por dónde has estado?

–Gijón, Oviedo, Santander y alrededores. Ya sabes que a veces estoy en un pueblo y me olvido del nombre al día siguiente.

–¿Os buscó esos bolos Sanjuán?

–No, nos salieron por medio de unos de aquí. Así al menos hemos cobrado íntegro el dinero.

–Siendo vuestro agente, deberíais llevarle su parte, aunque no os haya buscado él las actuaciones. Ése es el juego.

–¿Qué dices? –Vic se levantó–. Oye, ¿en serio no quieres tomar algo? Es que queríamos darte la noticia todos juntos, los cuatro.

–¿Qué noticia?

El muchacho se hizo el remolón.

–Venga, hombre, vamos con los demás.

–¿Qué noticia? –repitió Julián.

–¡Está bien! –se resignó–. Estás poco sociable hoy, ¿eh? La noticia es que vamos a grabar, dentro de un mes. ¿Qué tal? –abrió sus manos a modo de efecto final.

Julián no se inmutó.

–¿Con Jo Mungo? –quiso saber.

–Sí.

–¿De dónde habéis sacado el dinero?

–Estos bolos en el norte nos han venido de primera, pero antes de irnos ya habíamos estudiado todo muy a fondo, y lo habíamos hablado con Karma y con Jo, por eso no pasé por tu casa en varios días. ¡Íbamos de cráneo! Jo ha aceptado cobrar menos a cambio de un mayor porcentaje, Karma va a mojarse un poco más el culo, y los demás, Fede, Emilio y Cati van a vender algunas cosas. Irá todo muy justo, pero se hará.

–Ahora cuéntame una de indios.

Vic pareció no entenderle. Sólo lo pareció.

–¿Qué?

–¿De dónde habéis sacado el dinero que hace falta para producir un disco como el que queréis producir?

–Pero... ¿de qué estás hablando?

–¿De qué hablas tú? –el tono de Julián era muy duro, seco–. He estado en esto toda la vida, y aún estoy. Las cosas cambian aprisa, pero no tanto como para que me levante la camisa mi propio hijo. Te lo advertí.

Vic estaba rojo, violento. Le recordó al niño que se enfurecía cuando le pillaban haciendo algo malo o en mitad de una mentira. Tampoco habían pasado tantos años.

–¡Será posible! –el muchacho se agitó como una fiera enjaulada, molesto, pero más, mucho más, tenso–. ¡Vamos, papá!

–Dímelo, Vic.

–¡Bah, me voy con los demás!

No llegó a dar un paso. Julián se levantó de golpe, con violencia, derribando la silla y le cogió por ambos brazos, empujándole contra la pared. La presencia de un amplificador en el suelo le hizo trastabillar.

–Pero ¿qué haces? –gritó Vic.

–Yo ya lo sé –dijo revestido de una dominada paciencia Julián–. Ahora quiero que tengas los huevos de decírmelo tú.

–¿Decirte qué?, ¡mierda!

De pronto se abrió la puerta. Oyeron la voz de Cati antes de girar la cabeza y verla.

–Me he dejado el dinero... ¡Eh!, ¿qué pasa aquí?

Los ojos de la muchacha estaban dilatados por la sorpresa y el horror.

–Vete, Cati –ordenó Julián.

Ella no se movió.

Miró a Vic.

–Papá, ya está bien, ¿no? ¿Quieres soltarme?

–El dinero –volvió a decir Julián–. ¿De dónde lo habéis sacado?

Fueron los ojos de Vic los que se agitaron esta vez, al enfrentarse con los de la teclista.

Cati los desplazó hasta Julián.

Un breve salto, pero en el fondo, una gran distancia.

–Lo necesitábamos –dijo.

–¡Calla! –gritó Vic.

–Sigue –ordenó Julián.

–Tú deberías saber lo que es querer hacer algo y no poder, tener la oportunidad al alcance de la mano y...

–¡Cati! –gritó de nuevo Vic.

–¿Crees que no se lo imagina? –le dijo ella con frío desapasionamiento.

–Fuisteis a Marruecos –anunció Julián.

Vic dilató sus ojos.

–Y pasamos un cargamento de hierba, sí –confirmó Cati–. Nos la jugamos pero nos salió bien. Ahora somos dueños de nuestro futuro.

Julián expulsó el aire que había retenido en sus pulmones. Sus manos dejaron de presionar los brazos de su hijo. Se apartó de él, lentamente, inundado por un repentino cansancio.

–Ahora estáis pringados hasta el cuello –suspiró.

–Una sola vez, Julián. No somos delincuentes –dijo ella.

–¿De veras crees que si en otra ocasión volvéis a estar en un apuro, no lo repetiréis? ¿Piensas sinceramente que es así de sencillo?

–Sí –aseguró Cati.

Dio un paso en dirección a la puerta, o más bien arrastró un pie. La realidad, confirmando sus sospechas previas, había estallado en mitad de su cerebro como una gran bola blanca, diseminando luego una fría oscuridad al apagarse el destello.

Quería salir de allí, respirar.

Y entonces Vic le puso una mano en el hombro.

–Papá... –comenzó a decir.

No pudo continuar. La reacción de Julián fue tan inesperada como violenta y tan sorprendente como dramática.

Giró el cuerpo, extendió el brazo y proyectó su mano izquierda, abierta, sobre el desguarnecido rostro de su hijo.

La bofetada estalló seca, como un trueno agudo. El ruido de Vic al caer hacia atrás, derribando el amplificador y varios platos de la batería de Fede, fue mucho más ensordecedor.

Aunque para ellos tres, cada uno por distinto motivo, la bofetada fuese el verdadero impacto.

La síntesis del Gran Holocausto.

Sin esperar más, sin comprobar siquiera si Vic había sufrido daño y mientras Cati se abalanzaba sobre el caído gritando asustada, Julián se marchó.

¡No puedes dejarle ahora!

Se detuvo en mitad del estudio, con los puños apretados y la misma expresión de rabia que fluía a borbotones, incesante, ahogándole hasta el punto de mantener su rostro encendido constantemente.

Centró sus ojos furiosos en Montse.

Soy su padre, no un colega que le da palmadas en el hombro y le dice «¡puta madre, tío!» –puso voz de retrasado mental para decir esto último.

–¡Pero para él estabas siendo ese colega y lo importante es que, siéndolo, al mismo tiempo podías ser su padre y estar cerca! ¿Es que no lo entiendes?

–¡Por todos los demonios, Montse, la que no lo entiendes eres tú! ¿No te das cuenta de lo que ha hecho?

–¡Claro que me doy cuenta! ¡Pero tiene diecisiete años!

–¡Así que ahora tiene diecisiete años!

–Tú mismo, cualquiera, todos sabemos lo difícil que es esa edad, Julián –repuso ella con cansancio, bajando el tono de voz.

–¡Todas las edades son difíciles, no me vengas con cuentos! ¡Es increíble, increíble...! –volvió a reanudar sus inciertos pasos, arriba y abajo, por el angosto espacio lleno de trastos–. ¡Le estás defendiendo! ¡Se convierte en un delincuente y se llena hasta aquí de mierda, y tú le defiendes!

–No le defiendes y lo sabes. No me echas a mí tu impotencia encima.

–¿Mi impotencia? ¡Pero qué coño...!

–¿Quieres dejar de gritar, y de moverte como un loco, que me estás poniendo

histórica?

–A ver, explica eso de la impotencia –dijo él deteniéndose y cruzándose de brazos.

–A lo mejor no es la palabra exacta, no sé –manifestó Montse–. Pero míralo desde su lado y piensa en ti y en lo que hiciste cuando ibas de un lado a otro a su edad con el culo al aire. Para él, ahora todo es su música, el grupo, el disco. Y no es únicamente Vic, son los cuatro. Se la jugaron por algo que creyeron importante, algo que para ellos valía la pena.

–No es el sistema, y lo sabes. ¿Qué harán la próxima vez, asaltar un banco, volver a pasar un montón de mierda para un traficante que está bien seguro en su torre de marfil?

–No, no es el sistema, y lo sé, pero también sé que emprendiéndola a golpes y dejándole ahora tirado no vas a conseguir nada, al contrario: vas a perderle, y para siempre.

–¿Crees que no me dolió esa bofetada? ¿Crees que no la sentí yo más que él? ¿Crees que mientras se la daba no me estaba ya arrepintiéndome al mismo tiempo?

–¡Sí es que probablemente le hiciera falta!, ¿quién te dice lo contrario? Ha pasado toda la adolescencia sin un padre que de vez en cuando le pusiera los puntos sobre las íes, y con una madre que, por lógica, le habrá mimado, protectora, por miedo a perderle. ¡Pero lo que te estoy diciendo es que después de la bofetada tenías que haberle cogido, haberle sentado y haberle hablado!

–¿Hablar, a toro pasado? ¡Ya lo han hecho! ¿De qué sirve ahora darle la paliza si para ellos lo más importante se ha conseguido? ¡Tienen el dinero! ¿Crees que lo demás les importa?

–Al resto no sé, a Vic sí.

–No, ahora sé que es músico, realmente músico: va a lo suyo, como todos.

–No trates de justificar tus actos ni de poner etiquetas. No te va, Nunca te ha ido ese papel. Sabes muy bien que a Vic sí le importa. Puede que la música sea lo primero para él ahora mismo, pero te ha recuperado a ti, ha encontrado a un padre y ha hecho un amigo, el mejor. Le importa y mucho, ¡vaya si le importa!

–Es que ahora no puedo volver allí y tenderle una mano –profirió Julián.

–Ya lo sé. Ése es el problema.

–Y él no va a venir aquí.

–Eso ya no lo sé. ¿Cómo lo sabes tú?

–Tiene casta, orgullo. No es de los que pide perdón.

–Es que no tiene que pedir perdón. Sólo hablar.

–¿Y piensas que sabe eso?

–¿Lo sabías tú antes de hablar-discutir-pelearte conmigo?

–¡Joder! –exclamó Julián–. Eres tan sutil que a veces me cuesta pescarte.

Montse le tendió una mano.

–Ayúdame a preparar la cena, ¿quieres? –dijo.

–No tengo hambre.

–¿Qué vas a decirle a Vicky?

–¡Ésa es otra! –gimió Julián–. ¿Qué voy a decirle? ¡No puedo soltarle la verdad, así, a palo seco! ¡Se moriría del susto!

–Tendría derecho a saberlo.

–Pero es que YO no puedo decírselo. A quien le echaría los truenos encima sería a mí. Para ella, la culpa de que Vic sea músico es mía. Y de hecho yo le metí en esto y luego le abrí las puertas el día que fui a hablar con ella. ¡Me la jugué por él!

–¿Vas a pasarle factura? ¡Te la jugaste por ti tanto como por él! ¡Y a lo mejor ni siquiera te jugaste nada, porque las cosas habrían seguido el mismo camino! ¡No seas tan romántico!, ¿vale?

–Sólo sé que si le llegan a coger, Vicky me mata.

–Mira... yo también sé algo –Montse se detuvo frente a su compañero y apoyó el dedo índice de su mano derecha en su pecho–. Sé que Vic no es un drogadicto, ni un delincuente, ni un traficante. Ha cometido un error, y lo va a llevar encima bastante tiempo, máxime si además piensa que te ha perdido. Debajo de su pinta de chico-de-vuelta-de-todo, su pose de rockero duro, y de ese talento natural que ha heredado con tus genes, sigue estando el Vic que conocemos, más inocente de lo que él mismo sabe y menos de lo que tú y yo, o su madre, imaginábamos. ¿Sabes cómo se siente ahora mismo? Asustado. ¡Sí, asustado! Probablemente también esté arrepentido, acorralado, furioso, preocupado... lo que tú quieras, pero desde luego debe de estar muy asustado. Lo ha hecho una vez. No creo que lo repita.

–¿Cómo puedes estar segura de eso?

–Porque ahora ya conoce el miedo, y se ha dado cuenta de lo que ha estado a punto de perder, además de a ti.

–¿La música?

–Exacto, querido.

–Yo siempre he dicho que el que cae una vez, vuelve a caer otra.

–No es una regla fija, y en el fondo, comienzo a ver que no sabes nada de Vic. ¿Por qué crees que ni fuma ni bebe?

–Nunca le gustó.

–Ésa no es la razón prioritaria. Podía no gustarle de niño, pero ahora es casi un hombre, y la mayoría de los chavales comienza a fumar y beber antes de los catorce o quince años. Si él no lo hace es porque tiene un gran respeto de sí mismo. A ti te ha visto más o menos bebido, y sabe que cuando estás así no puedes tocar, porque no estás en condiciones. También sabe que en un grupo de rock siempre hay alguien que saca un porro, y ése es siempre el primer paso hacia lo imprevisible. Vic está tan pendiente de sí mismo, de su arte, de su capacidad, que quiere tener el cien por cien del control de su propia mente y de su propio cuerpo. Por eso ni siquiera fuma tabaco, y todo lo más bebe una cerveza en el aperitivo. Un día me dijo que la melodía de su vida o la letra capaz de marcar a toda una generación podría surgirle en cualquier momento, y que necesitaba estar al límite de su capacidad cuando ese momento llegase. Recuerdo que se puso a temblar al pensar en ello y dijo: «¿Te imaginas que en ese instante estuviese drogado o borracho, y la idea que me haría inmortal pasara de largo, sin poder hacer nada para retenerla, sin reconocerla siquiera?». Ése es tu hijo, y por eso sé lo que habrá pasado en ese viaje a Marruecos y que nunca más volverá a hacer nada parecido. Tú has sido siempre un gran músico, Julián, pero Vic puede que sea... un verdadero artista, porque es capaz de renunciar a todo por ese arte.

Bajó la cabeza. Montse le cogió de la mano y tiró de él.

–¿Qué puedo hacer? –preguntó Julián en voz alta.

–Con respecto a Vicky, decirle que han ido a tocar a Marruecos, y que Vic no quiso contarle la verdad por miedo, porque es una madre sufridora. Querrá creerlo, así que lo aceptará. Refunfuñará un poco y nada más. Y con respecto a Vic... por un lado verá que no se lo has dicho a su madre, y por otro... no sé, la verdad es que ahora mismo no sé.

–Lo he estropeado todo.

–¿Vuelves a lo masoca? Tú no has estropeado nada. Puede que lo estropees en el futuro, si Vic y tú no os arregláis. Pero eso depende de él tanto como de ti.

–Montse, no quiero perderle ahora –dijo Julián, abrazándola en la puerta del estudio.

Halló su calor, su comprensión, pero también la verdad.

–Es que si le pierdes ahora o en los próximos meses, será para siempre. Tenlo en cuenta, cariño.

Jo Mungo anotó el décimo título en su libreta de negras cubiertas de piel. La dejó sobre la mesa y se enfrentó a ellos.

–Estamos todos de acuerdo en estas diez –dijo–. Ahora hay que decidir las otras dos o tres, aunque ya sabéis mi opinión: por seguros que creamos estar, siempre es mejor grabar dos canciones más. Las que no entren pueden ir a la cara B de algún single, y aunque vayamos justos de dinero y de tiempo, el resultado final es lo que cuenta. ¿Cuál es el problema? ¿Siguen las discrepancias?

–Bueno, en las otras estamos de acuerdo, al cien por cien –explicó Emilio–, pero a partir de aquí cada cual tiene sus favoritas.

–¿Cuáles son los títulos que incorporarías tú? –preguntó el productor.

–«Al final del camino» y «Blackjack» –respondió inmediatamente el bajo.

–¿Fede?

–«Padre no hay más que uno» y «Árbol caído».

–¿Cati?

–«Padre no hay más que uno» y «Al final del camino».

–¿Vic?

–«Blackjack» y «Árbol caído».

–¿Vaya? –suspiró Jo Mungo–. ¡Empate a dos entre cuatro canciones! Tendré que decidir yo como productor, o grabar las cuatro y una vez hechas volver sobre el tema.

–Así, a priori, ¿cuáles escogerías tú, Jo? –quiso saber Emilio.

–Desde luego «Padre no hay más que uno», y la otra estaría entre «Árbol caído» y «Blackjack». De «Al final del camino» lo que me falla es... la letra y en consecuencia el título.

–¿Tan importante es una sola canción? –dijo Cati.

–Mirad –el productor adquirió un aire profesional, y pese a su juventud lo consiguió. Tenía magnetismo, se hacía oír, y lo que era más importante, respetar–. Hay grupos que basan un álbum en dos o tres canciones, y el resto es un mero relleno, bien trabajado, ajustado... sí, lo que queráis: pero no deja de ser un relleno para completar el álbum. ¿Qué pasa? Pues que si los singles, pese a todo, no funcionan, el invento se va al carajo, porque el resto no se sostiene por sí mismo. Pero si un disco tiene doce o trece canciones punta, de las cuales al menos la mitad pueden ser lanzadas en single, las garantías son mayores. Puede pinchar el primer single, el segundo, el tercero si es que se confía tanto como para eso, pero a la postre se venderá, por los singles o por el álbum en sí. En eso hemos de aprender de las grandes estrellas, como Michael Jackson o Springsteen. El público paga por una obra, no por dos canciones, una sonrisa y un relleno.

–¿Y por qué «Padre no hay más que uno»? –preguntó Emilio.

–¿Por qué no? ¿Porque parece y es demasiado comercial, un rock and roll sencillo y simple? Bien, ésa es su gracia: que nadie oculta que es un rock and roll sencillo y simple, al contrario: vamos a potenciarlo por ahí. Lo malo de las cosas comerciales es cuando se las quiere disfrazar. Pero veréis, hay algo más, y espero que me sigáis. El CD es muy fuerte, mucho. Vamos a potenciar esa fuerza. Sin embargo, hay que darle a la gente un respiro, un número de cierre, porque yo lo pondría al final, que les haga relajarse. Fijaos en el cine. Cuando una película está llena de momentos fuertes acaba ahogándote. Incluso en las grandes películas hay un punto de inflexión, casi siempre divertido, para motivar una sonrisa, soltar los nervios y recuperar fuerzas para el nuevo asalto. Un disco no es distinto, aunque se fragmente en singles o el que lo oiga pueda dejarlo y marcharse a la mitad. Yo no veo mal un número como éste, primero porque es bueno y segundo porque será lo que es: un divertimento.

–¿Y si se empeñan en sacarlo como single?

–Los singles los escogeremos nosotros, no Karma. Pero dejadme que os diga algo más. No iría para el primero ni para el segundo, pero según como vayan las cosas, como tercero o incluso cuarto... sería total. Decir «bueno, y ahora, esto». No olvidéis nunca que la música, por trascendente que sea o se pretenda, es

música, alegría, un entretenimiento tanto como un medio de comunicar sentimientos, y que el rock es la máxima libertad.

–De acuerdo –asintió Vic–. Grabaremos todas las canciones y después haremos la selección.

–Quería hablaros de algo más –expuso Jo Mungo.

–Adelante. Tenemos que dejarlo más o menos listo hoy, ¿no?

–Bueno, yo volveré a Barcelona la semana próxima, con las fechas exactas para la grabación. Supongo que ya os podré decir cómo veo cada tema. Vosotros concentraos en ellos. Y estaremos en contacto por teléfono. De lo que quería hablaros es de algo que veo más y más claro a cada momento.

–Vamos, suéltalo –pidió Fede.

–Un segundo guitarra –dijo el productor.

Se miraron entre sí, los cuatro. Fue Emilio el que convirtió el pensamiento de todos en palabras.

–Vaya, Julián tenía razón.

–¿Julián? ¿Qué Julián? –dijo Jo Mungo–. Si alguien os lo había sugerido ya, es que sabe lo que se dice. Teníais que haberle hecho caso.

–Dinos cómo lo ves –intervino Vic, sin responder a la pregunta de Jo.

–Es muy sencillo: en la grabación puedes doblarte a ti mismo, pero en directo no, y para eso es mejor empezar bien desde el principio. Un guitarra de ritmo te dará mayor libertad, aportará más consistencia al sonido, y cubrirá los posibles puentes entre los bloques solistas y el resto. Si encima conseguimos a alguien con buena voz, para los coros, mejor, porque ahí flaqueáis todos.

–Sí, tenemos voces de estropajo –reconoció Emilio.

–¿Has pensado en alguien? –insistió Fede.

–¿Habéis oído hablar de Noche Azul? Son de aquí, de Barcelona.

–Sí –dijo Vic.

–Se separaron hace poco y hay un elemento al que he seguido de cerca. Se llama Chema y tiene diecisiete o dieciocho años. Ni siquiera creo que haya cumplido los dieciocho. Yo no quiero meterme en vuestros asuntos, pero deberíais llamarle, hablar, probar con él. Luego ya me diréis. A él le interesará, seguro.

Fede hizo una mueca.

–Lo malo es que el dinero es nuestro y las hemos pasado putas tanto tiempo juntos que... no sé, que venga ahora uno y lo aproveche todo, por la cara...

–Bueno, las cosas claras –opinó Jo–. Se lo decís. Que ponga su parte y si está sin blanca, producís el disco vosotros cuatro y yo. Una cosa es una cosa y otra, otra. Cuando en una banda hay cambios, los nuevos casi nunca entran como «socios de pleno derecho», ya lo sabéis.

Cati se levantó. Los cuatro miraron hacia ella.

–Seguid, no os preocupéis por mí. Voy al lavabo –dijo la teclista.

La vieron alejarse pasando entre la gente que llenaba el bar a aquella hora. Todavía era visible, a menos de cinco metros de ellos, cuando Jo Mungo bajó su tono de voz.

–Bien –dijo en una súbita premura–, esto pensaba decíroslo uno a uno y en privado, o por teléfono, pero voy a aprovechar la oportunidad. Tal vez os parezca que me meto donde no me llaman, pero conozco el negocio, el tinglado, y pienso que el productor es siempre el miembro extra de cada grupo. Todos queremos conseguir un éxito, ¿no?

–¿Qué quieres decir? –preguntó Vic.

Jo Mungo señaló el espacio vacío dejado por la muchacha.

–Cati –dijo.

–¿Qué le pasa? –vaciló Emilio.

–Si no lo sabéis vosotros, que lleváis juntos todo este tiempo, a mí no me lo preguntéis.

Fede y Vic intercambiaron una mirada.

–Lo has notado, ¿verdad? –dijo el primero.

–Sí –afirmó Jo Mungo.

–¿Notar qué? –exclamó el bajo.

–No está en la onda –fue terminante el productor–. Ha perdido fuerza, confianza, sentido del ritmo. Es como... como si estuviese agarrotada, o peor: muerta.

–¿Es grave? –preguntó Vic.

–Tú sabes que sí.

–Yo no lo había notado –murmuró Emilio con asombro.

–Será porque te gusta –le dijo Fede dándole un codazo, pero sin ningún entusiasmo.

–Ella está con nosotros –dijo Vic, firme, mirando al productor–. Ha estado desde el primer momento. No vamos a echar a nadie.

–Los Beatles, mientras grababan su primer sencillo, tuvieron que cambiar al batería. Se lo dijo su productor y lo entendieron, porque se estaban jugando la carrera.

–Si es necesario, además de un segundo guitarra, meteremos un segundo teclista –insistió Vic, más terminante aún–, pero Cati se queda.

–¿Qué decís vosotros? –preguntó Jo Mungo dirigiéndose a los otros dos.

–Estamos con Vic –dijo Fede sin vacilar.

–Se queda –convino Emilio–. Eso no hay ni que discutirlo.

Jo Mungo levantó ambas manos.

–De acuerdo –dijo–. Es vuestro grupo, vuestro dinero y vuestro futuro. Como productor haré lo que pueda a la hora de grabar, y siempre cabe meter alguna ayuda externa, pero yo de vosotros no echaría en saco roto lo que os he dicho. Hablad con ella, preguntadle qué le pasa, y le dais un poco de caña. Os queda, aproximadamente, un mes, seis semanas a lo sumo, para meteros de cabeza en el estudio. Y para entonces tiene que estar todo perfectamente medido y controlado.

–Ahí viene Cati –cuchicheó Emilio.

Reaccionaron tarde y mal. Sus expresiones todavía eran un poemario. Jo Mungo salvó la situación inesperadamente.

–¿Así que no sabéis a qué viene lo de Jo Mungo? –preguntó con voz estridente y alta, acompañándose con una carcajada–. Pues resulta que me llamo Joseba Munarroitia Gorriaestarán, y claro, ¿quién se come eso? Me quedé con lo de Jo Mungo. ¡Pero no se lo digáis a nadie!, ¿vale? Es uno de mis secretos profesionales.

Realmente logró sorprenderlos.

Cuando llegó al local de ensayo, Cati ya se encontraba allí, esperándole. Estaba tocando «Yesterday» con el órgano.

Y a veces un órgano podía sonar muy triste.

–Cati... –la saludó al entrar.

–Hola, Vic –le correspondió ella.

Cerró la puerta y la miró. La teclista no sostuvo esa mirada, pero tampoco continuó tocando. Esperó, paciente, relajada.

Con una extraña y tenue luz en su rostro eternamente blanco.

Vic se quitó la cazadora. La lluvia había refrescado el tiempo. La dejó sobre la silla y se acercó a su compañera, pero quedándose al otro lado del sistema de teclados. Le cogió una mano, casi por instinto.

Cati la retiró, con suavidad no exenta de firmeza.

–Tu llamada me ha dejado... –comenzó a decir él–. ¿Qué pasa?

–Quería hablar contigo a solas.

Pensó en su padre. Tenía que haberlo hecho por sí mismo, mucho antes.

Esperar no sirve de nada.

–Yo también...

–No –le detuvo ella–, soy yo la que quiere hablar, ¿de acuerdo? Y como lo que tengo que decir no es fácil, por favor, te pido sólo dos cosas. La primera, que me escuches; la segunda, que trates de entenderme.

Estaba muy serena, sorprendentemente serena, como si el fin de semana sin

verlos hubiera sido un bálsamo. Parecía incluso más mujer. Ahora sí alzó la vista y la depositó en él.

Esta vez Vic no habló.

–Me voy –dijo Cati.

–¿Adónde?

–Me voy –repitió ella–. Del grupo. Os dejo.

Fue un golpe. La estupefacción de su rostro le abrumó.

–¿Qué?

–No pienses que ha sido fácil, de verdad. Sin embargo, cuando las cosas se han vuelto claras... no sé, todo ha sido más sencillo. En otras circunstancias lo más seguro es que me hubiese echado a llorar a las primeras de cambio. Aún puede que lo haga, depende de lo insoportable que te pongas –sonrió sin ganas–. Lo importante es que sé lo que me digo, y tengo las razones suficientes para hacerlo.

–No, no sabes lo que dices. ¿Cómo que te vas? ¿Estás loca?

–Hace ya algunos días, puede que semanas, que me parecía que algo no funcionaba. Pensé en el ambiente general, en la tensión, lo que pasamos en Marruecos y al entrar toda aquella mierda en España, pero... me engañaba. Lo que pasaba estaba aquí –tocó con un dedo sus teclados–, en mí.

Vic comenzó a envararse.

–Estás nerviosa por la grabación, eso es todo –objetó él.

–Por favor, seamos sinceros. Siempre lo hemos sido, al menos en lo musical. No lo estropees ahora, al final. He hablado con Jo Mungo, ¿sabes?

Apretó los dientes y aplastó un puño contra el Yamaha.

–¡Mierda! –exclamó–. ¿Qué te ha dicho? ¿Por qué no se mete en sus cosas? ¡No es más que el productor!

–Yo le llamé a él –dijo Cati–. Y te equivocas en tu apreciación: es el productor, y es el mejor, por eso le quisimos en lugar de cualquier otro e hicimos lo que hicimos.

–¿Tú... le llamaste?

–Sí.

–¿Por qué?

–Porque soy consciente de que vosotros habéis progresado mucho, y yo... yo me he quedado atrás. ¿Te parece una buena razón?

–No, ni mucho menos.

–Pues no hay más.

–Sí hay más. Es culpa mía. Quieres irte por mi culpa.

–No, Vic –Cati lo dijo llena de dulzura–. Los sentimientos no tienen nada que ver. El trabajo es el trabajo y nuestra responsabilidad empieza ahí. Tú eres un gran músico, y eres muy consciente de ello, por esta razón te has mantenido siempre fiel a ti mismo. Fede también lo es, sobre todo teniéndote a ti de líder musical, y Emilio. Con vosotros dos al lado es capaz de llegar a donde quiera, porque tiráis de él. Los tres sois esto –apretó su puño ante él, con fuerza–, pero yo... sé lo que puedo dar de mí, honestamente, y hace ya algunas semanas que no consigo dar más.

–Cati, tú también...

–No, yo no, ¿qué quieres que te diga? ¿Crees que para mí no es fuerte? Lo es y mucho. Si siguiera os perjudicaría, y a la larga me haría aún más daño a mí misma.

–Pero ¿es que no ves que no puedes dejarlo? ¡No ahora! ¡Tú has luchado como el que más, y a veces ha sido tu energía la que ha hecho que Fede y yo no nos tiráramos los trastos a la cabeza!

–Vic, es inútil. Se lo he dicho a Jo Mungo y ha sido sincero conmigo: él lo sabía. Si lo ha sido un extraño al que acabamos de conocer, ¿por qué no puedes serlo tú? Primero quería contártelo a ti.

–¿Es tu forma de echármelo en cara?

Fue Cati la que le cogió ahora la mano a él.

–¿De veras crees eso? Si es así es que me conoces muy poco, y si no... no tendrías que haberlo dicho. ¿O eres tan presuntuoso que te crees el ombligo del mundo?
–sonrió por segunda vez, con la misma serenidad.

–Desde aquella noche nada ha sido igual. No tuvo que suceder. Cometí un estúpido error –suspiró Vic.

–Sucedió, y no hay que darle más vueltas. Es un recuerdo bonito que nos une y que estará siempre ahí. Lo más probable es que volviera a pasar una y mil veces en las mismas circunstancias.

–¿Y con Fede?

–Nada –dijo Cati–. Eso sí fue un error, aunque también está ahí.

Vic unió su mano libre a las de ella reteniendo la suya. Se sentía súbitamente vacío, extraño. Tuvo que apoyar la cabeza en la de la muchacha.

–No te vayas ahora, Cati, por favor. El grupo no sería lo mismo.

–Es que ya no va a ser lo mismo, Vic. Esto va en serio y ahora es el momento de hacerlo. Dejamos de ser cuatro locos cargados de sueños para enfrentarnos a la realidad. Y la realidad es única: vosotros tres tenéis algo muy importante por lo que luchar, y yo tengo mi dignidad.

–Tú estás tan loca por la música como nosotros, ¿qué harás?

–Desde luego, dejarlo no –repuso ella–. Lo más probable es que forme otra banda, con gente de mi altura y que empiece de nuevo. No es el fin. Quiero tocar, vivir de esto, grabar... pero sin engañar a nadie. En el fondo deberías agradecerme y algún día lo harás.

–No fastidies.

Levantó una mano para obligarle a mirarla. La dejó en su barbilla. Estaban muy juntos, separados tan sólo por unos centímetros.

–Me parece que incluso tengo al teclista que os conviene. Con él y el nuevo guitarra... ¡qué fuerte! Tendréis ya la imagen perfecta para el lanzamiento y desde el primer momento. En cuanto al dinero... si se te ocurre la tontería de citarlo, te diré que no voy a tocarlo. ¿Dónde puedo hacer una mejor inversión? Sigo siendo una de las coproductoras, ¿no?

–Claro –susurró Vic.

–Quisiera hacer dos cosas más –dijo Cati.

–¿Cuáles?

–Una, pedirte que llames a tu padre, si no ahora, más adelante. Es un tío grande y le echas tanto de menos como todos nosotros.

–¿Y la segunda?

–No es exactamente una petición.

Acercó sus labios a los suyos y le besó. Primero fue apenas un roce, después él entreabrió los suyos y la invitó a seguir y rematarlo. Quedaron unidos por ello a lo largo de los siguientes segundos.

En silencio.

Hasta que se separaron y Cati dijo:

–¿Lo ves? He conseguido no llorar.

Entonces comenzó a hacerlo, suave pero desconsoladamente, con todo el abrumador peso de sus sentimientos desatados a flor de piel.

Jo Mungo subió ligeramente el volumen de todos los canales de la percusión, desplazando los mandos con las manos abiertas, como si acariciara una parte de la gran consola de treinta y dos pistas. Los mantuvo ahí, hasta que de nuevo, lentamente, volvió a bajarlos. Al mismo tiempo le hizo una señal al ingeniero de grabación, igual que un excelso director de orquesta. El ingeniero fue bajando el volumen general, muy despacio, siguiendo su indicación hasta llegar al fundido final.

Los cuatro enormes altavoces suspendidos de la sala, frente a ellos y encima del grueso cristal doble que les separaba del estudio de grabación, dejaron de verter sobre sus cabezas el intenso caudal sonoro del que habían estado pendientes.

El propio Jo Mungo rompió el silencio.

–Esto es, aproximadamente, lo que quiero hacer, ¿entendéis? –comentó–. No es más que una simple mezcla manual y quiero nivelar mucho ese bajo y corregir otros detalles, pero la síntesis está ahí, ¿qué os parece?

–Muy bien –dijo Fedé.

–La verdad es que suena de fábula –ponderó Emilio.

–Creo que yo tendría que volver a grabar esa voz –lamentó Vic.

–Estoy de acuerdo contigo –corroboró el productor.

–¿Otra vez? –se extrañó el bajo.

–Sí, hay que darle más entonación, más fluidez. Sobre todo en el bloque sin música suena demasiado... –Vic buscó la palabra–, ¿agarrotada?

–Pedante –sonrió Jo–. Cantas sabiendo que en ese momento no hay nada más a

tu alrededor, que estás solo y te sientes en la necesidad de hacerlo todo. Deja que tu voz sea simplemente tu voz, desnuda, sin más. Si quieres te meto música por los cascos, para que cantes sobre ella y te sientas arropado.

–No, no será necesario. ¿Quieres que lo pruebe ahora otra vez?

–¿Qué hora es? –preguntó el productor.

Chema era el único que llevaba reloj. Lo examinó.

–Las cuatro menos diez.

–¿Ya? ¡coño! –silbó Carlos.

–¿Cuánto llevamos aquí?

–Desde las cinco de la tarde... echa cuentas –dijo Jo. Y se dirigió a Vic para agregar–: No, dejémoslo para mañana. No te saldría mejor a estas alturas y con lo que llevamos encima.

–Entonces, ¿lo dejamos ya? –se desperezó Fede.

–Yo creo que sí –Jo miró al ingeniero de grabación–. ¿Bien?

–Bien –convino éste.

Ninguno se movió. Emilio y Chema, el nuevo guitarrista, ocupaban las dos únicas butacas de la sala. Fede estaba sentado en un ángulo de la mesa de mezclas. Vic y Carlos, el nuevo teclista, estaban de pie, junto a Jo y el ingeniero de sonido.

–Lo importante es que hemos logrado ese sonido –dijo el productor mirándoles a todos, uno a uno–. Realmente lo habéis conseguido. Enhorabuena.

–Eso se lo dirás a todos tus grupos –bromeó Fede.

–Ya sabes que sí, pero sois los primeros en alucinar con esto –señaló la ancha cinta en la que se hallaba grabada la última canción–, ¿o no?

Asintieron con la cabeza. Una mezcla de orgullo y satisfacción los envolvió. De alguna forma sabían que una parte del trabajo del productor, tal vez una de las más importantes junto a la imaginación y el conocimiento del material con el que trabajaba, musical y humano, era infundir confianza y seguridad al conjunto, máxime tratándose de un grupo nuevo grabando su primer disco. En este sentido, Jo lo había conseguido.

Y no sólo por ellos tres, sino también por los dos elementos nuevos, ya sólidamente integrados en la banda.

Comenzaron a moverse, pesadamente, cansados. Hubieran seguido tocando

una, dos, tres horas, pero el anuncio del fin hacía que de pronto el agotamiento aflorara a sus cuerpos de golpe. Vic fue el único que permaneció en su sitio, mirando el equipo de grabación como si quisiera meterse dentro, formar parte de aquel complejo hasta el fin.

–¿Sigues pensando que éste podría ser el primer single?

–¡Eh, vamos, descansa! –le dijo Jo frunciendo el ceño mientras forzaba una sonrisa de rendición–. ¿Es que no puedes parar ni un segundo?

–¡Ése es Vic! –dijo Fede dándole una palmada en la espalda.

–Di –insistió el cantante y guitarra.

Jo Mungo fue convincente.

–El tema lo tiene todo –refirió–. Es fuerte, ágil, se queda, tiene una buena entrada, una letra actual... ¿qué más puede pedirse? Entonces para el segundo sacaríamos la balada, con todo su peso. Hacerlo al revés entraña demasiado riesgo. Las canciones lentas funcionan mejor y duran más, pero de salida... Nadie os conoce. Primero, dar caña, demostrar quiénes sois. Cuando esto ya marche, ¡bum!: la balada, probablemente en otoño.

–Sigo pensando que es mejor decidirlo cuando lo tengamos todo listo, mezclas incluidas –opinó Fede.

–Yo también –dijo Jo–, pero aquí McCartney...

El ingeniero de sonido cerró las luces del estudio. Esperó a que el último de ellos hubiera salido de la sala de control e hizo lo mismo, desconectando el equipo. Los alcanzó pasillo arriba. No tuvo que correr para eso, pues todos se movían con la misma cachazuda pesadez.

Fede hablaba con Chema y Carlos.

Jo esperó al ingeniero.

Vic se encontró con Emilio a su lado.

–Oye –le dijo el bajo–, ¿qué sabes de tu padre?

–Nada.

–¿Nada?

–No, nada, ¿vale?

–Yo creo que debería oír eso –dijo Emilio.

–Ya lo oirá.

–¿Cuándo?

–Cuando salga, seguro.

–Eres la leche, tío. Con un padre así y...

–Son las cuatro, no me toques las pelotas, ¿quieres?

–¿Así que ahora son las cuatro? –exclamó su compañero poniendo voz de obsesión mental–. Pero ¿por qué no le llamas?, icoño! Estuvo desde el comienzo, desde que esto empezó a ir en serio, y pienso que...

Vic interpuso una mano entre Emilio y él, furiosa, conminadora.

Aunque lo peor para su amigo fue su expresión.

–Olvídame, ¿ok? –sentenció.

Y aceleró su paso hasta salir por la puerta, el primero, solo, bajo una noche serena y plácida, estrellada, aunque él tuviera la cabeza llena de nubes tormentosas.

La luz roja del locutorio se apagó y el presentador del programa levantó una mano. Al instante empezó a hablar empleando la más profesional de sus voces y el tono más habitual para sus oyentes radiofónicos.

–Y aquí, en directo, en vivo, como cada tarde y desde tu emisora –anunció–, la mejor música y... ¡sus protagonistas!

Bajó la mano. Al otro lado del cristal del locutorio, el técnico de sonido pinchó el disco que tenía preparado. Una breve ráfaga de cinco segundos. El disc-jockey le hizo una nueva seña y el volumen bajó gradualmente mientras él recuperaba el hilo de su alocución.

–¿Cómo os suena? ¡Seguro que bien! Éstos son, y aquí están. Atención porque... immmm, chica!, ¡ey, chico!... ¿estáis a punto?... Vale, vale, un poco más...

Se repitió la operación. Mano, técnico, ráfaga, un corto estallido de sonido. El estilo repetitivo de la mayoría de los disc-jockeys, compulsivo, cortante. Y vuelta a su presentación.

–Tenemos nuevo verano a la vuelta de la esquina, y tenemos grupo revelación subiendo como la espuma. Aquí están: ¡XYZ! ¡Nombre curioso! ¿Te recuerda tu examen de matemáticas? ¡Anímate, porque ésta sí es la fórmula! ¿Quiénes son? De momento Vic, Fede, Emilio, Chema y Carlos, pero pronto, muy pronto, te serán familiares. *Fuego en el cuerpo* es su primer single, ¡y suena así! ¿Quién no lo ha oído ya?

Esta vez la canción llegó a sonar quince segundos. Los cinco miembros del grupo, sentados en torno a la mesa circular del locutorio, continuaron esperando pacientes. En una silla, apartado, el promotor de Karma Discos leía el periódico aburrido. El disc-jockey cortó el tema a mitad del solo de guitarra.

–Vic... oye, ¿por qué lo de Vic?

–Vicente era un poco largo.

–Bien, Vic, cuéntanos un poco qué es XYZ.

–Una energía.

–Una energía –repitió el disc-jockey, despacio, como si se lo tomara muy en serio–. Yo creía que era un grupo. ¿Por qué es una energía?

–Porque grupos hay muchos y buenos, pero nosotros partimos de algo más.

–En una vida anterior fuimos pilas –intervino Fede.

–Él no –agregó Emilio–. Él fue siempre una batería, por eso ahora es el batería.

–Bien, bien, bien –cantó el disc-jockey–. Ya veo que vuestra música es fuerte, seria, pero que a vosotros os va la marcha, ¡como tiene que ser! Ahora pensad en las fans: ¿qué edades tenéis?

Vic se estremeció. Fans. Eran un grupo de rock, no un grupo de fans. Increíble. ¿Estaban todos sordos? ¿Es que no habían oído el disco? Probablemente no. La mayoría de los disc-jockeys vistos eran como aquel tal Ricardo y-algo-más, y la mayoría de los que les quedaban serían iguales, cortados por el mismo patrón de la frivolidad. ¿Alguien podía tomárselo en serio?

Le llegó su turno.

–Dieciocho –dijo.

En una de las muchas charlas con su padre, éste le había hablado de «la promoción», y le había contado algunas buenas anécdotas con periodistas y disc-jockeys de toda España, suyas y ajenas. En una ocasión a un grupo español que había hecho una versión de un tema de Falla, un locutor avisado, al oír sus nombres, les preguntó: «¿Así que Falla no ha venido?». Y no era ninguna broma. Ni siquiera supieron cómo decirle que el ilustre compositor llevaba muerto muchos años.

La España opuesta, la que formaba el abismo entre la eterna pandereta y el rock.

Y siempre pensando que el público era subnormal.

–Veamos, ¿cómo nació XYZ?

Fede tomó la palabra. De hecho lo habían decidido así al comienzo. A Vic no le gustaba hablar y en cambio Fede era el chistoso, el desmadrado, el incontenible. Carlos, el teclista, también era un cachondo. Lo malo es que los periodistas y los

disc-jockeys siempre se dirigían a él, por ser el cantante básicamente.

Comenzaba a entender mucho más a Dylan, a Springsteen, a todos aquellos que no concedían entrevistas, aunque ello facilitara la especulación en torno a sus vidas y sus obras. Claro que todos habían tenido un comienzo, una necesaria etapa de «promoción».

Miró la hora. Llevaban ya cuatro emisoras de radio y les quedaban otras tres, sin contar un periodista a última hora. Igual que el día anterior, y el otro, y el otro, e igual que al día siguiente, y al otro, y...

Desde que se había editado el disco ni siquiera habían podido ensayar.

Pero lo peor eran aquellas preguntas, repetitivas, amorfas, constantes. ¿Por qué no hablaban de música? O mejor aún: ¿por qué no oían el disco? ¡Ahí estaba todo, todo! ¡XYZ era el potencial albergado en cada pista!

—...el resto está aquí —concluía en aquel momento Fede—, en nuestro primer disco. Jo Mungo nos escuchó, dijo que estaría encantado de producirnos y lo hizo.

—¿Por qué XYZ?

—Pues porque son las tres últimas letras del alfabeto y... es algo así como una simbología, ¿entiendes? Queremos hacer el rock total, llevar el sonido hasta su última dimensión.

—¿Qué músicos os han inspirado? ¿Quiénes son vuestros mitos?

—Tenemos una mezcla muy fuerte de estilos y tendencias, aun dentro del rock —dijo ahora Vic—, pero el origen siempre es el mismo, los grandes bluesmen de los años cuarenta y cincuenta y, por supuesto, los grupos clave de los años sesenta y setenta, como Led Zeppelin.

No le dio nombres. No quería ponerle en un aprieto. ¿Sabría quién fue Robert Johnson, el negro mujeriego y de vida dramática, que murió asesinado tras haber grabado únicamente dos docenas de canciones rudimentariamente en la habitación de un motel asqueroso, y que era toda una leyenda? ¿Conocería a Jimmie Rodgers, padre del Blue Yodel y el motor del folk y el country más potente, muerto de tuberculosis a los treinta y seis años de edad, en 1933? ¿Habría oído siquiera hablar de Big Bill Broonzy, Lightnin' Hopkins, «Big Mama» Thornton, Sonny Boy Williamson, John Lee Hooker, Howlin' Wolf, Willie Dixon, Leadbelly y tantos otros?

—Y esta canción tan formidable, «Fuego en el cuerpo». ¿Cómo escribisteis esa

letra, Vic?

–Se me ocurrió viendo la película del mismo título *Fuego en el cuerpo*, en la que se lanzaron a la fama Kathleen Turner y William Hurt. Habla de un hombre que está ardiendo por dentro, pero que es muy frío por fuera.

–¿Cómo los frigoríficos! –dijo el disc-jockey–. ¡Necesitan calor y electricidad para hacer frío! –se rió de su gracia mientras hojeaba las cuartillas promocionales que las compañías discográficas envían a los medios de comunicación con cada disco, incluyendo citas biográficas y cuanto pueda ser útil. Se quedó con un dato–. Bueno, Vic, sabemos que tú eres precisamente hijo de un gran guitarra español, un veterano de los años gloriosos. Aquí sí puede decirse eso de que «de tal palo, tal astilla», ¿verdad?

Los demás miraron a Vic, aunque no era la primera vez que le hacían la pregunta. Su compañero estaba serio, mirando a ninguna parte.

–Le debo a mi padre todo lo que soy, es cierto –reconoció él–. Me regaló mi primera guitarra, pero antes ya me había regalado algo mejor: toda la música que llevaba y lleva dentro.

Se detuvo un momento. De hecho, iba a seguir hablando. De pronto, inexplicablemente, sentía una necesidad.

El disc-jockey no le dejó.

–¡Rockeros unidos, jamás serán vencidos! –gritó–. ¡Y ahora vamos con un poco más de XYZ! ¿Qué tal ese fabuloso tema del disco titulado «Padre no hay más que uno»? ¡Pero qué fueerrrte...!

Bajó la mano y en el mismo instante saltó a las ondas la furiosa guitarra que abría el potente rock and roll.

Vic continuó inmóvil, serio y con la misma mirada perdida en algún lugar frente a él.

O quizá muy, muy dentro de él.

La presentadora del programa de televisión dirigió la mejor de sus sonrisas a la cámara dos al mirar hacia ella una vez encendida la luz roja del piloto de emisión. Comenzó a hablar inmediatamente, sin más preámbulos, por encima de un griterío situado al fondo.

–La subida más fuerte esta semana en nuestra lista nacional de ventas ha sido la de XYZ. Pasan directamente del puesto número veintisiete al doce, a un paso ya de colarse entre los diez primeros y aspirar al número uno. Naturalmente, hoy los tenemos aquí. Presentamos su vídeo hace cuatro semanas y ahora vamos a verlos en directo con ese esencial «Fuego en el cuerpo», que los ha colocado a la cabeza de los grupos revelación del año –mientras hablaba, ya hacia el final, se desplazó hacia su izquierda. Se produjo un cambio de cámara y esta vez el plano fue general, con ella subiendo al gran escenario donde ya estaban esperando los cinco miembros del grupo. Se detuvo junto a Vic y le envolvió en su popular y conocida sonrisa–. Y aquí, a mi lado, está Vic, cantante, guitarra y autor de «Fuego en el cuerpo». Dime, ¿qué se siente al pasar del anonimato a un primer plano de interés popular en poco menos de un par de meses?

–Es una sensación extraña, difícil de explicar, sobre todo porque incluso para nosotros es aún muy nuevo. Las cosas han ido muy rápidas desde que apareció nuestro disco.

–¿Cómo es posible que de pronto salga un grupo como vosotros, tan fuerte, haciendo un rock tan ambicioso, y con un cantante y guitarra como tú, que pareces... no sé, llevar ya la tira de años tocando?

–Bueno, para la gente sí, somos nuevos: primer disco y el revuelo que se ha armado con «Fuego en el cuerpo», pero nosotros, la base del grupo, llevamos ya tres años tocando, ensayando mucho, apostando por un tipo de música que es el

que nos va. En cuanto a mí... soy hijo de guitarrista, así que supongo que debe de ser cuestión de genes, aunque lo importante en nuestro estilo y nuestro sonido es el conjunto.

La presentadora se enfrentó a la cámara, que la cogió más de cerca, cambiando el plano general por uno medio que incluía a Vic.

–Preparaos pues para una de las emociones fuertes del programa de hoy. XYZ para todos vosotros y con mucho... ¡«Fuego en el cuerpo»!

Una cámara situada al fondo del plató captó la escena general, la presentadora, alejándose del escenario, el grupo dispuesto para entrar en liza en cuanto sonaran las primeras notas del play back, y una masa abigarrada de chicos y chicas que aplaudían y agitaban los brazos, de espaldas a la cámara y de cara al escenario. El *impasse* fue muy breve.

Sonó el tema y todos, como uno solo, hicieron ver que tocaban sus instrumentos y cantaban.

Era la primera vez que aparecían en televisión, y la primera vez que hacían un play back. Vic se sintió estúpido, ridículo, abriendo y cerrando la boca sin decir nada, pero más lo fue fingir que tocaba la guitarra y hacía el espectacular solo de la canción, a mitad de ella. Ya no era tocar, sino actuar. Tuvo que olvidarse de muchas cosas, de golpe. Sabía que sería así, pero hasta ese momento no supo cómo reaccionaría. Ni siquiera habían ensayado.

De alguna forma era un primer precio a pagar, lo mismo que no ensayar o perder el tiempo en entrevistas estúpidas.

Tenían ya el verano repleto de galas.

Tenían en la palma de la mano lo que siempre habían soñado.

Tenían lo que querían.

Aunque las formas, los conceptos, los sistemas, no tuvieran nada que ver con la música ni con ellos mismos.

Cerró los ojos. Se imaginó que estaba tocando realmente en directo, y que aquel solo punzante y vital no surgía de los altavoces del estudio de televisión, sino de sí mismo y de su guitarra.

Tocar. Actuar.

No eran más que sensaciones.

Lo importante era llegar a creérselo.

Y aprender rápido.

Acabó el solo de guitarra y se acercó al micrófono. Los chicos y chicas gritaban, entusiasmados. Ellos admiraban su imagen, guitarra en mano, como cualquiera de los nuevos héroes. Ellas le adoraban. Un mes antes no le conocían, tal vez ni le hubieran mirado por la calle. Pero ahora le adoraban, querían tocarle con sus manos extendidas, le pedían amor y le daban el suyo propio. Sus rostros eran iguales en todas partes.

Y, sin embargo, en cada uno de ellos anidaba una energía, una identidad, común al resto pero individual en sí misma.

Era su público.

Le pertenecía y él les pertenecía a través del intercambio de la música.

Fingió que volvía a cantar la canción, con mayor vehemencia. Emilio y Chema estaban juntos, espalda contra espalda, moviéndose como si una corriente eléctrica los atravesara. Carlos parecía martillear el teclado y Fede lucía su innata rapidez sobrevolando con sus palillos la nueva batería recién comprada. Todo era nuevo. El dinero ya no era problema. Todo menos su Ibanez Artist.

La cámara tres le enfocó a él, y se acercó. Sabía que le tomaba un primer plano. Recordó a algunos de sus ídolos, especialmente a Jim Morrison, y la miró desafiante.

Luego sonrió.

Sin dejar de mirarla fijamente.

Y no dejó de hacerlo mientras concluía la historia del hombre que se consumía por dentro, porque en su interior vivía el fuego eterno. Un hombre que por fuera tenía ojos de hielo y labios fríos, la piel helada y el cuerpo muerto.

Un hombre que no podía aquilatar sus dos mitades.

La cámara congeló su sonrisa, como si siguiera el hilo de la canción, y penetró en su mirada a través de la última nota. El griterío entusiasta del público lo dominó todo durante unos segundos.

Un año antes, un mes antes, un día antes.

Qué más daba.

El futuro acababa de comenzar.

La imagen congelada de Vic inundó la pantalla del televisor, se apoderó de ella, se contagió de su sonrisa fuerte y segura, y luego se perdió en sus ojos en el fundido final, mientras los aplausos morían en su último éxtasis.

Su magia todavía perduró unos instantes.

Después, el montaje en vídeo de la pausa intermedia del programa cerró la escena. Una música habitual dio paso al primer anuncio.

La chispa de la vida.

Julián, frente a la pantalla, no se movió.

Fue Montse la que, con el mando a distancia, bajó el volumen. Con un segundo mando apagó también el vídeo, que seguía grabando.

Julián reaccionó.

–El muy... –suspiró.

Montse convirtió en palabras su pensamiento.

–Son buenos, muy buenos –dijo–, y él especialmente. Canta, toca y compone como un grande.

–Hoy aprenden rápido.

–No. Es algo más. Es tu hijo.

Julián se levantó. Pareció que iba a meterse en el estudio pero se detuvo en la puerta, mirando hacia dentro.

–¿Quieres volver a verlo? –preguntó Montse.

–No, ahora no. Déjame digerirlo.

Era la primera vez que le veía desde aquel día en el local de ensayo. La primera vez en muchos meses. Demasiados ya. Daba la impresión de que hubiera pasado una eternidad.

También daba la impresión de no ser siquiera el mismo.

Sólo unos pocos elegidos tenían el carisma suficiente para llenar una pantalla de televisión con una mirada y una sonrisa.

Paseó una mirada dolida por el estudio, vacío de calor y emociones. En el reproductor esperaba el CD de XYZ. Formaba ya parte de él. No había salido de allí desde su llegada, un mes antes.

«Fuego en el cuerpo», «Sonido azul», «Intimidad», «En la esquina del círculo», «Padre no hay más que uno», ni un desperdicio, todo encajado al cien por cien, letras, música, calidad, una producción de lujo, un estilo, sonido, poder...

¿Había algo más?

Miró la mano con la que un día le pegó a Vic. La razón ya no era importante. El hecho sí.

Pero la razón ya no.

–¡Joder! –dijo sin su peculiar entonación, con cansancio.

–¿Qué? –preguntó Montse.

–No, nada.

Sonó el teléfono. Reaccionó de forma inmediata, como si el timbre le liberara de su inmovilidad.

–Ya voy yo –le dijo a Montse.

Posiblemente serían Víctor o Estanis. Era curioso. También su suerte parecía haber cambiado. Querían que tocara como músico en un par de álbumes y el bueno de Max insistía en grabar un disco con él, mano a mano. Guitarras puras. Aún era posible.

El padre de Vic.

Pero aún seguía siendo Julián Prats.

Un periodista de la vieja escuela, de los de verdad, con la memoria del tiempo en su pluma, se había encargado de recordar que aún no estaba muerto.

Llegó al dormitorio y se sentó en la cama. El teléfono emitía su tercer alarido monocorde. Lo descolgó apostando por Víctor. Era el que más prisa tenía. Quería

grabar la semana entrante y necesitaba ensayar con él un par de días, por lo menos. Era un buen tipo. Sería estupendo meter una buena guitarra en un par de sus temas.

–¿Sí?

–¿Julián? Soy yo, Vicky.

Vicky.

–Hola –reaccionó de nuevo–. ¿Cómo estás?

–¿Le has visto? –preguntó ella obviando su pregunta.

–Por supuesto, mujer.

–Yo ya no entiendo mucho, he perdido la onda desde... bueno, desde cuando estaba metida en esto contigo, pero me parece extraordinario. ¿Será pasión de madre?

–No, no lo es.

–¿Lo dices en serio?

–Lo digo muy en serio. El condenado tiene todo lo que tuve yo y más, mucho más. Te dije que podía conseguirlo, que eran otros tiempos y que la apuesta valía la pena.

–Entonces...

–Puedes estar tranquila, al menos en un aspecto: la sociedad ha perdido un mediocre arquitecto o un médico regular y ha ganado un buen músico.

–Dios mío... Julián, hace un momento, en televisión, le he visto tan diferente, tan... mayor.

–Ha crecido, en todos los sentidos.

–Y se nos ha ido de las manos. Al menos para mí.

–No digas eso.

–Soy realista. En cierto modo es como si le hubiese perdido. El rock es un rival muy fuerte. Lo sé por experiencia.

–Él es feliz. Va camino de ser una estrella, pero aún más de sentirse bien consigo mismo, de ser uno con su propia naturaleza. Saldrá adelante, que es lo que importa.

–Julián...

–¿Qué? –la alentó al ver que se detenía.

–Estarás cerca de él, ¿verdad? Quiero decir que... Tú conoces toda la mierda del tinglado, lo que hay detrás de esa falsa pantalla que llaman éxito. Por favor...

–Estaré con él.

–Julián, por favor...

–Tranquila. Yo también he crecido y he aprendido cosas.

Le llegó la respiración agitada a través del hilo telefónico, la emoción, un recuerdo que creía olvidado años antes, desde que ella y él compartieron un mundo, su mundo.

Lo mejor de su juventud.

Y hermoso mientras duró.

–Gracias –suspiró Vicky de pronto.

–También es mi hijo.

–Comienzo a ver que sí.

Se produjo una nueva pausa. Sentía una extraña paz. Su ex mujer le había dado una respuesta, un súbito aliento.

Un compromiso.

–Vicky –dijo ahora él–. ¿Puedo preguntarte algo?

–Claro, ¿qué es?

–No me respondas si no quieres.

–Vamos, no seas tonto. A estas alturas.

–¿Vas a casarte?

–Sí, en otoño. Vicente tiene mucho trabajo este verano por lo que parece. De momento quiero estar en casa cada vez que regrese. Después...

–¿Has hablado con él?

–Sí. Dice que vivirá solo.

–¿Te parece bien?

–Es comprensible.

–Eres estupenda.

–¿Lo soy?

–Lo fuiste siempre.

–Pero nos separamos odiándonos, al menos yo.

–Fui yo quien lo estropeó.

–No, lo estropeamos los dos. No creas que voy a dejarte ser también protagonista de eso.

–Todo se arregla, ¿verdad?

–Bueno, al fin y al cabo, hicimos algo bien, ¿no te parece?

–Vic –dijo Julián.

–Todavía me cuesta llamarle así –suspiró ella–. Vic.

–Es lo mejor de nosotros.

–Eres un encanto cuando quieres. Cuídate. Y cuídame a Vic.

–Suerte, Vicky.

–¿Ya te has olvidado de que desear suerte da mala suerte?

–Es cierto. ¡Rómpete una pierna!

–Eso está mejor. Adiós.

–Adiós, cariño.

Y los dos colgaron al mismo tiempo.

La había encontrado fría, muy fría, al besarla por primera vez.

Creyó que sólo era una vaga sensación.

Ahora, al tratar de desnudarla, mientras volvía a hacerlo, el frío se convirtió en algo más presente.

Una distancia.

–No, espera –dijo Sonia.

–¿Por qué?

–Por favor.

Dejó de acariciar su piel, bajo la ropa, y se enfrentó a sus ojos.

Vibraba en ellos el reflejo de la contraluna.

–¿Qué te pasa? –preguntó él.

La muchacha se arregló la blusa, apartándose ligeramente de su lado. Estaba muy hermosa, morena por el sol, a pesar de que aquél hubiese sido un verano más corto en lo referente a vacaciones. Pasó una mano abierta por la mata de su cabello, con una coquetería que siendo natural actuaba en ese instante lo mismo que una defensa.

Entonces la deseó.

Y supo al mismo tiempo, tal vez por ello, que ya no iba a conseguirla.

No hubo respuesta a su pregunta.

–Creí que después de tanto tiempo...

–Ésa es la cosa, ¿sabes?, que después de tanto tiempo...

–¿Qué?

Ella se enfrentó a sus ojos, firme.

–Tenemos que hablar, Vic.

–Hablemos.

Movió una mano en su dirección. Sonia agitó la cabeza horizontalmente. La mano se cerró en el vacío o, mejor dicho, murió en su vano intento. La distancia creció.

Se hizo abismo.

–Deberías entenderlo –musitó ella.

–¿Entender qué?

–Esto –se encogió de hombros–, todo. Ya no es lo mismo.

–Nunca es lo mismo, siempre es distinto. Eso lo hace especial, mejor.

–No, para mí no. Yo... no lo veo claro, Vic, lo siento. Creía que sería distinto pero... no. Sinceramente pienso que es mejor dejarlo.

–¿Cómo?

–Romper. Tú y yo.

Era como si lo presintiese, pero a pesar de todo no podía creerlo. La miró con asombro, centrándola en su mente, en su memoria. Estaba preciosa, adorable, como una muñeca de porcelana oscura, sensual y viva.

–¿De qué estás hablando?

–Vic, por Dios... –le costaba expresarse, pero no dejó de hacerlo–. Primero pensé que era un juego y te seguí. Sin embargo ahora se ha complicado.

–¿Un juego? ¿Lo nuestro?

–¡La música! –gritó Sonia–. ¡La dichosa música!

–¡Nunca fue un juego!

–¿Te crees que no me he dado cuenta? ¡Oh, mierda...! ¡Sé que va en serio, y que siempre fue así! Sin embargo, no pensé...

–No pensaste que lo lograría.

El silencio fue una confirmación más rotunda que mil palabras. Sonia centraba

su aparente atención en los movimientos de sus manos. Entrelazaba sus dedos, largos y delgados, coronados por sus cuidadas uñas. Los mismos dedos que habían extraído de su cuerpo otra clase de música.

–Sonia, he luchado por esto, y ahora lo tengo.

–Es lo que he comprendido finalmente.

–Pero también lo tienes tú. Es tan tuyo como mío.

–No, Vic. Es tuyo al cien por cien. Yo nunca he participado en ello.

–No podías, por los estudios, tus padres...

–No quería, que no es lo mismo.

–¡Tú y tu maldita obstinación! No puedes dejarme ahora.

–¿Por qué?

–Sería como comenzar a pagar antes de tiempo.

–Dicen que todo tiene un precio.

–¡Y la gente va y se lo cree! ¡Así se sienten más tranquilos! ¡Yo te quiero!

–No, Vic, ésa es la cuestión. Tú estás enamorado de la música y para ti no habrá nunca nada más.

–¡No es cierto!

–Lo es. La música no se puede compartir. Si yo la sintiera como tú, y no tuviera nada propio, tal vez, pero también tengo mi mundo, y todo lo más estaría ahí, en un segundo plano del tuyo. Sinceramente... no es mi sitio, yo paso de eso. Sé lo que me esperaría.

–¿Qué te esperaría?

–Tú también lo sabes. ¿Quieres repetir lo de tus padres?

–Ellos tuvieron su oportunidad y la perdieron, pero lo suyo no es una patente de corso.

–Vamos, Vic, por favor, ¿a quién quieres engañar? Yo no soy de ese tinglado. Tu madre estaba en él y al final perdió igualmente. Yo ni siquiera pertenezco a él. No he pertenecido nunca ni perteneceré. ¿Qué pretendes? Tenemos dieciocho años. ¿Nos casamos? Tanto si es ahora como si es dentro de dos o tres años, o de cinco, o cuando yo acabe la carrera, será lo mismo. ¿Te quedarás conmigo? No, por tu trabajo. Tú me necesitarás y yo te fallaré. Y lo mismo a la inversa. Tú estarás aquí

y allá, actuando en cualquier parte y siempre habrá chicas.

–¿De manera que es eso?

–No soy gilipollas, por Dios. Te estoy citando la suma de las partes.

–Hablas de comodidad.

–Hablo de sentido común. Me conoces y sabes bien que soy bastante racional.

–Yo te conozco a ti, pero tú no me conoces a mí.

–¿Por qué? ¿Porque creía que no lo lograrías, que acabarías olvidando todo eso? Tal vez sí, aunque puede que lo único que pase es que yo no entienda de música.

–¿Y el amor? Tú y yo tenemos algo, ¿o no?

–Es posible, pero precisamente por ello no quiero acabar odiándote. Las noches son largas y un día será una, otro día otra... ¿y quién va a negarte que es lógico? Es mejor dejarlo aquí, así, simplemente.

No pensaba que fuese una derrota, pero se dejó caer hacia atrás, perplejo. La realidad comenzaba a imponerse a la razón.

Creía tenerlo todo.

Sonia le miró.

–No puede tenerse todo –dijo inesperadamente, como si le leyera el pensamiento.

Esperaba sentir un dolor que no llegaba. Esperaba una sensación que si bien existía no era capaz de ahogarle, manifestándose con todas sus consecuencias. Sólo era una libertad que le pesaba.

Nada más.

Aunque suficiente para herirle en lo más profundo.

–Entonces, ¿se acabó?

–Lo siento.

Esta vez levantó una mano y la dejó quieta entre los dos. Sonia alzó una de las suyas y la depositó en ella. Las cerraron con fuerza, una sobre la otra. Fueron dos movimientos pacientes, reflexivos, realizados muy despacio. Una forma final de comunicación.

Suave como una caricia.

–Dios mío, ahora es como si todo hubiera sucedido muy rápido –dijo Vic.

–Yo no me arrepiento de nada. Espero que me dediques una canción, mejor aún, que le pongas mi nombre, y que sea número uno. ¿No lo hizo aquel de una película?

–Sí, Richie Valens, pero luego se murió.

–No hace falta llegar a tanto –se esforzó por bromear ella.

–Quizás dentro de un tiempo...

–Quién sabe lo que pasará mañana –dijo Sonia–. Imagínate un mes, o un año. ¿No dicen que el mundo de la música es un vértigo?

–¿Crees que podríamos estar en contacto?

–No sé, tal vez, aunque imagino que no va a ser fácil.

–Me gustaría hacer el amor contigo por última vez –confesó él.

Apretó un poco más la mano de ella entre la suya.

–Y a mí también –admitió Sonia–, pero ya no es posible. Quisiera que lo entendieras.

–¿Cuándo fue la última vez?

–Antes del verano.

–No recuerdo el día.

–Yo tampoco, pero sí el momento.

–Entonces...

–¿Ves? –inquirió ella–. Ése es nuestro recuerdo irrepetible. Hoy sería triste. Una despedida. Y al final me pedirías que me quedara y yo lloraría.

–Nunca te he visto llorar.

–Nunca necesité hacerlo delante de ti.

Sus manos se separaron y la muchacha se levantó. Vic permaneció inmóvil en el mismo sitio. Sonia le dirigió una sonrisa cálida. Tal vez la penúltima.

–Algún día harán una película de tu vida y espero que esta escena quede bien –le dijo.

Sonreía, pero posiblemente hablase en serio.

Barcelona estaba llena de carteles anunciando el concierto, copando vallas, paredes, tapias, espacios destinados a este tipo de publicidad callejera y otros que no lo eran, pero que habían sido igualmente asaltados por el despliegue arrollador y totalitario de Karma Discos. El logotipo del grupo, sus cinco rostros ya populares, la fecha de la gran cita, todo destacaba con su influjo sobre el fondo rojo de la enorme sábana de papel. Un póster capaz de ser visto desde cualquier distancia.

Aquél se hallaba en la misma esquina de la calle, casi recién puesto, fresco, porque tapaba parcial o enteramente otros carteles repartidos a lo largo y ancho del «pirulí» municipal. Ésta fue la razón de que se detuviera ante él y lo mirara como si fuese la primera vez que lo veía.

Más allá, a unos metros, frente a la breve acera por la que siempre pasaban los coches zumbando tras la salida del semáforo, quedaba el portal, la casa.

Vic recordó la primera vez, casi un año y medio antes.

Una eternidad.

Aunque ahora no fuese más que un breve sueño en su memoria.

Recordó otros momentos. El día que salió de allí con su Ibanez Artist, temblando. Los días de paz y serenidad, arriba, en el estudio, reencontrando un padre y descubriendo la música de la historia. Las noches maravillosas, con él, o con Montse de tercera en concordia, tocando la guitarra y dejándose arrastrar por aquella furia desconocida.

Cada entrada y cada salida.

La parada del autobús quedaba cerca. La misma parada en la que una noche

bajaron riendo como locos.

Escenas.

Imágenes grabadas al fuego lento del amor.

Recordó una frase leída en alguna parte, no sabía dónde: «Todo ha de cambiar para que nada cambie». ¿Era así? No estaba muy seguro, pero casi podía jurar que sí. ¿Cambiar? Ya no eran unos aprendices, sino unos profesionales. Cati no estaba, Chema y Carlos sí. Sonia se había ido. Su madre iba a casarse.

Y «Fuego en el cuerpo», lo mismo que el CD, era número uno.

El éxito.

Miró el cartel como si fuese algo ajeno a sí mismo. Las frases eran rotundas: «Por fin, presentación en Barcelona», «XYZ en concierto», y más abajo, «Razzmatazz, jueves, veintidós horas».

Presentación en Barcelona, en casa. Qué extraño sonaba eso. Como si fueran ingleses o americanos. Después de un verano loco que aún mantenía sus últimos colores, regresaban como hijos pródigos aunque nunca se hubiesen ido más de unos pocos días. Ahora sí, se preparaban para dar el salto, irse al otro lado del Atlántico, y para comienzos de año, Europa.

Tocar en casa.

Les habían dicho que llenarían la plaza de toros, que podían llenar incluso el Palau Sant Jordi, pero prefirieron Razzmatazz. Era casi como el pago de una deuda. Un concierto muy íntimo, para auténticos iniciados. Más que el concierto que abría el futuro, sería el que cerraba el pasado.

Allí estarían todos.

Volvió a mirar el portal, el edificio.

Todos... o casi todos.

Ahora daría su éxito por recuperarle.

–¿Por qué ha de ser todo tan complicado? –le dijo al viento.

Una mujer giró la cabeza al escuchar el rumor. Le dirigió una mirada cargada de animadversión, de arriba abajo, al ver su aspecto, el cabello largo, la ropa cómoda, la camiseta presuntamente escandalosa.

«Todo ha de cambiar para que nada cambie.»

¿Era aquello?

Lo único que realmente sabía es que se sentía muy solo. Le dio la espalda al cartel, lleno de su imagen sonriente flanqueada por las de los otros cuatro, y a la calle, la casa, los recuerdos.

Luego echó a andar con la cabeza baja y los ojos fijos en el suelo.

Una voz femenina, próxima a su paso, le alcanzó casi sin poderlo evitar, envuelta en el acento mágico de la sorpresa.

–Fíjate, es Vic Prats, ¿no? ¡Es él!

El griterío se oía desde la zona de camerinos, a espaldas del escenario. Era una amalgama de voces que se superponía a la música de entretenimiento que fluía a través de los altavoces generales de la sala y los del propio equipo. De tanto en tanto, las voces se unificaban para protestar por la breve demora. De tanto en tanto, eran las palmas de los que esperaban las que pedían el inicio del espectáculo.

Y lo esencial, la vibración, cargaba el ambiente de electricidad, llegando hasta ellos, dominándolos, provocándoles sensaciones desconocidas hasta ese momento.

Porque éste era *el* momento.

–Las diez y cuarto, vamos ya –sugirió el director de Razzmatazz.

–Espera –pidió Vic–. Sólo un instante.

Chema y Emilio quemaban los nervios haciendo escalas con su guitarra y su bajo, respectivamente. Fede apuraba su última cerveza. Carlos, siempre tranquilo fuera de escena, tenía, sin embargo, la adrenalina a flor de piel. Vic miró su Ibanez Artist.

–Vendrá –dijo–. Tiene que venir.

Ya no era su única guitarra, aunque para él sí era la estrella de la noche, aquella con la que pensaba llevar el peso del concierto.

A su lado había una Gibson Les Paul, auténtica, y también una Fender y una Ovation.

–Está a reventar, vamos ya –repitió el director.

Álvaro Puig entró en ese mismo instante. Parecía haber mantenido una lucha a muerte con una manada de elefantes. Estaba congestionado, alterado y aplastado. Se apoyó junto a la puerta como si ese espacio fuese su más esperada tabla de salvación. Antes de que pudiera recuperarse, Vic ya estaba junto a él.

–¿Le has visto? –preguntó.

–Tío, es imposible –protestó el director de Karma Discos–. ¡Ahí fuera no cabe una aguja!

–Tiene que estar –exclamó Vic–, ¿es que no lo entiendes? ¡Tiene que estar!

–¡Pues si está le encontraremos, no ahora, sino a lo largo del concierto! Enrique y Alberto lo están intentando, arriba y abajo. ¡Puede haber llegado ahora mismo, o estar en cualquier rincón!

–Vamos, Vic, tranquilo –Fede apareció a su lado–. Le enviamos las dos entradas, tu nota. No va a fallar.

–Vendrá, ¿verdad, Fede? Tú sabes que debe venir.

–No va a perderse esto, te lo aseguro.

–Ahora hay que salir ahí y dar el callo, comérselo todo –dijo Emilio.

Chema y Carlos también estaban junto a ellos tres.

Sus manos se encontraron en el centro de sí mismos. Vic fue el último en poner la suya en la fuerte piña.

–De acuerdo –convino.

La piña se agitó, una vez, estremecida, luego se deshizo pero quedó en el aire el aroma de la conjura. Fede fue el primero en salir. Le siguió Chema. Después lo hizo Emilio y a continuación Carlos.

Vic miró a Álvaro Puig.

–Sigue buscándole, por favor –pidió por última vez.

Cuando salió del camerino escuchó la explosión vital, la descarga de energía plena procedente de la sala. Fede acababa de aparecer en escena. Subía las breves escaleras rumbo al *back stage* posterior cuando llegó la segunda. El aullido enfervorizado de la gente ya no decreció. Llevaba él mismo su Ibanez Artist en la mano. Detrás iba Mario con la Gibson y la Ovation. Otro tramo corto de escaleras. Ya no era la primera ocasión en que se enfrentaba a una masa de público enfervorizado, adicto, pero seguía sobrecogiéndole el instante de salir a escena, frente a ellos, y dar la cara. Y le sobrecogió hacerlo más que nunca en esta

ocasión.

Sus amigos estaban allí, los que le conocían de un antes relativamente cercano estaban allí, Barcelona entera, para él, estaba allí, junto a otros cientos de desconocidos que levantaron sus manos, agitaron sus puños, saltaron y llegaron al límite en su clímax al verle.

Y en alguna parte de aquella euménide...

–Va por ti, papá –susurró para sí mismo en voz alta, aunque nadie pudiera oírle.

Se colgó la guitarra del cuello, miró a Chema, a Carlos, a Emilio, a Fede.

Sonrió.

Después, inesperadamente, cogió el micrófono y preguntó:

–¿Qué queréis esta noche?

Y el auditorio en pleno, como un solo ser, a través de su única voz, gritó:

–¡¡irock!!!

Ni siquiera llegó al camerino.

Ni tan sólo salió del *back stage*. Sudoroso, con el torso desnudo y el cuerpo entero bañado en la energía que él mismo había destilado, preguntó:

–¿Le has visto?

Álvaro Puig asintió con la cabeza. Por fin podía sonreír.

–Está ahí –reveló feliz.

–¿Dónde? –gritó Vic.

–En la barra del bar de tu izquierda, en el extremo más próximo al escenario, con Montse y otros músicos.

–Estás seguro, ¿verdad? –insistió con ansiedad.

–¡Dios mío! –el director de Karma Discos fingió estar a punto de desmayarse–. ¡Casi muero aplastado por esa turba enloquecida! ¡Le he localizado cuando tocabais «Rock en la noche» y estaban todos locos!

Le tendieron una toalla. Vic se secó sin perder su excitación, su rabia, su alegría. Apretó los puños.

–Bien –dijo–. ¡Bien!

Fede y Emilio se abrazaban a Chema y Carlos. Ellos tampoco habían ido al camerino. Los aplausos rítmicos de la gente, pidiendo el primero de los besos, apenas les permitían escucharse unos a otros.

–¡Vic!

–¡Mi padre está ahí, Fede!

–¡Te lo dije, cabezota!

Levantaron su mano derecha y la hicieron chocar en el aire.

–¡Vamos a por ellos otra vez! –insistió Emilio.

–Escucha, ¡escucha! ¿No oyes esa música? ¿No es el sonido más hermoso del mundo? –gritó Carlos.

–¡Hoy le he visto la cara al rollo, tíos! –exclamó Chema.

–¡Y yo el culo al pasado! –cantó Fede.

Los aplausos aumentaron en intensidad, más y más, hasta llegar al cenit de su ritmo acelerado y romperse en un clamor. Vic sujetó a Álvaro Puig por un brazo.

–¿Está listo el foco? –preguntó.

–Sí, hombre, sí, tal y como querías. Todo a punto.

–Tratar de llegar hasta él, por si acaso.

El hombre se estremeció.

–¿Quieres que muera aplastado? ¡Está bien, moriré! ¡Maldita sea tu estampa!

–¡Venga, Vic, tú primero! –le alentó Carlos.

El director de Karma Discos se fue para regresar al local. Desde que, además, era su mánager, las cosas funcionaban como una seda, con el mejor de los equipos. Por lo menos mientras no encontrasen a su Brian Epstein particular.

–¡Vic, tío! ¿A qué esperas? –le empujó Emilio.

Empuñó su guitarra.

–Ya sabéis lo que tenéis que hacer, ¿de acuerdo?

–¡Sal!

Y regresó al paraíso para encontrarse de nuevo con su gente.

Sé que no es el mejor momento para hacer discursos...

El bosque de manos se agitó en el aire.

–Escuchad, por favor, ¡escuchad! –gritó Vic por encima de él–. Quiero contaros algo, y después podemos seguir tocando toda la noche si queréis.

Fede hizo un redoble. Más voces. Se apaciguaron ante el silencio de Vic, que esperó la calma del océano embravecido. Después continuó.

–Todo esto que vivimos hoy tiene un significado muy especial, para vosotros, para nosotros. El rock es algo más que la sangre que nos mueve, es la banda sonora de nuestras vidas. Es la música que nos ha acompañado y nos acompaña, y nos ha hecho ser lo que somos y cómo somos. ¿Es así?

–¡¡¡Sí!!!

–Ahora quiero hablaros de alguien, de una persona que antes de que muchos de nosotros lo supiéramos ya estaba componiendo parte de esa banda sonora. Una persona que está aquí esta noche –levantó su Ibanez Artist hacia lo alto–. Una persona que me regaló mi primera guitarra, esta guitarra. ¡Mi padre!

El gentío que llenaba Razzmatazz volvió a brincar con el último grito. Un foco rompió la penumbra ajena al escenario y buscó un rostro en la multitud. Se detuvo junto a la barra del bar de la izquierda. El público giró la cabeza hacia allí.

–¡Queremos que esta noche él comparta todo esto! –gritó Vic. Y agregó–: Papá, sube, por favor.

El foco permaneció estático. Los cientos de manos se agitaron ahora hacia él. El revuelo en la barra del bar se hizo evidente. Una vacilación. Empujones. Palmadas firmes y decididas en una espalda.

–¡Julián! ¡Julián! ¡Julián! –comenzaron a corear los primeros acólitos.

Montse le besó antes de que él comenzara a andar.

Avanzar hacia el escenario.

Fede golpeó el bombo. El público hizo entrechocar sus manos al repetir el nombre. Fede dio otro golpe. El público respondió. Un tercero, más rápido y luego un cuarto, un quinto... hasta que el estruendo de la batería, las palmas y las voces se confundió. Julián había llegado ya frente a la reja fija que separaba a la gente del escaso *back stage* frontal de un metro y medio. Le ayudaron a saltarlo, miembros de seguridad y los que se aplastaban en las primeras filas, aunque ahora hubiesen logrado abrir un milagroso hueco en su abigarrada compacidad. Los más próximos también le palmeaban la espalda, le animaban, le vitoreaban.

El foco no había dejado de seguirle.

Y cuando estuvo arriba, se fundió con el que bañaba de luz a Vic.

Los dos se encontraron en el centro del mismo universo del rock el lugar de todas las verdades: la escena.

Julián tenía los ojos húmedos.

Vic un nudo en la garganta.

El abrazo tardó en llegar. Uno, dos, tres segundos. Pareció una escena crucial llevada a cámara lenta. Incluso la gente mantuvo un extraño silencio bajo la pléyade de algunas voces disidentes hasta el instante del contacto.

–¡Vic!

–¡Papá!

Nadie pudo oírlos.

Fede volvió a retumbar el aire con su redoble, agitando aún más el nuevo y ya imparable griterío. Los dos protagonistas se separaron bajo ese influjo.

Y entonces Vic le tendió a Julián su guitarra.

–Son tuyos, papá, y quiero que toques por última vez con ella.

El veterano rockero la cogió.

–¿Qué hacemos, Julián? –preguntó Emilio.

Los miró a todos, uno a uno. Volvía a estar en casa.

–¿Qué tal «Gimme some lovin'»? ¿Aún la lleváis?

–Sí

–¡Bien! pues entonces... ¿a qué esperamos?

En el momento en que sus manos arrancaron las primeras notas de la canción, extravertida y vital, Vic cogió su otra guitarra y le secundó a partir del segundo movimiento. Fede y Emilio provocaron la catarsis con la irrupción del ritmo, marcado, sostenido, apoyados por Chema hasta que Carlos introdujo la entrada clásica del tema al órgano, dominando la melodía que preludiaba la voz.

El público estalló.

Y la magia los unió a todos una vez más.

La alquimia pura de una energía única llamada rock, o música, o vida, o simplemente... amor.

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: noviembre de 2011

© Jordi Sierra i Fabra, 1992, 2006

© Ediciones Siruela, S. A., 1993, 2006, 2011

c/ Almagro, 25, ppal. dcha. 28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-782-1

www.siruela.com

Índice

Portada	5
1	9
2	14
3	18
4	24
5	30
6	34
7	40
8	45
9	51
10	57
11	62
12	67
13	72
14	77
15	82
16	86
17	91
18	96
19	101
20	106
21	111
22	115
23	120
24	125
25	129
26	134
27	138

28	143
29	149
30	152
31	158
32	162
33	168
34	173
35	180
36	185
37	191
38	196
39	200
40	204
41	208
42	213
43	219
44	222
45	225
46	227
Créditos	230